LAS EXTRAÑAS CARTAS DE FRANK BILLINGS

Alirio A. Hernández



EDITORES



EDITORES

Las extrañas cartas de Frank Billings

Alirio A. Hernández

Alirio A. Hernández
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798852227454

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

ACLARATORIA

En mi empeño de ser consecuente con la ética profesional en el oficio del cual estoy profundamente enamorado, es obligante informarles que lo que vamos a leer a continuación es parte y producto de la vida real, solo que debo hacer la salvedad de que ignoro hasta qué punto las cartas transcritas, se corresponden con algún suceso específico o determinada circunstancia.

Lo cierto es, que en estas epístolas encontraremos las más disímiles formas de especular o ser asertivos, amar y pensar, o creer y discernir, en tópicos que traspasan la barrera de lo humanamente aceptado y comprendido. Podemos inferir que la soledad que deja entrever el autor se conjugó con la creatividad y el ocio, de manera que el producto no se corresponde necesariamente con algunos formalismos y preceptos establecidos.

El personaje editor.

A MANERA DE EXORDIO

La fachada principal, constituida por una enorme pared de más de dos metros de alto, cubría todo vestigio de la amplia construcción que resguardaba. Era la casa del «musiú» del barrio, un hombre caucásico de grandes ojos azul grisáceo, cuyo rostro aguileño lucía una nariz algo respingada, ubicada a casi un metro noventa centímetros del suelo.

Sin muchos detalles que dejaran conocer algo de su pasado, era una especie de buen samaritano que —sin ser un potentado—, no dejaba perecer a ningún vecino por falta de un eventual plato de comida. Desde que estuvo activo en la industria petrolera, (recién llegado al país), le hizo saber a sus semejantes que podían contar con él. Más de treinta años después, en sexagenaria subsistencia, el monto de la jubilación le permitía seguir tendiendo la mano a quien se granjeaba su estima.

Quizás por eso —a pesar de su carácter huraño— las visitas no le faltaban, sobre todo las de sexo femenino. Y visitar una mujer a un hombre que vive solo desde que se le conoce —y tardar horas o incluso una noche entera para salir—, siempre ha tenido una connotación harto sabida, por lo que la fama de mujeriego estaba extendida hasta más allá de los confines de su comunidad. Se sabía, además, que no tenía preferencia etaria, por cuanto igual acudían a la «quinta» algunas jóvenes que aún ostentaban rasgos adolescentes, «maduras» exhibiendo su plenitud reproductiva, o quincuagenarias de esas a las que los años no suelen castigar más que levemente.

En fin, entre una y otra «foránea» que durante largos periodos le acompañaban con la asiduidad propia de un escarceo (o incluso

un romance «estable»), y la ocasional visitación de una vecina «amiga», las féminas siempre fueron motivo de comentario e insinuación por parte de quienes le rodeaban residencialmente.

El día de su cumpleaños era una buena oportunidad anual para los vecinos, pues podían compartir, disfrutar y bailar, mientras aniquilaban las diez o doce cajas de cerveza que el «musiú» compraba para la celebración. Concluida la reunión todos se marchaban contentos, salvo la correspondiente compañera para esa noche. Nadie conoció nunca a un familiar que le visitara, o de quien él hiciera alguna referencia, por lo que su pasado familiar y/o sentimental era un casi absoluto secreto. Se sabía, eso sí —aunque nadie pudiera avalar tal información—, que tenía varios hijos en diferentes mujeres, e incluso variados países, pero tal vez este rumor se correspondía más con la imaginación, que con la veracidad del mismo.

Lo cierto es que el personaje se mantuvo hermético en ese sentido (más bien, en todos), de manera que el día que encontraron su cadáver, nadie supo dar referencia de un familiar cercano que se hiciera cargo del funeral y los procedimientos de ley. Las autoridades indagaron a nivel internacional a través de su propia embajada y otras tantas, y solo así fue como pudieron dar con tres hijos (dos hembras y un varón) que se negaron a comparecer, alegando que «cada quien cosecha lo que siembra». También dieron con una exesposa en una nación caribeña, con quien procreó dos hijos (una hembra y un varón), que tampoco quisieron saber nada del enigmático migrante.

Solo la viuda Yepes supo dar cuenta de todas las diligencias pertinentes, cuando aceptó hacerse cargo. Leonor Moreno (conocida en la barriada como la viuda Yepes), fue testigo casi presencial

del fallecimiento de FranK Billings, a eso de las ocho y media de la mañana. Cuenta la añosa viuda que al amanecer de ese día, mientras preparaba para su amante el café cerrero que le gustaba, fue sorprendida por los quejidos que salían de la habitación. Pensando que se trataba de un llamado libidinoso, por causa de una repentina apetencia mañanera para una dosis adicional de amor y sensualidad, apuró el paso como en anteriores oportunidades lo había hecho en similar circunstancia. Pero esta vez, la historia daría un giro inesperado…

No era nada que tuviera que ver con la pastillita azul que ocasionalmente veía tomar a Frank, ni se trataba de una sesión —aún encamados— de abrazos matutinos, de esos a los que se habían acostumbrado desde hace un par de años aproximadamente. Se conocieron en casa de un común amigo, adonde Billings fue por una emergencia de plomería, «y desde entonces quedé flechada por la magnética personalidad del tipo más interesante que he conocido, incluyendo a mi difunto esposo entre los comparados».

Así definía Leonor el idilio con el experto petrolero de campo, nacionalizado venezolano, que tuvo a bien «adoptarla» como concubina esporádica, ya que ella nunca llegó a ser habitante permanente de la casa que les sirvió como nido de amor.

Las «malas lenguas» vecinales dicen que es porque de vivir ella con él, entonces este no hubiera podido mantener la relación con tantas otras, que pasaron por el «filo» de su lujuria. Estas mismas «lenguas viperinas», son las que hicieron saber a la humanidad que al ahora difunto le encantaba toda mujer casada. Las prefería —dijeron— probablemente, porque con ellas no adquiría el compromiso de manutención y atención permanente que merece una señora.

Pues bien, cuando la viuda Yepes entró a la habitación, se encontró con el hombre desnudo que momentos antes había dejado dormido, pero ahora contorsionaba su cuerpo mientras se movía de un lado a otro incesantemente, en lo que le pareció un agudo episodio convulsivo con rango de epilepsia. Con la inmediatez requerida salió a la calle, a medio vestir, en busca de alguien que pudiera auxiliar a su amado, y al llegar con el primer conocido que logró traer, encontraron ya sin vida a Frank Billings, el popular «musiú». Terminaba así la misteriosa existencia de quien dejó huella al final de su vida entre quienes no compartían su genética, sino su solidaridad con los cercanos en sus últimas vivencias.

Fue ella, la viuda Yepes, quien acudió a casa de mi madre para hacerle saber que el difunto le pidió hace cosa de un mes —como presagiando su pronta partida— que me contactara en caso de que llegase a morir. Tan pronto fui informado de su «última voluntad», pedí permiso no remunerado a la empresa editorial donde laboro desde hace ya más de siete años, abordé un autobús expreso desde Caracas con destino a Maracaibo, y luego viajé en buseta hasta Machiques, el pueblo donde nací. Una popular barriada de sus confines, se convirtió en escenario de esta historia.

Leonor me entregó la llave con la que abrí una pequeña gaveta de un antiguo escritorio de madera, sobre el cual permanecía engreída una vieja máquina de escribir Remington, la misma que le sirvió para mecanografiar un número impresionante de cartas que jamás envió. En realidad, creo que nunca fue su intención hacerlas llegar, por cuanto su imaginación fue tras destinatarios intangibles, inanimados, con alto grado de abstracción, haciendo uso sostenido de una prosopopeya que a veces se combinó con ocurrencias hilarantes, en un precario humor

gris traído por los cabellos. Esto, sin dejar de reconocer que algunos párrafos se sumergen en las profundidades de las ciencias, puesto que hay presencia casi permanente de un intento pedagógico, que pudiéramos denominar artesanal.

Fui leyéndolas una a una, en la comodidad de la pequeña cama que acompañó mis desvelos y ensueños de juventud como estudiante. Instalado en casa de mi madre tan pronto llegué de la capital, me tomé el tiempo suficiente para releer la mayoría de ellas, tratando de conseguir sentido a una prosa que me pareció producto de excesivo ocio, salpicado con algo de una incipiente insania.

Pero no creo conveniente evaluar temas que no sean de mi competencia, alejándome de lo que realmente es la misión encomendada: editar dichas cartas y hacer llegar a Leonor cincuenta ejemplares del libro impreso, para lo cual dejó en un sobre con mi nombre una cantidad suficiente de dinero, donde incluyó un satisfactorio pago de honorarios.

Y como quiera que me escogió para la tarea editorial, de inmediato comencé a hacer una selección de lo que a mi criterio creo que le hubiese gustado ver publicado en primer lugar. Dicha selección es obligada, por la enorme cantidad de cartas, lo que deriva en que deba hacer al menos dos entregas, si quiero darle cabida a todas. Pienso que dividirlas en dos tomos, es una buena decisión.

A la mujer que amo, a la muerte, al rencor, a quien pueda interesar, a la religión, a la lectura, a la honestidad, al delito, a una ex, a un sentido amor, son algunos destinatarios, además de una hilarante declaración de cordura e incluso una misiva dirigida a la caca. Estas son algunas de las que incluiré en la

primera entrega, dejando para una segunda el resto del material escrito.

A ustedes ofrezco estas cartas, invitándoles a meditar sobre el real motivo que llevó al autor a redactar cada una de ellas, sobre todo las referentes al amor y la soledad. De las otras (donde hay algunas que rasgan la piel de lo humorístico, lo jocoso, lo inverosímil y lo intangible), sabrá dar cuenta vuestra capacidad de análisis, de manera de inscribirlas en los cuadernos de la enajenación o en los de la sensatez. En todo caso, queda esta lectura para la posteridad, en el recuerdo de un hombre solitario que siempre se hizo acompañar por el deseo y la escritura.

A MI AMADA

Amada mía:

Hoy te vi sonriente, caminando despreocupada, por las calles que alguna vez albergaron nuestra pasión y sentir. Tu mirada infinita traspasando el horizonte del amor utópico parecía buscar entre transeúntes ocasionales, las razones de una esperanza coronada con el matiz del reencuentro. Así lo hubiese percibido en la actual discapacidad que padece mi auto estima, de no ser por tu evidente piel erizada, delatando la frescura de una emoción sentida. Denotabas cándida correspondencia, al roce del hombre que siempre ha usurpado el lugar que en tus sentimientos he anhelado tener.

Así, tomados de la mano con desenfado, como autómatas, como quien se aferra a una tabla de salvación en una causa perdida, y acude al conformismo como remedio a la enfermedad del orgullo, malbarataron el valor de una dulce esperanza albergada en el más noble sentimiento. Así pasaste con tu esposo frente a mi agazapado dolor. Pasaste con él, con el mismo hombre que juraste dejar cuando el amor se marchó de ustedes.

Hoy, cuando te vi con él, sentí que mi vida es una trama complicada de una novela barata, donde el personaje principal soporta el infortunio de amar perdidamente a una mujer ajena, que lo ilusionó con dejar todo atrás para complementar su respectiva existencia juntos. Pero en el drama que es mi vida, jamás he

sido protagonista más que de la sinrazón de la infelicidad, de lo inalcanzable, lo prohibido y lo vedado, en la pasión humana.

Hoy, luego de haber visto a la mujer que amo tomada de la mano del hombre que es su esposo que ya no ama, al igual que los últimos años, asiré por el hombro a la soledad que nunca se ha negado a acompañarme, hasta que la cordura haga el milagro de acabar con la locura de este amor que me asesina lentamente.

Hoy, al acostar mi cuerpo para el insomnio recurrente, recordaré nuevamente que me confesaste alguna vez no desear ser mi algo, ni mi nada. Solo deseabas que fuésemos felices sin el estigma de la infidelidad, sustentada en una sociedad que finge no conocer el verdadero amor puro, sincero, infinito, nacido de un desengaño del cual no soy propietario.

Sigue tu transitar cotidiano con él, continúa siendo su «amada esposa», haz lo necesario para no zafarte de esa pasión quijotesca que les embarga, y olvida que alguna vez nos amamos entre sábanas que hoy resguardan mi cuerpo exánime, menguado, casi transfigurado en desecho. Por mis servicios amatorios no pienso demandarte nada, te los obsequio, te los ofrendo. Por el engaño vil y despiadado del que me hiciste víctima, no cobraré venganza, y como ñapa te garantizo que ni siquiera habrá resentimiento. Por el sentimiento que aún te profeso no debes preocuparte, pues en nada te afecta algo que no conoces, si nunca lo sentiste. Ve tranquila, mujer, cumple con

tu deber, que yo estaré tranquilo en el plano que me corresponda.

Solo quiero que sepas, que de ti recordaré con asidua insistencia, que fuiste una vulgar arpía con tus mentiras y tu engaño. Solo te pido, por favor, nunca mientas para engañar a alguien que de verdad te ame: eso sería suficiente para asesinar su deseo de vivir.

Y si algún día quisieres saber de mí, búscame en tu conciencia, allí permaneceré por el resto de tus días...

P.D. Fuiste una hermosa y muy fructífera primavera, para mis pasiones estivales. ¡Gracias por ello!

A LA LECTURA

Estimada influencia benigna:

Me he permitido dirigirme a usted —con la venia de su magistral esencia—, para exponerle algunas consideraciones de mi pensamiento artesano, en torno a su existencia y su disposición de servicio a la humanidad toda, sin más requisito que saber leer.

Mi motivación principal es que he descubierto con la dosis correspondiente de ingenuidad que siempre me acompaña, que usted es el más grande, expedito, eficaz y oportuno remedio contra la ignorancia. Sí, así como puede leerlo; con el mayor placer y la más grande satisfacción estoy conteste con su existencia y su permanencia apacible o inquieta, compleja o explícita, divertida o académica, al servicio de quien la requiera para entretenerse, adoctrinarse o culturizarse. Y es que usted es ecuánime, incondicional y cuidadosamente elocuente, siempre a la orden de quien requiera desde la más sencilla consulta de algún texto, hasta el más sofisticado tema académico, científico, filosófico o cultural, incluyendo desde luego, lo literario.

A través de usted podemos alcanzar el conocimiento, y este conocimiento nos puede llevar por el camino de la sabiduría, y la sabiduría nos puede hacer mejores personas, mejores seres humanos, en un mundo donde bastante falta hace que haya mejores seres humanos. Esto a su vez aporta mentes pensantes, en lugar de creyentes encasillados en dogmas y paradig-

mas limitantes, excluyentes, discriminatorios. Usted, señora lectura, nos brinda amablemente *un lugar adonde ir cuando tenemos que quedarnos donde estamos*. Nos da argumentos para pensar, en lugar de acoger el acomodaticio bastión de creer, con tal de no tener que afrontar la «incómoda» labor de investigar, discernir y comparar para formarnos criterios propios y definidos, sustentados en el soporte del conocimiento y el pensamiento racional y meditativo.

Asimismo debo acotar, que la vida es un aprendizaje constante que nos limita en la sabiduría. Por eso el humano tiende a especializarse en aspectos puntuales; sin embargo, nunca llega a tener la verdad absoluta ni el conocimiento total de nada. Concatenado con esto, mientras más leemos, menos ignoramos y más conocemos de las cosas que ignorábamos, pero sin mengua de la infinitud de la ignorancia, porque al mismo tiempo que aprendemos muchas cosas, vienen otras dudas a ocupar el espacio dejado por lo ya sabido. Es decir, a medida que aprendemos y dejamos de ignorar ciertas cosas, en esa misma medida llegan a nuestra mente inquietudes y acertijos de nuevos temas ignorados. René Descartes decía: «*Daría todo lo que sé, por la mitad de lo que ignoro».* Y Albert Einstein aportó para la posteridad: «*Todos somos muy ignorantes, lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas».*

Quizás debido a esto, aprendí desde siempre a no dejar para mañana lo que puedo leer hoy. Aprendí que cuando se lee mucho, se puede ver mucho más allá de

lo que puede ver la gente que no lee. Aprendí que un niño que tenga entre sus entretenimientos la lectura, será un adulto pensante, y también aprendí con mucho pesar y vasta tristeza que, el que sabe leer y no lee, no tiene ninguna ventaja sobre el que no sabe leer. El que sabe leer y no lee, es un analfabeto funcional más...

Es imposible no asociarla a la sabiduría. Es como hablar del aire sin mencionar el oxígeno, o como hablar de una linda y perfumada rosa, sin hablar de la belleza. Como mencionar la lava sin hablar del cráter, o discernir de los peces sin hablar del mar. Asimismo, es imposible no contrastarla con la ignorancia. Es como hablar de lo grande y pretender que no exista lo pequeño, o hablar de la noche sin asumir que su contraparte es el día. O pensar en el egoísmo, sin tomar en cuenta la solidaridad, o como hablar de bondad sin su antónimo la maldad.

Usted, benevolente amiga, nos hace ricos. Nos hace propietarios de la más exquisita, refinada y productiva riqueza que el hombre pueda alcanzar a tener. Nos obsequia con la verdadera propiedad privada, con lo único efectivamente nuestro; de lo que realmente jamás podrá despojarnos nadie, lo único que ineludiblemente se va con nosotros en el cajón mortuorio**:** el saber. Lo que sabemos, aprendemos, asimilamos, conocemos, permanece con nosotros por siempre y es lo único que realmente podemos decir con total certeza, que nos pertenece y seguirá siendo nuestro.

Hacer uso de usted, amada lectura, nos garantiza que

en cualquier lugar de algún libro, quizás encontremos la respuesta que siempre hemos querido tener a la mano. El gran problema, querida amiga, es que tristemente hay seres que nunca buscan respuestas porque no se formulan preguntas, que puedan distraerlos de su cómoda posición de creyentes. Para ellos, es más fácil que sea otro el que piense, y luego con el sesgo que corresponda a la conveniencia de ese otro, les haga saber lo que deben creer con respecto a determinado dogma, por ejemplo.

Pero alejándonos de esta condición privativa de eunucos neuronales, debemos destacar el lugar preponderante que sutilmente usted ocupa en la relación de desarrollo del pensamiento, que es a su vez, el desarrollo de la especie con capacidad de discernimiento que habita el planeta Tierra. Sin usted no habría ciencia, ni cultura, ni comunidad. Sin usted, sencilla y llanamente, no habría humanidad.

En el proceso psicológico cognitivo complejo, desde el punto de vista de su plano evolutivo, usted se ha establecido como un conjunto de procedimientos que permiten extraer un significado global, de la información contenida en un texto, mensaje, manifiesto, documento, publicación o cualquier otra forma escrita determinada. Esto significa, que más allá de lo que usted diligentemente pueda aportar como herramienta a la mano, está la selectividad del razonamiento dado en estuche natal a todos y cada uno de los seres humanos**,** pues nacemos con la dádiva Divina del raciocinio y la reflexión.

Jorge Luis Borges, insigne escritor argentino, decía que: «El verbo leer, como el verbo amar y el verbo soñar, no soporta el modo imperativo». Sospecho que Borges se refería al hecho de que el gusto por la lectura debe ser espontáneo, paralelo al deseo de superación. Podría ser la lectura un acto inducido por estímulo hogareño, pero autónomo, voluntario y unilateral. *Miguel de Unamuno* escribió: «Cuanto menos se lee, más daño hace lo que se lee». Ignoro si Unamuno se refería a quienes leen un solo libro «sagrado» o un solo manifiesto político, pero seguro estoy que en la medida en que más leemos, en esa medida crece el intelecto, la sapiencia, la tolerancia y la comprensión.

Usted, amada lectura, al igual que las madres, es mujer. Es símbolo de siembra y cosecha, de vida y esperanza, de anhelos y bondad, de prolongación de la existencia, de aseguramiento del amor puro, casto, sincero y desinteresado. Es por eso que le declaro mi amor y le confieso que me gustaría casarme con usted, para procrear muchos aprendizajes que me ayuden a ser un mejor ser pensante, y sacar provecho de lo que tan amablemente pone a la orden de cualquier mortal, sin restricción alguna.

Esperanzado me despido en espera de su respuesta,

Su seguro servidor.

P. D. 1.- Las personas que leen viven menos...

P.D. 2.- Menos engañadas, menos conformes, menos reprimidas, menos inseguras, menos ignorantes... (Autor desconocido).

A MI COMPAÑERO

Hay alguien que amanece conmigo cada mañana cuando alcanzo a despertar. Ese alguien, de quien no conozco forma ni tamaño, peso, o medida, es mi fiel compañero hasta más allá de mi horizonte diario. Rebusco entre mis recuerdos ya olvidados el significado de la palabra acompañante, y rememoro entonces que para mí la esencia de la lealtad es un fin inalcanzable. No sé si es alguien, o algo, solo sé que me limita en la desesperanza de esta soledad agobiante que azota mis días sin tu presencia, sin tu compañía, sin el aliento de tus palabras vestidas de *no me olvides* y tiernos guiños.

No quiero ser lo que no he sido…, lo que nunca fui. No quiero tener lo que nunca tuve, y no quiero amar lo que nunca amé. Solo quiero ser como era, rescatar lo que tenía, amar a la persona que siempre amé; levantarme de la cama impregnado de tu piel y exponerme al mundo saturado de tus besos. Quiero volver a hacer el amor, y no solo a tener sexo. Quiero besar con pasión, y no solo corresponder a un momento de éxtasis en la premura de mi rol de varón. Deseo más que nada en este planeta, acercarme a tus pensamientos y absorber el vaho de tus susurros. Deseo un lecho y no una cama. Anhelo un nido, y no una bandada de hembras complacientes. Deseo transitar erguido por un matrimonio de sustentos, y no cabizbajo y quejumbroso por el hogar deshecho. Deseo

marcar mi territorio impulsado por la fuerza de una familia, y no por la fuerza de mis acuosos desechos orgánicos. Deseo aproximarme a la esperanza habida, sin alejarme de la realidad en ella implícita.

Pues bien, ese fiel compañero que amanece conmigo cada mañana al despertar, sigue siendo el perfecto desconocido. Lo siento más allá de su compañía, mudo y distante, callado y conformista.

Preciso acceder a tus sentimientos. Necesito saber si todo el amor que me profesaste se ha convertido en el temible odio que destilas, que supuras en las heridas abiertas por mis palabras entredichas, necias, ruines, innecesarias, y casi letales.

Quiero saldar las deudas adquiridas con la sensatez. Si mi pretérita estupidez no conoció fronteras, lo inverosímil se asoma con esta absurda separación que apuñala el oxígeno de mi existencia. Necesito purificar mis sentimientos, acercarme a tu mirada, sentir de nuevo el calor de tu entrega, el abrazo de tus pasiones, y el fragor de tu sonrisa.

Quiero despertarme un día no con algo, ni con alguien, ni ignorando qué cosa es lo que proyecta su forma sobre mi rostro semidormido. Quiero despertar con la muesca de tu cabeza dibujando tu presencia en mi almohada. Quiero olerte en la mañana, y besarte, y tomarte para mí. Quiero que seas mía hasta los tuétanos de mis antojos, hasta el límite de lo posible, más allá de lo imaginable. No quiero rendirme ante ese enigma, ese no sé qué, que me acompaña

hasta sentir la menta en mi boca, y las gélidas caricias de la ducha matutina. Quiero pensar que vivo una pesadilla finita, temporal, pasajera.

El carácter indómito del destino, puede ser abatido fácilmente por un corazón que ama, si hay otro que le corresponde.

Alguien me dijo alguna vez que él (el destino), es mi incógnito compañero del alba…

P.D.- En el equipaje de mi vida, quiero que seas un boleto sin retorno.

A LA HONESTIDAD

Excelsa y muy respetable señora:

Es un extraordinario honor dirigirme a usted para plasmar algunas consideraciones a su respecto, a la vez de poder regocijarme en el hecho de que se digne a leer estas líneas, que con auténtica humildad le escribo.

A pesar de su evidente timidez y su exquisita ponderación, siento que desde siempre ha rondado mi vida, de manera de estar a mi disposición para cuando me decida a asumirla como propia en mi proceder cotidiano. Y eso, estimada señora, debo agradecerlo. Es usted una amable oportunidad que se nos presenta sin interés alguno, sin esperar privilegio o prebenda alguna a cambio de su magistral acomodo en nuestra vida, para dejar que la luzcamos como el más preciado de los tesoros a nuestro alcance, y ufanarnos de poseer sus virtudes con solo decidirlo.

Usted representa un código de principios y valores, que debemos adoptar para regir la coherencia entre la íntima reflexión pensada y la conducta visible. Es como rendirle culto a la integridad y sustentar las convicciones aun en situaciones adversas a nuestra conveniencia personal. En su aspecto más evidente, usted puede entenderse como la estricta observancia a la verdad en relación con el mundo que nos rodea, vivir de acuerdo a cómo pensamos y cómo sentimos, con pulcro respeto a nuestras acciones y a las personas que nos circundan, implicando una relación de verdadera deferencia a los demás y a nosotros mismos.

Igualmente, usted es una cualidad de los seres que actúan con rectitud y obran con justicia; que no roban, no mienten, no engañan, no traicionan y no incursionan en la política. Su guía son los valores de la moralidad, el respeto a las leyes y el respeto al otro. Pero aunque todos nacemos con la facultad de acogerle y exhibirle como un hecho en nuestra existencia, se necesita de mucho coraje, mucha fuerza, mucho tesón, para mantenerla en el proceder de quienes la adoptamos como parte de nuestra imagen. Dado que usted es tímida, nada complaciente y no se deja embelesar por la riqueza fácil, no es frecuente encontrarla en infinidad de individuos, cuya debilidad de carácter no permite que se aposente en el seno de su conciencia. Para ellos es cuesta arriba respetar a los demás, esforzarse por hacer algo útil en beneficio de otros sin esperar nada a cambio; no apropiarse de lo ajeno ni dejar de procurar lo no ganado, ser sincero con sus semejantes, no mentir, y decir siempre la verdad por muy dura que esta sea.

Y siendo una cualidad humana que consiste en actuar en consonancia a cómo se piensa y se siente, requiere de reglas de conducta y actitudes según las cuales comportarse de acuerdo a lo que consideramos correcto, desde un punto de vista moral y ético. Para ello es fundamental la formación hogareña, la buena guía tutorial de papá y mamá, ya que es importante recordar que al nacer los niños no son buenos ni malos, pues todo depende de lo que aprendan en su

entorno familiar, básicamente. El hogar es el lugar idóneo y expedito para sembrar los valores, que son aquellos principios, virtudes, prendas o cualidades que caracterizan a un individuo, y que son considerados como positivos o de gran importancia en el grupo social donde este se desenvuelve.

Según el ente colegiado que rige nuestro idioma (Real Academia Española), su nombre proviene del latín *honestitas*, agregando que hace referencia a aquel que es decente, decoroso, recatado, pudoroso, razonable, justo, probo, recto y honrado. Su hermana gemela, la honradez, es referida como rectitud de ánimo, integridad en el obrar. Entre ambas, actuando juntas o por separado, o al mismo tiempo, paralelamente, simultáneamente, o como quiera que sea, hacen una simbiosis que termina convirtiéndolas en una sola, por lo que es igual poseer una u otra. Socialmente es lo mismo ser honrado que ser honesto, pues ambos conceptos se corresponden a la perfección con lo idealizado. Nacidas del mismo vientre bendito, ambas son cualidades benditas, que trasiegan bendiciones a quienes las acogen y adoptan de corazón. Podríamos concluir que su hermana gemela, la *honradez*, reside en el ánimo, y usted, señora *honestidad*, en el obrar.

En mi caso, soy un humilde aspirante a poseerla íntegramente para beneplácito propio y de quienes me rodean. Quiero investirme de suficiente autoridad moral para legar a mis descendientes la mejor herencia posible, en un mundo cada vez más corrompido

por la avaricia y la desmedida ambición. Quiero, a sus expensas, dejar una sana huella con mi impoluta actuación. Mi recto proceder ha de servir de ejemplo a mis hijos y a los hijos de mis hijos. Quiero obsequiarles esa pequeña gran porción de orgullosa presunción, basada en la veraz evocación de mi adecuado desempeño. Quiero ser reconocido como un hombre suyo, honesto a carta cabal, y para eso debo esforzarme en lograr demostrar que lo soy. Y es que la honestidad depende de lo que piensen los demás, sobre alguien en particular. La honestidad y la honradez no se decretan, no dependen de la autoproclamación y el alarde; nadie es honesto y/u honrado hasta que los demás lo reconocen como tal.

Al mismo tiempo, quiero ser recordado como un ser decente, moralista, digno, escrupuloso, integral. Para ello debo ser totalmente auténtico, inefablemente singular. Una mezcla de adjetivos aparentemente redundantes, pero necesarios para describir mi humilde aspiración. Debo decir siempre la verdad y aceptar la responsabilidad de mi conducta, ser coherente con los demás y conmigo mismo; esto me dará autoridad moral y me certificará como tal, una vez reconocido a nivel de opinión ajena.

Finalmente, por ahora, quiero dejar claro que en mi entorno público (además del familiar), se me reconoce mi intento sin desmayo para lograr tenerla en mi esencia, aun cuando debo aceptar que me falta mucho por lograr. No es nada fácil ser reconocido como

honesto; nada fácil, pero al lograrlo, las satisfacciones son infinitamente confortantes. Espero tenga a bien responderme y de ser posible, hacerme algunas sugerencias, cosa que le agradeceré por el resto de mi vida, que por cierto, deseo que la transitemos juntos, amorochados, tomados de la mano, como imberbes enamorados...

Sin más por el momento,

Un aspirante a poseerla.

A CONTRAPARTE

La más de las veces, la vida pasa por nosotros más que pasar nosotros por ella. Nunca hemos de lograr de gratis lo que aspiramos; todo vale un esfuerzo, todo cuesta un sacrificio. Nacer, crecer, multiplicarnos, y hasta morir, requieren de la relación causa-efecto.

A la vez, todo es relativo. El sol nace o muere todos los días a determinada hora, dependiendo solo del lugar del planeta donde nos encontremos. La noche lo imita presuntuosa para esconderse tímida cuando él despierta de nuevo.

Estoy convencido de que todo es actitud. Para lo bueno, para lo malo, para lo grande, para lo chico, para lo bello, para lo feo, lo amargo y lo dulce. Pero cada uno de ellos no existiría, si no existiera simultáneamente su contraparte. No pudiéramos saber de lo bueno, si no existiera lo malo. Ni volver a ser felices, si antes no hubiésemos estado tristes. No existiría la preciosa reconciliación, si las almas enamoradas no se enojaran de vez en cuando. No sabríamos de la existencia del verdadero amor, si pudiéramos enamorarnos de muchas almas al mismo tiempo. Pero no nos es dado reflectar nuestro amor de pareja. La Providencia nos dotó con un solo corazón para un solo y verdadero amor conyugal. Solo a veces se violan estas leyes, se transgrede tal virtud, por nuestra imperfecta condición humana. Somos falibles por génesis, y entes amorosos por genética.

Amamos de diferentes maneras**:** Amor de madre, de padre, amor de hijo, de amigo, amor social. Amor al trabajo, amor solidario, amor prendado, amor desprendido. El amor puede hacerse acompañar del interés, o de la pasión. Puede ser terreno, o eterno, Divino, o hereje. Sincero, desmedido, obsesivo, despiadado; al arte, o a la comida. En fin, cuando hablamos del amor, hablamos de un etcétera que nos nutre y reconforta en lo íntimo, o en lo externo, en lo sagrado o en lo obsceno. Somos sujetos activos o pasivos de acuerdo a cada circunstancia, a cada instante. El amor es libre. Podemos darlo o recibirlo sin ningún costo en cualquiera de sus formas. Está ahí, allá, con nosotros, con el prójimo, con el alto, el bajo, el negro, el blanco, el pobre, el rico, el anciano, el niño, y hasta en la soledad. Hasta ella —la infame soledad—, nos permite amar en silencio, aunque no podamos entregar ese amor sentido, (veces obcecado, veces razonado), al ser a quien se le profesa.

Las mañanas todas, vienen acompañadas siempre de un nuevo día. Cada día se hace acompañar al final de su vigencia por un ocaso, preludio de otra noche advenida. La noche es la compañera inseparable de la luna, mientras los luceros rondan en procura de derramar su bendición sobre la estela púrpura del amor sin fronteras.

Acá, algo más acá de esos límites, me encuentro en vigilia permanente, armado con mi soledad a cuestas, a la espera de una sola palabra tuya. Quiero que

sepas que me tienes en tus manos, a tu antojo, para hacer de mí un humilde siervo dispuesto a servirte cómo y cuándo lo dispongas, sin reparos y sin medida. Quiero tener nuevamente tu cuerpo bajo la silueta de esa luna que conmovió nuestros sentires otrora días de entrega. Me declaro en dulce espera. Declaro que te amo con la mejor parte de mí. Cada vez que intento olvidarte, solo logro recordarte con dolor. La reconciliación la guardo segura en mi portafolio de ilusiones, para sustentar la esperanza que me mantiene vivo, respirando, con un corazón palpitante a la espera del reencuentro.

Algún día, ese parto habrá de acaecer, y entonces, en contraparte, como en final de cuento de hadas, viviremos felices por siempre…

P.D.- Mis lacrimales se declaran en vigilia, hasta que decidas volver a mí.

A LA ESTUPIDEZ

Aguda y encumbrada señora:

Desde una sentida inquietud —ya lejana en el tiempo contenido en la edad que me acompaña—, he querido dirigirme a usted con el propósito de lograr su atención y obtener su venia, hasta el punto de excusar algún exceso que pueda involucrar mi osadía de juzgar a quienes la poseemos.

Debo decirle primero que nada, que siempre he sospechado que usted viene escrupulosamente envuelta en un efecto teratogénico, que hace imposible desprenderse de su esencia antes de consolidarnos como sus poseídos. Por otro lado, hay indicios de que no necesariamente tiene relación con alguna tara padecida, heredada o adquirida, de manera que entre sus posesos encontramos disímiles formas de presentación, y peor aún, de acción. Esto significa que quien menos aparenta serlo, pudiera sorprendernos con una insospechada faceta de grandísima necedad.

Los que la poseemos somos abundantes, irracionales y causamos problemas a los demás (sin que necesariamente obtengamos un beneficio propio), interfiriendo con el bienestar de toda la sociedad, y particularmente de los que nos rodean y de alguna manera son afectados por nuestras «acciones». Esta gente no estúpida tiene que hacer su mejor esfuerzo para protegerse de nosotros, y poder así compensar nuestros disparates. Tenemos, además, algunos otros rasgos

de identificación, como por ejemplo el hecho de que no padecemos por culpa de nuestro «mal», sino que quien padece por su influjo es el resto de la humanidad. Facundo Cabral decía que nos levantamos muy temprano, para poder estar en todos lados y lograr tropezarnos con los demás a cada instante.

Hay quienes la adoptan sin padecerla, porque su incidencia es tal, que rápidamente contamina a quien se le descuide, y aunque sea por cinco minutos al día, la exhiben tan galantemente como si se tratara de uno de nosotros. Su prima hermana la mariquera, se hace poseer también por gente normal durante lapsos cortos, que derivan en las más disímiles y portentosas mariconerías. Otros se desdoblan sin mucho esfuerzo para lucirla con su mejor gala, aunque también sea por momentos. Su hermanastra, la idiocia, es definida en el diccionario de la RAE como un trastorno caracterizado por una deficiencia muy profunda de las facultades mentales, congénita o adquirida, en las primeras edades de la vida. Esta última, a veces es exhibida por gente que ni remotamente podemos imaginar que la padece, de manera que usted no está sola, son varios los familiares suyos que la acompañan en el acontecer cotidiano.

La genialidad, su más acérrima enemiga, se pasea también por algunas mentes humanas, solo que en una proporción infinitamente menor. Einstein dijo que *la diferencia entre estupidez y genialidad es que la genialidad tiene sus límites*, y que solo hay dos cosas infinitas,

refiriéndose al universo y a usted, aunque del universo nunca pudo estar totalmente seguro. Y Voltaire decía que usted es una enfermedad extraordinaria, ya que no es el propio enfermo el que sufre por padecerla, sino los demás.

Según el investigador italiano Cipolla, independientemente del número de nosotros que los no posesos tienen a su alrededor, siempre somos más. *El déficit en el recuento está condicionado sin duda, por la suposición de que ciertas personas son inteligentes debido a factores superficiales como su trabajo, nivel de educación u otros rasgos incompatibles con la estupidez*. Según Cipolla, no existen rasgos incompatibles, dado que la estupidez que padecemos es una variable constante en toda forma de organización humana. Agrega el investigador itálico, que en cada categoría que podamos imaginar en cuanto a género, raza, nacionalidad, educación, ingresos, emprendimiento y desenvoltura, existe un porcentaje estimable de personajes estúpidos. En cada país, cada ciudad, cada pueblo, cada comunidad, hay una constante porcentual de necios *estupidizados*, entre otras cosas por la inclinación actual a las frivolidades, veleidades y cualquier «ineludible» insustancialidad de la vida moderna.

En líneas generales, pues, usted es cualquier comportamiento que se desvíe de las expectativas habidas, por lo que varía la percepción que se pueda tener de su existencia. Este comportamiento tiene consecuencias habitualmente negativas para uno

mismo. Nadie ha hecho hasta ahora el intento de medir su presencia contenida en cada uno de nosotros, siendo que es mucho más fácil identificarla, que definirla. Hay personas inteligentes que la padecen ocasionalmente al ejecutar ciertas acciones que a pesar de todo, le benefician a ellos mismos y a los demás. También se encuentra el mangante, que al padecerla obtiene beneficios a expensas de los demás, en claro remedo de sus análogos, los parásitos. Pero también está el crónico, cuyos episodios agudos claramente benefician a los demás, y nunca a sí mismo, muy a su pesar. Este último constantemente se queja, sin que con ello busque la compasión más allá de la comprensión de su padecimiento.

Mark Twain aconsejaba nunca discutir con alguno de nosotros, pues a cualquiera *lo haremos descender a nuestro nivel, y ahí le venceremos por amplia experiencia*, además de que *a diferencia de la ignorancia, que puede ser temporal, la estupidez es para siempre*. Sin embargo, ser uno de nosotros, o fingir serlo, pudiera constituir la clave para ser feliz, según el criterio de otros pensadores y estudiosos del tema. Para algunos otros, somos un ejemplo de constancia y consistencia inquebrantable, porque pase lo que pase, seguimos siendo estúpidos ante cualquier circunstancia o eventualidad.

Cipolla decía que somos peligrosos porque cuesta entender nuestra lógica. Sostenía que alguien inteligente puede entender a los mangantes, porque sus acciones generalmente siguen un patrón de enrique-

cimiento personal, y se puede predecir su comportamiento. Pero con nosotros no ocurre esto, ya que nuestro acosamiento sin razón y sin ventaja, sin un plan predeterminado y claro, ocurre en el momento más inoportuno. No hay forma racional de enfrentarnos, cuando abordamos a los demás estos quedan a nuestra merced. De ahí, que es una muy mala idea subestimar nuestra capacidad de reincidencia.

En múltiples oportunidades, los resultados electorales han sido el más fiel reflejo de las sociedades en declive, por la desproporción porcentual de personas que la padecemos y las exitosas, a lo que se suma un gran número de individuos «indefensos» y una alarmante proliferación de políticos sin escrúpulos, con acentuados síntomas de usted en ellos. Esta desproporcionalidad inclina la balanza a nuestro favor.

Lo peor de todo esto, es que seres listos pueden actuar estúpidamente por el solo hecho de ser listos. Pueden abstraerse y construir modelos cada vez más complejos, para blindar su propio punto de vista. Es decir, haciendo razonamientos alejados por mucho de la realidad planteada, y demostrando de alguna manera cierta inteligencia, hay quienes pueden actuar estúpidamente y montarse en defender su opinión a troche y moche, sin que medie rasgo alguno de transigencia.

Nosotros, los estúpidos, tenemos gran dificultad de pensar en cómo estamos razonando para encontrar una solución a determinado episodio, pero se nos

hace fácil pensar que conocemos esa solución. Es el caso de los debates donde buscamos tener la razón: proponemos la solución de lo debatido con razonamientos innecesariamente complicados, que demuestran que la inteligencia general no está relacionada con la inclinación a caer en sesgos, de origen cognitivo. Al contrario de los sabios, preferimos la seguridad pretendida a la incertidumbre y la investigación, demostrando así que nuestro padecimiento es una actividad intensamente persistente en momentos inadecuados, debido al colapso en el sistema de auto organización conductual de cada individuo en su entorno.

La llamada ignorancia valiente nos hace incapaces de inhibirnos para hacer cosas con resultados catastróficos, al meter nuestras narices en situaciones que requieren mucha más habilidad de la que poseemos, pero nos sentimos seguros de nosotros mismos al hacer o decir estas cosas. Nos importa en demasía tener la oportunidad de lucirnos con nuestras «travesuras» de acción u opinión, y cuando se trata de sandeces obviamos la vergüenza que cualquier mente lúcida sentiría. Nuestro verbo a veces incandescente, se pasea por una amplia variedad de razonamientos ajenos, asertivos la más de las veces, pero que combatimos con la palabra sin el menor asomo de recato y respeto debidos.

En síntesis, los estúpidos nos dirigimos a un ritmo vertiginoso hacia el crecimiento exponencial de nuestra especie, y contamos con usted para que nunca nos

abandone amparándonos y protegiéndonos en nuestro empeño. Seguiremos levantándonos muy temprano y haciendo el esfuerzo de ubicarnos en posiciones estratégicas, de manera de abarcar la mayor porción de territorio posible, para que cada uno de los individuos normales se tope con uno de nosotros constantemente, en cualquier tiempo y lugar. Continuaremos siendo acólitos compatibles con la voracidad manipuladora de políticos y líderes sectarios —que cuentan con nosotros para perpetuar su especie—, cuidándonos siempre de no ser víctimas de un *estupidicidio* que termine con nuestra existencia. Por tal razón, ama y señora nuestra, le rogamos nunca nos abandone y siga con su labor cumplida a través de todo tiempo, lugar y circunstancia, que cada momento le ha permitido.

Orgullosamente me despido, reiterándole mi admiración,

un vasallo fiel.

P.D.- No decido aún si entregarle estas líneas personalmente, o enviárselas conmigo.

A SU MARIDO

Estimado amigo:

Te llamo amigo porque no encuentro otra forma de llamarte. Te llamo amigo, no porque ese preciado sentimiento del alma haya perdido el valor real que tiene para mí, sino porque necesito llamarte de alguna manera. Pero no eres mi amigo, no te llevo en el corazón como se lleva a un amigo. Pido perdón a mis verdaderos amigos, por tener la osadía de asignarte ese apelativo.

No conozco tu nombre, ni quiero conocerlo. Lo único que sé de ti, es que llegaste a su vida antes que yo. Que conociste a la mujer que ahora amo en secreto, cuando ella rebosaba ese ímpetu juvenil y esa lozanía de alma joven, que disfrutaste sin restricción. Ahora ella no te ama. Me ama en secreto, mientras finge a tu lado ser la esposa ideal y perfecta.

Me convertí en su refugio. Me acerqué a ella por casualidad en cualquier lugar y cualquier momento, cuando silenciosa y distraída trataba de ocultar la infelicidad de tu indiferencia. Le soplé al oído algunas frases, de esas que a toda mujer le gusta escuchar todo el tiempo, y me mostré interesado por detalles y pequeñeces cotidianas. Conmigo escuchó nuevamente los TE AMO y los MI AMOR que hace tiempo le niegas, y recibió de mí las atenciones que te prohibiste darle. Las cortesías elementales que pensaste ya no eran necesarias, las agrupé una a una en mi trato

cordial, durante los escasos momentos que duraban nuestros encuentros furtivos, haciéndole desear cada vez más, que ya no fueran tan fortuitos.

Hace tiempo ya que vivimos este idilio. Entre los dos, hemos formado un hogar virtual, sin el confort de tus bienes y tu dinero, pero sí con la espiritualidad de sentimientos nobles, sinceros, basados en el respeto mutuo al espacio del otro.

Se niega a olvidarme, a pesar de que he intentado, en oportunidades, dejarle el camino libre. Según ella misma dice, es muy tarde ya para revertir profundas diferencias entre ustedes. Y eso es, amigo, lo que nunca notaste. Estabas tan enfrascado en tus cosas, que te olvidaste del tesoro más preciado que tenías.

Ahora ya es tarde para ti, perdiste la gema con más brillo en tu colección. Y a pesar de que sigue acostándose contigo a dormir, conmigo se acuesta a soñar. Contigo consuma sexo, conmigo hace el amor, y eso ni siquiera lo has notado. A ti te dice QUERIDO con el cerebro, a mí me dice AMOR MIO con el corazón, con la profundidad emocional que conlleva ese sentimiento. Contigo habla a diario, conmigo dialoga, comparte sus pesares y alegrías, y aunque lo hacemos muy eventualmente, se siente escuchada. En el día a día, a ti te da un beso en la mejilla para despedirse, a mí cada semana me besa en la boca para sentirme.

Es cierto, a veces no sabemos lo que tenemos, hasta que lo perdemos. Y peor aún, a veces perdemos algo, o alguien, y ni siquiera lo notamos, sino hasta

que es demasiado tarde. Por eso no quiero perderla; no sabría vivir sin la miel de sus besos enamorados, y sin los momentos de pasión embriagadora que su cuerpo entre mis brazos me proporciona.

Para ello, necesito de tu concurso, amigo. Necesito de tu indiferencia, de tu infidelidad. Es menester que no cambies, que sigas negándole los CARIÑO MIO merecidos, por la mujer que ha compartido contigo los muchos últimos años de su vida. Necesito que la ignores y que no dialogues con ella. Que no le hables de tus planes, de tus fracasos, de tus triunfos.

No la lleves a tus encuentros sociales, y siempre ten preferencia por salir con tus amigos, antes que llevarla a la graduación de su ahijada, o a la fiesta de fin de año de tu empresa. No hagas nada para reconquistar su admiración, y nunca evites con tu buen trato que ella se arrepienta de serte infiel.

Gracias, mil gracias, infinitas gracias..., amigo.

P.D. Tampoco la vigiles cuando salga en las mañanas. ¡Sabremos agradecértelo!

A LA DIÁSPORA

Infame engendro**:**

Ignoro si estas líneas te alcanzarán en tu raudo recorrido por la desgracia de mi patria. Ignoro también si te dignarás a darte por enterada de lo que plasmo en las siguientes palabras, y aun sabiendo que en algún momento y lugar puedas leerlas, ignoro si tu acerada armazón vacía, sin espíritu ni alma, podrá sentir alguna emoción humana o el más mínimo sentimiento de pesar, por la realidad que queda plasmada en ellas. Ignoro de qué averno provienes, y desconozco qué satánica voluntad te mueve.

Pero sobre ti hay muchos temas que no ignoro. Existe infinidad de dolores causados y heridas abiertas de tu autoría, que no dejarán descansar alma alguna de aquí hasta el cese de la vida de quienes logramos eludir tu malvada hoz, y preferimos quedarnos a morir poco a poco de mengua y aflicciones provocadas por el desmembramiento de nuestra familia, tarea que has logrado coronar casi con exactitud milimétricamente diabólica.

Hoy son incontables los hogares que con alevosía has ido destruyendo, en tu afán insaciable de desolación espiritual y aniquilamiento del futuro. Pero tranquila, no te preocupes, no te identificamos como la injusta y desgraciada causa; estamos conscientes de que por el mucho daño causado, eres tristemente célebre como la ridícula, malvada y muy dañina consecuencia. Sobre tu accionar y tu virulenta actitud desafiantemente

invitadora, hay una acción incitadora que entumece nuestra voluntad hasta los tuétanos del espíritu**:** Hay, para pesar de la humanidad toda —y primordialmente de este pueblo—, una especie de anatema político empeñado en desgarrar cada centímetro de piel de nuestro otrora hermoso y acogedor país. Tú simplemente ocupas el triste lugar de una carroñera inescrupulosa que disfruta bocado a bocado, nuestro luto social.

Hoy, los abrazos sentidos y los apretones de mano son solo un recuerdo de la presencia integral y física, de quienes ahora solo tienen la tecnología como aliviadero de su impotencia emocional. Los besos se transformaron en figuras icónicas de labios pintados en la pantalla de un teléfono celular, por lo que el candor y la tierna humedad de unos labios enrojecidos por el amor familiar, ya no podemos sentirlos, ni apreciarlos, ni recibirlos, ni proporcionarlos, con nuestro ser querido al alcance de nuestros brazos.

Nuestros planes, proyectos, ilusiones y metas, ahora duermen el sueño eterno en el baúl de lo imposible. Nuestros hijos, esos jóvenes por los que mucho luchamos y tantos sacrificios pasamos —con asaz ilusiones y objetivos trazados—, ahora desplazan su vida por terrenos ajenos y por muy bien que puedan desenvolverse, no están en el patio propio, de donde nunca debieron salir para —entre otras cosas— seguir recibiendo a hermanos, que acudían a nuestro país en procura de un mejor porvenir lleno de oportunidades y libertades, sin ataduras a ningún infeliz

carnet con el que se disfraza la más cruel y canalla discriminación de la historia. Esta última aberración se constituye en un bozal para impedir que lancemos nuestra palabra al viento, a la vez que los maulas luciferinos se aseguran de hacernos esclavos perennes de su maldita miseria.

La exclusión vivida allende, propiciada por otros actores políticos, es una minúscula partícula inofensiva ante la arremetida infame de los agnósticos cancerberos de la actualidad. Tan cierto es todo esto, que tu presencia en nuestro suelo jamás vio posibilidad alguna, hasta que la presente maldición te trajo de la mano.

Hoy, padres e hijos, hermanos, abuelos, madres descorazonadas, esposos, novios, amigos, familiares, compañeros, vecinos, emprendedores, estudiantes, profesionales, niños, jóvenes, adultos y ancianos, padecen en frustración los sinsabores de la soledad unos, y la lejanía forzada otros, cuando la familia unida en armonía y solidaridad se convirtió en una quimera. Lo que nunca debió ocurrir, es que nos dejáramos arrebatar la esencia más sublime de nuestra cotidianidad, de nuestra paz, de nuestra solidaria y consecuente actitud, de nuestro abrazo familiar y nuestra forja en familia por un mejor futuro y bienestar para todos.

Y he allí tu preferido radio de acción**:** el inherente deseo humano de superación, ese que se ha llevado millones de coterráneos a confines que nunca hubiésemos soñado siquiera visitar, y que gracias a ti, hoy se convierten en esperanza de vida para quienes el hecho de quedarse aquí, se hubiese constituido en su-

frimiento, frustración de futuro profesional, familiar, amoroso y hasta nutricional; dolor, padecimiento, hambre, miseria, sin servicios públicos, sin semáforos, sin luz, ni internet, con altísimas posibilidades de ser víctima del hampa dos o tres veces a la semana; sin medicinas, sin transporte público, sin aseo urbano, sin insumos, ni gasolina, ni funcionarios honestos, estos últimos inmersos todos de una manera u otra en la espiral delictiva de la nación. Lo de espiral, nos recuerda el lugar preponderante que ocupamos a nivel mundial**:** La inflación más alta del mundo y por más tiempo desarrollada por país alguno de este planeta, en toda la historia de la humanidad…y seguimos contando.

La esperanza permanece estática, inmóvil, sin pretensión alguna, solo esperando ser lo último que debamos perder. La razón y el sosiego se pelean entre sí como asumiendo que solo uno de ellos debe prevalecer. La calidad de vida se marchó con su amante de algún ministerio y no está en su agenda retornar, hasta pasados varios años del final de esta pesadilla.

Y es que así como sabemos que todo tiene su final —y esta maldición política no es la excepción—, asimismo sabemos que se requiere de mucho tiempo para restañar las heridas dejadas por tanto estiércol, embadurnado en los confines burocráticos del país y —muy lamentablemente— en la mente de cada habitante de esta nación. Las cicatrices serán visibles por largo tiempo, y aun luego de ser sanadas, seguirán siendo cicatrices, en la irreversibilidad del vastísimo daño causado.

La certeza de que nada dura para siempre, es lo que realmente nutre nuestra acérrima espera en la confianza de que antes del último suspiro, los que nos quedamos podamos cosechar las mieses de nuestra fe, y nuestros ruegos a Dios Todopoderoso. En Él, adosamos nuestra esperanza.

Sé que para ti (desde tu exclusiva óptica, que es la única óptica de tus infernales patrocinadores), soy alguien que no merece el honroso título de ciudadano criollo. Muy al contrario, el no estar de acuerdo con la barbarie incalificable que estamos viviendo, me convierte permanentemente en traidor a la patria, según ellos. Pero el tiempo es sabio, y se encargará de establecer correctamente tan trillada aseveración, y colocará cada epíteto en el personaje a quien corresponda.

El mundo da una vuelta cada día, y lo que hoy parece infranqueable, mañana puede convertirse en manjar de la justicia. A esta nos remitimos, para imaginarnos que cada quien cosechará lo que siembre. En el anverso de ella —la justicia— depositamos lo que nunca lograrán arrancarnos**:** nuestra inmensa e inconmensurable fe, en que esta situación cambiará para bien de todos.

P.D.- A cada cerdo, le llega su festejo.

A LA MUERTE

Astuta e ineludible señora:

Muchas fueron las veces que el miedo a incomodarle me impidió comenzar estas líneas. Mi temor —aupado por el respeto— se encargó hasta hoy de dilatar indefinidamente el propósito de escribirle, pero mi imperante necesidad de libertad para expresarme, finalmente ha coronado la incómoda iniciativa sostenida por largo tiempo.

He tomado la determinación de dirigirme a usted en los términos que siempre he deseado. Mi legítima y verdadera intención es sencillamente darle a conocer algunas consideraciones y pareceres, con el humilde propósito de estimularla a que usted se digne a responderme, y desde mi óptica esencialmente ingenua, poder lograr así entablar una futura relación que pudiera convertirse en amistad.

Antes que nada, quiero expresarle mi admiración porque siempre he pensado que usted es el único evento ligado al ser humano, que le guarda total fidelidad a la verdad absoluta. Lo único absolutamente cierto, la única verdad absoluta que existe, lo único a lo que todos tenemos que llegar queramos o no, lo único de lo que no podemos escapar y que es común a todos sin excepción alguna, es usted, señora parca. Desde el punto de vista de la ciencia, usted representa (o se convierte en) el final de la vida por la imposibilidad orgánica de sostener el proceso homeostático. Desde

un punto de vista religioso, representa el encuentro entre la divinidad de la creación y el comienzo de la vida eterna. Desde un punto de vista más mundano, más simplista, es el final de la conciencia, sin la cual no puede haber emociones, y sin emociones no hay vida. Y los humanos somos seres básicamente emocionales, aunque de vez en cuando también seamos seres racionales.

La acusamos de insensible y despiadada, pues está hecha con las fibras de la desesperanza, pero sospecho que el realmente insensible es su amo y rector, que le ordena fulminarnos en el momento y circunstancias que él determine. Me refiero al señor destino.

Igualmente la acusamos de carecer de emociones, sin tomar en cuenta que su naturaleza es diferente a la humana. Usted representa el final de la vida, pero no es culpable de llegar a recogernos, por cuanto no es quien decide el momento en que debemos pasar a otro plano. Algunos creemos retarla cuando la temeridad viste de gala a nuestra impaciencia egocéntrica; pero a quien realmente retamos es al destino, ya que es él quien determina cómo y cuándo morimos, fijando fecha y hora en la que usted debe cumplir con el deber de llevarnos, instrucciones que finalmente acata a cabalidad y sin demora, como buena subordinada que ha demostrado ser. De allí, que me parezca injusto llamarnos *mortales* en lugar de *destinales*, por cuanto es el destino lo que nos hace finitos.

La homeostasis que usted se encarga de aniquilar, es un conjunto de fenómenos de autorregulación que conducen al mantenimiento de la constancia, en la composición y propiedades del medio interno de un organismo, según la definición académica lexical. Los hombres, mostrando una debilidad producto de nuestra permanente confusión, pensamos que usted es algo que ocurre a los demás, (nunca a nosotros), aun cuando ver morir a nuestros semejantes nos convence de su existencia e inevitable arribo cuando corresponde.

Es tanta su trascendencia en el acontecer de la humanidad, que hasta toscos remedos han salido a la palestra pública, con la pretensión de ganar prosélitos para una causa de fines enigmáticos e inconfesables. Tal es el caso de la catalepsia, que es un trastorno repentino en el sistema nervioso, caracterizado por la pérdida momentánea de la movilidad voluntaria e involuntaria, y de la sensibilidad del cuerpo. El estado cataléptico es su más cercano pariente, y nos da una aproximación del momento cuando usted con su negra vestimenta y su guadaña afilada, viene a recogernos.

Pero más allá de burdas imitaciones y jugueteos, quiero referirme a la seriedad de su labor. Y es que a pesar de no ser nunca bienvenida por nadie en ningún lugar y circunstancia, es usted una empleada fiel del destino que llevamos escrito desde el momento que nacemos, de acuerdo a ciertos criterios de corte filo-

sófico y religioso, aunque hay quienes sostienen que lo labramos nosotros mismos. (Otros afirman que la astrología es la voz mandante). En todo caso, usted nunca mueve a risa, y eso debe ser enormemente aburrido. Por el contrario, su presencia es sinónimo de dolor y tragedia sentimental. Contra usted creemos luchar, pero insisto, es contra nuestro destino que debemos hacerlo; es el responsable de lo que nos pasa cuando usted tiene que aparecer al final de nuestra vida. Usted, sin retraso ni equívocos, es la cesación de la existencia vital (de la vida, tal como la conocemos).

Sino, hado, fatum, suerte, predestinación, destino, o como queramos llamarle, es la carga energética que nos acompaña, y esa sí depende de nosotros para hacerla positiva o negativa, aun cuando sabemos que en nada altera la fecha y hora de su llegada. Es el destino, además, una fuerza, un poder sobrenatural que no podemos evitar ni eludir, que actúa sobre los seres humanos guiando la vida de las gentes en oposición al libre albedrío, la voluntad y la libertad de acción de cada quien. Es, pues, una sucesión inevitable de acontecimientos de la que nadie puede librarse. En la mitología griega, las *Moiras* eran las personificaciones del destino; en la romana eran las *Parcas* o *Fatae,* en la báltica las *Laimas* y en la nórdica, las *Nornas. Perséfone*, diosa griega, era la reina del mundo de los muertos, el mundo que en la actualidad usted nutre con su odioso trabajo. De la mitología romana conocemos que las *Parcas*, representadas con figuras de viejas desvencija-

das, eran tres hermanas: *Cloto,* quien hilaba, *Láquesis,* la segunda, devanaba, y la tercera, Átropos, cortaba el hilo de la vida. De ellas procede uno de sus más usados apelativos.

Una de las cualidades que le confiero, es su autenticidad, su sinceridad, su ausencia de hipocresía. Por igual, llega al más rico, o al más alto, o al dueño, al empleado, al rey o al más insignificante súbdito, al presidente, al banquero, al mendigo, al más viejo o al más joven, a la madre que tiene hijos, a la mujer más hermosa o al jugador con mejor desempeño; al campeón o al derrotado, al que hace el bien o al dañino, al policía o al ladrón; en fin, usted no tiene preferencia ni recato en el momento de cumplir con su fatídico deber. Parafraseando a Benjamín Franklin, le diré que algunos la llaman en un acto de desesperación que generalmente se convierte en arrepentimiento, otros envalentonados presumen de provocarla, y algunos sensatos simplemente la esperan, siendo el común denominador el temor a su aparición.

Y aun cuando trata de disimular su devastadora presencia con acepciones eufemísticas como óbito, deceso, expiración, fallecimiento, defunción, perecimiento, fenecimiento, cesación; constituye usted un evento omnipresente causante de inquietud tanto al pensamiento como a las emociones de los seres humanos, saturados de temores e incertidumbres y preparados para todo, menos para recibirla. Cuando se extingue el proceso homeostático en un ser vivo, se

disputa entonces la autoría con el destino, por cuanto no se puede establecer si es este último el que «cierra el grifo» para que usted haga su trabajo, o el destino le indica el momento de actuar para que sea usted quien cierre el «grifo de la vida». Es una delgada línea que se constituye en la entelequia a dirimir al mejor estilo dialéctico.

Usted regodea su fama paseándola por infinidad de facetas, asumo que con la pretensión de lavar su nombre desmarcándolo (aunque parcialmente) de la adversidad.

Una de sus formas parece salida de la desdicha y el infortunio, como queriendo apaciguar los embates de su influjo, o como aspirando ser vista desde una óptica más sensible. Se trata de su cara conocida como *eutanasia*, o «muerte dulce», que es inducida bajo circunstancias específicas, y debe contar con el consentimiento de familiares del paciente. Sus partidarios sostienen que la ausencia de sufrimiento físico conforta a víctima y deudos, en la infelicidad de su llegada. Otros grupos, bajo principios religiosos primordialmente, se oponen a esta forma de su arribo, pero eso es tema para otra ocasión.

Pues bien, aunque sobradamente sabemos que usted es nuestro final, para muchos —probablemente la mayoría— resulta difícil aceptar esa realidad ineludible. Esa especie de combinación entre circunstancias que no se pueden prevenir ni evitar, y el encadenamiento de sucesos considerado como necesario y fa-

tal, es lo que intriga a los habitantes del planeta y hace balancear en el columpio de la dubitación, nuestros conceptos de *casualidad, destino* y *suerte.*

Pudiéramos decir también que usted significa el final de la inmanencia como ente intrínseco de un cuerpo, lo que en filosofía se conoce como toda actividad perteneciente a un ser, cuando la acción perdura en el interior de ese cuerpo, y tiene su fin dentro del ser. Es entonces cuando comienza la esencia del recuerdo, es decir, la trascendencia. Comienzo y final de una y otra cosa, final para una y comienzo para otra…

Entre el nacimiento y su infausto arribo, hay un infinito transitar variopinto inaccesible a la predicción y el presagio, a la conjetura y el vaticinio, al deseo apegado al bien y el deseo que se arropa con el mal. Las imprecisiones de la vida y la falta de certeza de su macabra aparición, quizás sean la causa del lastre de tristeza que arrastra con su llegada, lo que la hace ser rechazada y nunca bienvenida. Usted, señora muerte, es el peor de los malos visitantes, y nunca queremos que llegue a nosotros, aun sabiendo que hagamos lo que hagamos, siempre nos alcanzará.

Aunque jamás desearía verla de frente, le reitero que no la odio; la acepto como lo que es, como el final de todo, como el propio incierto final de nuestro propio comienzo vital.

Con mis más respetuosas consideraciones,

un temeroso amigo.

P.D. - Como muestra de aceptación, juro que mi corazón latirá solo hasta el día que usted venga por mí.

A LA MUJER DE MI VIDA

En la prisión de mis errores,
dos milenios después de Cristo

Mujer de mi vida:

Sin referirse a mí ni en el más remoto pensamiento de su desempeño filosófico, el sabio literato alemán Goethe escribió una vez: «Quien soporta mis defectos, es mi amo… aunque sea mi esclavo».

Evoco ahora esta profundidad intelectual, por cuanto hasta hoy descubro que durante nuestra vida juntos, fuiste sin proponértelo mi ama, no por la connotación aberrante de la dependencia en esclavitud implícita en esa palabra, sino más bien por la interminable lista de horripilantes defectos que debiste soportar con estoicismo y serenidad, como garantes de tu injusta resignación. Ahora entiendo, las sensaciones de frustración e impotencia de tus diarias decepciones al filo de mis imposiciones, y la sórdida ambientación de nuestra vida marital. Me esfuerzo por conciliar mi perfeccionismo con tu apatía, y solo consigo enmarañar lo posible, más acá de la escasez de añoradas remembranzas.

El aprendizaje —afortunadamente— ha sido provechoso, y pienso que ha servido para comenzar a blanquear la oscuridad de mi espíritu sin rumbo. Entre otras muchas cosas, ahora sé que si tenemos miedo de comenzar a hacer algo, entonces ya hemos terminado. Y que el futuro está lejos cuando es ayer, pero

cuando es hoy el futuro es apenas mañana, y casi nos alcanza desprevenidos y sin planificación. Ahora sé que hay dos tipos de tontos: los que lo son sin saberlo, y los que sabiéndolo, piensan que pueden hacer creer a los demás que no lo son. Es decir, creen que sus tonterías pueden hacer tontos a quienes no lo son y no las digieren, aunque aparenten hacerlo.

Algo similar ocurre con los infieles: adosan su infidelidad a la creencia tonta de que los demás no los descubrirán, más allá de la simple sospecha de una traición inmerecida.

Y al cabo de todo esto, puedo exhibirte la fidelidad como mi único estandarte honorable, porque el irrespeto a nuestro matrimonio jamás podrá contarse entre mis tropelías. Aparte de inofensivas escaramuzas varoniles en el campo de la sexualidad, nada amenazó nunca nuestra estabilidad de pareja. Hoy mi transpirar no reconoce ningún lecho extraño al tuyo, y con tímido orgullo trato de ufanarme de ello. Cada vez que respiro, una bocanada de tu aliento entra a mis entrañas llenando de oxígeno mi alma. Mi espíritu impreciso absorbe tu pasada entrega, mientras las ganas de tu boca arrecian en su cometido.

Quizás no seas la más bella de las mujeres, pero para mí eres la mujer más bella. Corriendo con desenfreno, alcanzo tu cuerpo difuminado entre la felicidad que no descubrí tener mientras compartimos nuestros latidos (en el único corazón que ha sabido albergar el torrente de mis amores), y la solemne irreverencia del destino a las causas perdidas.

A veces, mientras acuno mi sufrir para que repose conmigo en mi escaso sueño nocturno, este se levanta sobresaltado y procede a instalarse con más ahínco, para negarme el porcentaje onírico que me corresponde. Mis ojos abiertos se han convertido en una cotidiana heredad de mis errores, hasta el punto del acostumbramiento. Mi único consuelo es que al arribar el sol a mi horizonte, viene embalado en él un nuevo día de cigarrillos y contaminación, en el camino al buscado colapso pulmonar que avizoro al final de ese mismo horizonte.

Olvidarte no forma parte de mis escasas capacidades. Si tú lograste hacerlo, ayúdame por favor a ser humano, ayúdame a respirar otra cosa que no sea la obsesión de esto que siento por ti, y que se atora en mi garganta. Ahora sé que si se hace lo que siempre se ha hecho, se obtendrán los resultados que siempre se han obtenido, y puesto que nadie debe ser esclavo de su identidad, cuando surge una posibilidad de cambio, pues hay que cambiar.

Basándome en esto último, creo poder presentarme ante los más como un ser diferente, quizás no en la esencia que uno nunca aparta a un lado para recorrer el camino, pero sí en el devenir constante de la interacción personal. Gracias a este sentimiento que me invade los tuétanos, descubrí el final del infinito. Descubrí también que mi único éxito después de miles y miles de falsos abrazos —con la seguridad de mi autoestima—, es saber ahora que estaba equivocado.

Escuchando los diferentes sonidos del silencio, cavilé y cavilé concluyendo que si somos viejos, siempre que deseemos algo estaremos pasados de edad para tenerlo, y si somos jóvenes nos faltará edad para merecerlo. (La única excepción a esta regla, es el amor).

Y por naturaleza Divina, fuimos obsequiados con el don del deseo. Después de comer y respirar, cualquier otra cosa será un valor agregado. Nadie necesita lo que no desea. Es decir, la especie humana es un manojo de deseos que crean la necesidad de algo. La avaricia, por ejemplo, la maldad, la envidia, el odio, la venganza y la gratitud, son hijos del deseo. Si no los deseáramos, no sentiríamos la necesidad de tenerlos y sentirlos.

Pero lo que realmente mueve a la humanidad cual génesis universal, es el deseo de amar, que es el menos consciente deseo que experimentamos, y a la vez el más consciente deseo que adoptamos. Entre estos dos extremos se mueve, humilde o prepotente, petulante o cabizbajo, grande o pequeño, sabio o incoherente, este sentimiento que todos llevamos dentro con carácter irrenunciable, y que se nos ha antojado ubicarlo en el músculo cardíaco que llamamos corazón. Ahí te siento, ahí te recuerdo, ahí me llega el dolor que me produce no tenerte a mi lado, ni compartir contigo las facetas de esta a veces ingrata vida, y a veces altamente satisfactoria existencia.

Puedo concluir luego de estas desaliñadas consideraciones, amor mío, que profunda y desinteresadamente, te amo. Y cuando uno ama de verdad, parece ser imposible sobrevivir al dolor de perder al ser que

ama, y cualquiera que ame de verdad, estará dispuesto a ofrecer su vida si con ello evitase perder al ser amado. Por eso, amada mía, mi sub conclusión es que te amo más que a mi vida. (Esto es lo que ha alimentado y a la vez coartado, la penetrante idea de un *tristecidio*).

El tiempo es implacable y lo sabemos. Conmigo ha sido criminal, verdugo y catastrófico. A veces pienso que existo en una especie de purgatorio, y que medio vivo ilícitamente en el umbral de la fatalidad. Las incipientes arrugas en mi piel parecieran tener su origen en el corazón, escapándose subrepticiamente y con sigilo hacia mis hemisferios cerebrales. Hay un no sé qué impulsándome al abismo, y a mis espaldas te encuentras tú, llamándome para impedirlo.

Quiero dar vuelta atrás y estrecharte fuertemente, para poder acompañarnos hasta la fecha de caducidad de nuestros alientos. El haber descubierto cuánta falta le haces a mi cuerpo, parece reñirse en procura de la supremacía, con la falta que le haces a mi espíritu. Entre tú y yo los años han recorrido algo más de medio siglo, y el porvenir intenta anunciarnos su intención de seguir sumando muchos amaneceres compartidos.

La esperanza toca a mi puerta anunciándome que ella también moriría, de no percatarte a tiempo de lo inmenso de mi amor por ti. Ella depende de una decisión tuya para renacer como las alas del Fénix. Victimizarme luce ahora como mi as bajo la manga, conocedor como soy de tu apego a la misericordia y el perdón, aunque no subestimo las frustraciones que descansan altaneras en el baúl de tus tristezas.

Pero ser víctima, como sabes, nunca se ha correspondido con mis estilos. No se enmarca en el contexto de mis planes para reconquistarte. Y aunque el sabor agrio de la distancia permanece instalado en el paladar de mi aislamiento, prefiero optar por el último vestigio de amor digno que me queda, guardado bajo la piel de mis lamentos. Te amo y creo que con eso debería bastar. De no ser así, todo esto que nos está pasando perdería el más mínimo sentido. De no ser así, mañana no sería un nuevo día, sino un día más…

De lo que ocurrirá una vez juntos nuevamente, sabrá hablarte la prosperidad vivencial de nuestros futuros tomados de la mano, nunca ensombrecidos por el tortuoso pasado en el que se convertirá este odioso presente. En lo adelante, el dolor lancinante que hoy estorba entre nosotros, será el recuerdo fugaz de un fructífero aprendizaje. Por mi parte, juro saber responder con altura y algún indicio de sabiduría, a las expectativas de tus merecimientos. Una nueva caricia a mis esfuerzos, le dará paz a mi alma, a mi mente y a mi existencia.

Prometo darte el doble de lo que tú me des a mí. Prometo devolverte con creces el sublime olor de tu compañía. Prometo no regodearme más en mis incapacidades de pareja, y te prometo ser faro que ilumine el sendero de nuestra dicha.

¡Lo prometo!

P.D.- Aún conservo en el bolsillo de mi alma, el último beso robado a tu desgano.

A LA POLÍTICA

Inefable señora:

Siempre he estado motivado a escribirle, por cuanto en cada momento de mi vida usted ha estado presente en la evolución social que —al igual que todo habitante de este planeta—, he tenido. De una u otra forma, lo notemos o no, ha sido factor determinante en nuestro crecimiento y desarrollo cultural en lo personal y lo colectivo. No ha existido manera de que alguna nación haya podido prescindir de su influencia en los habitantes, pues sin usted no existiera el manido concepto de ciudadanía.

Bien en su forma retórica, o en su influencia directa como elemento fundamental de la sociedad, usted ha sido determinante —fronteras adentro o fronteras afuera— para la convivencia y desarrollo social de cualquier nación o forma de organización, desde los mismos inicios de la humanidad. Es decir, desde siempre ha formado parte del acontecer humano en los diferentes niveles de participación, y en la fluidez del entendimiento cada vez que este se ha alcanzado.

Abundantemente añosa como es, siempre ha estado de manera intrínseca asociada al poder. Y que sepamos, desde el período neolítico podemos historiar su vida cuando aquellos que poseían una mayor fuerza física, o los considerados sabios del grupo, detentaban el predominio sobre sus congéneres como una prerrogativa obsequiada por usted.

Sustentó su origen en nosotros los humanos a través del proceso de socialización, cuando fuimos atraídos por la jerarquización en nuestra forma de organizarnos en comunidad. Etimológicamente se deriva de «polis», palabra griega que significa ciudad, y fue justamente en Grecia donde se originó una de sus vías de aplicación: la democracia. Hasta entonces, el mando era ejercido por un rey o un jefe, llegándose posteriormente a la feliz transformación de entregar el gobierno a un consejo, que era elegido entre los ciudadanos. Igualmente la antigüedad la registra en Roma, donde se instauró la igualdad para acceder a sus derechos, exceptuando a los para entonces ya existentes esclavos.

Y para profundizar en su etimología, diremos que su nombre proviene del latín *politicus* y del griego *politiká*. De esto podemos deducir su relación con el término «polis», asociado a la vida ciudadana.

Para Aristóteles, entre otras consideraciones que hace, su fin *«es el bien de la comunidad, siendo esto superior al bien del individuo»*. Añade que usted «gira en torno a las leyes e instituciones creadas, como encargada de elaborarlas y administrarlas».

El pensamiento de Nicolás Maquiavelo, por su parte, se centra especialmente en la reflexión política como «lucha de poder a cualquier precio». Para este personaje, el fin justifica los medios, y en sustentos teóricos expresa un desprecio total al hombre. Sostenía además que «lo político se definirá por la relación que

existe entre el gobernante y el gobernado, pues cada disciplina tendrá una relación propia de poder, diferenciándose entre sí por los actores que en cada una de ellas influyen». Al final, «El objetivo primordial de la política es la obtención y conservación del poder».

Para el sociólogo alemán Max Weber*, «Si el estado es aquel que detenta el uso de la violencia legítima, entonces la política es la lucha por el poder como tal».*

Y para el filósofo marxista Antonio Gramsci*, «La política se encuentra por fuera de las masas, limitada al ámbito burocrático y partidista».*

Muchas trilladas interpretaciones e innumerables conceptos se tejen en torno a su existencia. Unos a favor, otros en contra, otros más ecuánimes, y gran cantidad que no se corresponde con ninguna individualidad de los ciudadanos, o algunos grupos organizados bajo su tutela.

Pero lo cierto es que para nosotros, para la gente de a pie, usted es la causa principal de inequidades e injusticias, de miseria y exclusiones, que no se corresponden con el deber ser. Entiendo —quiero asentarlo— que como siempre, el problema no es usted en sí misma; el problema somos los humanos que hacemos uso de su libertad de acción y ejecución. En su nombre, naciones enteras han sucumbido ante la aplastante anomia y el singular ejercicio de agentes autorizados por nuestro voto, para que cometan disímiles tropelías y desafueros que dan al traste con el concepto que usted engendra. En la práctica, lo reco-

nozco, ha servido cuando está limpia, para muchos avances y formas de vida y progreso social, económico, organizacional y cultural, de países que sin su existencia aun vivieran en la barbarie.

Es esa praxis desviada, asumida por élites con una minusvalía moral inconmensurable, la que la ha convertido en la más manoseada de todas las prostitutas que han perdido su norte. Usted se va a la cama con el primero que la invite con adulancia, sonrisas y palabras bonitas. Se ha convertido en temible portadora de peligrosísimas y contagiosas enfermedades de transmisión electoral, reptando por los túneles de la codicia y la ambición desmedida. Entre sus vísceras se encuentra la más variada fauna depredadora de la humanidad.

No es su culpa, lo entiendo, pero es su responsabilidad. En esta especie de entelequia no podemos acusarle de las perversiones de la conducta humana, pero es usted quien ha dotado a esa clase malvada, de las armas que requieren para su negativo y nefasto actuar. Por eso es responsable, por ser la iniciadora de una de las desviaciones más inicuas que el hombre haya conocido.

El sabio, poeta y catedrático venezolano Simón Rodríguez, sostenía que «Lo ideal sería obedecer a la razón y no a la autoridad». Pero hasta allí llega esa utopía. Solo se queda en eso, en palabras, en pensamiento, en idealismo…

Actuantes maulas, deshonestos, malintencionados, embaucadores y manipuladores, han sido los protagonistas más frecuentes de su ejecutar. Son ellos

quienes han ensombrecido su figura, su porte, y han rebajado procazmente su estatura moral. Y partiendo del hecho de que el hombre es un animal político, bueno es aclarar que me refiero a los que han detentado alguna cuota de poder, en cualquier instancia y/o circunstancia de cualquier época. No toca esta clasificación a quienes nos limitamos pasivamente a subir a los estratos del poder con nuestro voto, a estos indignos y rapaces carroñeros.

Entiendo que usted puede ser amable, consecuente, rica en soluciones y pródiga en justicia, pero quienes la han usado han dado al traste con estas cualidades. En sí, no es contra usted nuestro enojo, es contra los políticos aprovechadores, que haciendo uso de la magnanimidad que les brinda, han lanzado por un barranco la esperanza y enclaustrado a la ilusión.

Otra de las desviaciones en que han incurrido sus acólitos, es eso que llaman ideología. Que si de izquierda, que si de derecha, que si de centro, y de ahí en adelante sus ramificaciones: centro izquierda, centro derecha, derecha moderada, izquierda moderada, derecha radical, izquierda radical, que si esto, que si lo otro. Y sus derivaciones: conservadurismo, liberalismo, republicanismo, neoliberalismo, monarquía, autocracia, teocracia, dictadura, democracia participativa, democracia protagónica, tiranía, oligarquía, fascismo, etc. Adicionalmente, hay países que se definen como monarquía democrática, representativa, reino, y muchos etcéteras más. Me refiero a los in-

creíblemente aún existentes reinados, donde el trono es heredado por alguien «de sangre azul», haciendo uso de usted para sus relaciones internacionales, incluso con naciones que han superado semejante precariedad jerárquica. Esta es la forma de gobierno más arcaica, obsoleta, enrevesada y troglodita que pueda existir en los albores del siglo XXI d. C.

En resumen, usted ha sido una indefensa criatura moldeable a placer, de quien se antoje de aprovechar la maleabilidad de la conducta humana. Entre usted (en su práctica deleznable) y su amiga la ignorancia, han contribuido a diezmar el pensamiento creador sincero, solidario, servicial y rendidor, de quienes alguna vez la han asumido con la suprema voluntad de servir al prójimo. Y es que en su esencia, en su fuero interno, en lo más elemental de su misión de vida, usted es buena, hacendosa, justa y productiva. Solo el siniestro proceder del hombre ha podido desvirtuar su verdadero objetivo en la historia del género humano. Y como no podemos precisar con exactitud la línea divisoria entre su benéfica misión, y la funesta voracidad de la ambición y la maldad del político actuante, lamentablemente entonces recae sobre su identidad toda la culpa de los desmanes cometidos bajo su égida.

Confieso, estimada amiga, que no me gustaría para nada estar en su pellejo; no solo para no exponerme a quienes le detractan por la frustración sentida después del voto, sino para no alojar a los repugnan-

tes amorales ímprobos que estrujan su cuerpo, violándola a placer en las más disímiles posiciones «*kamasutranas*». Estos últimos se aparean sin protección anticonceptiva alguna, habiendo engendrado a través de la historia, las más decepcionantes y asquerosas criaturas pervertidas y deformes, convertidas en gestión de gobierno.

Sin embargo, esto de por medio, quiero ratificarle mi estima, solidaridad y comprensión a su destino y misión en este mundo. Su carácter endeble y pusilánime no da para más, y entiendo que no pueda defenderse por sí misma de los miserables que hacen uso abusivo de su organismo y su cometido. El impúdico *establishment* ha devenido desvergonzadamente en una posición de supremacía, en el ámbito donde a usted le correspondería ejercer su buen accionar. Dada esta circunstancia, no me atrevo a opinar si a su imagen le ha hecho más daño el dinero acumulado en manos inescrupulosas ansiosas de poder, o el simple mortal mal intencionado, que acude a usted para escalar a la cima de la corrupción y la desidia.

En todo caso, quiero que sepa que en mí tiene un aliado incondicional para el momento del rescate de su probidad, recato y honorabilidad. Soy de los que creen en la regeneración de las especies, además de que no la considero una causa perdida. Mucho menos descarto su practicidad en el ámbito hominal, cuando alcancemos a usarla en sus verdaderos postulados y criterios, para conducirnos por la senda de la

confraternidad, la rectitud y la auténtica solidaridad. Espero con ansias el momento de poder escribirla con *p* mayúscula. Servir al prójimo y amarlo como Dios manda, lamentablemente han escapado desde nuestro libre albedrío, y ahora son letra muerta, mandamientos desoídos, quimeras desterradas por la codicia de quienes la han usado para alcanzar el poder.

Para despedirme, quiero traer tres pensamientos que tocan su lenidad y su espíritu pasivo:

«La soberbia es una discapacidad que suele afectar a pobres infelices mortales, que se encuentran de golpe con una miserable cuota de poder», frase dudosamente atribuida a José de San Martín.

«En política lo importante no es tener razón, sino que se la den a uno»**,** del político alemán Konrad Joseph Adenauer.

Y por último, la guinda del cinismo:

«En política, los criterios de verdad o mentira son irrelevantes, lo importante es convencer a la gente». (Sin autor verificado, pero grandemente elocuente).

Atentamente,

su seguro servidor.

P.D.- Cualquier parecido con la coincidencia, es mera realidad.

A MI MADRE

Hermoso amor mío**:**

No es para nada tarea fácil comenzar estas líneas, destinadas a tratar el tema de la realidad más temida por los seres humanos**:** la inevitable, ineludible, inexorable y obligada muerte. No hay un solo acto racional en el humano que no comporte el instinto natural de conservación de la vida. Como mortales, no nos es dado rebasar la línea del final de nuestro acto de respirar, por cuanto fuimos creados con la condición de la finitud, en tiempo y espacio.

Tal es el temor a morir, que pensamos que evitando hablar de la muerte, podríamos darle chance a la vida. Tal es nuestro temor al deceso, que evitamos al máximo el escabroso tema, como si el ignorar a la parca pudiera alejar nuestro nombre de su listado.

El Universo nos colocó en un útero para que a partir de allí fuera el destino, el que definiera nuestro derrotero en el breve lapso que habitamos el planeta. Al final de nuestra existencia es de suponer que pasamos a otro plano afectivo, por cuanto la humanidad ha cultivado la costumbre de honrar a seres queridos luego de la muerte, aun cuando en vida solo le dispensaran malestar, desasosiego o indiferencia.

Como quiera que la muerte es la única certeza absoluta que tenemos en la vida, es de pensar que ella no es más que el final de esa vida, que debe culminar a su vez para darle sentido a esa muerte, que se nutre exclusivamente de seres vivos. El morirnos no es más

que la evidencia tangible de que tuvimos vida, y a partir de la muerte nace la parte inmortal de nosotros, transformada en recuerdo. Ser de esta manera inmortales en la mente de quienes nos rodearon, depende de la intensidad con la que hayamos vivido, y la huella que hayamos dejado a nuestro paso por este mundo.

Estas líneas, mamá, no son más que la aceptación de lo perecedero de nuestras carnes, y la inmortalidad de nuestro espíritu. Para ti, estas notas**:**

Cuando mueras, el color de mi tristeza será el que quiera llevar. No será el negro, ni el blanco, ni el gris, ni ninguno que no exprese lo que siente mi alma. Será el color de tus alegrías, el de las bendiciones que me diste, el de las veces que enojé tu existencia, o el de los nardos que cultivaste para que yo los regara

Mi música será tu música. La de los acordes que hoy te agradan, la de los encantos que intiman en abrazo festivo. La misma música que sirvió para que tímidamente acompasáramos en una sala celebrativa, los pasos de una madre dadora de vida, y de un hijo flechado por la bondad materna. Honraré tu memoria haciendo lo que te gustaría que hiciera, y siendo lo que te gustaría que fuera…

Ese será el color de mi luto. El dolor lo llevaré en mi corazón para poder sentirlo. No lo llevaré en el color de un trapo, para que los demás lo imaginen.

Saldaré mi deuda contigo suplicando perdón al Creador, y no pagando a un orador para que proclame en

mi nombre tu ascensión al Edén. Alabaré tu noble conducta ante Dios y ante la gente, para que puedan palpar el orgullo de ser producto de tu vientre.

Desesperaré a todos con mi alegría, por saber que llegó la hora en que Jesús te reclamó ante la presencia del Padre. Mis pecados serán mis omisiones de amor, al no haber correspondido a tu cariño. No será el no llevar flores a tu lecho sepulcral.

Nadie obtendrá un centavo de mi dolor por tu ausencia. Mi gran desatino será el no llenar de rosas tu regazo de vida. Sé que desde tu plano astral verás mis acciones y escudriñarás mis pensamientos.

Con tus ojos etéreos no podrás medir mis riquezas, ni estratificar mi pobreza… solo valuarás mis oraciones, sin un templo que recolecte monedas en nombre de la salvación.

Cuando ya faltes, madre, inhumaré la pureza de tu espíritu y tu incorrupto cuerpo delgado. Amalgamaré tus enseñanzas para poder lucirlas con orgullo. Hablaré de tus pensares y de mis errores sin sentido. Llevaré siempre en alto la frente que tanto acariciaste, en el agradecido rostro que siempre lavaste.

Soy carne de tu carne y sangre de tu sangre. El decoro que fraguaste será como un estigma de hombre probo, para homenajear a tu memoria.

Cuando ya faltes, madre, no enterraré un deudo. Sembraré tus huesos hechos semilla para cosechar virtudes y valores.

Y si yo lograra ganarte en la carrera por la muerte... por favor, mamá, que no sea un trapo negro lo que declare el amor infinito que sentiste por mí. No me lleves flores, llévame tu salud y tu sonrisa.

Una sentida lágrima derramada en oración, será la catapulta que lleve mis despojos incorpóreos al lugar que Yahveh disponga.

Una sola lágrima tuya, mamá... ¡Bastará para elevarme!

.

A LA RELIGIÓN

Compasiva y solidaria amiga:

Al finalizar estas líneas, espero sigamos siendo amigos como afortunadamente siempre hemos sido. Omito lo de «es un placer dirigirme a usted», por cuanto siento que debo manifestarme con la sinceridad que la majestad de su institución merece. Y si quiero ser honesto, debo confesar que no siento placer cuando corresponde cuestionar a alguien tan arraigada en el pensamiento humano, como es su caso.

Hace siglos (muchos, para ser coherentes), usted ha formado parte del ideario de los habitantes del planeta, y su influencia ha sido determinante en infinidad de pasajes trascendentales en la historia de la humanidad. Desde muertes en su nombre hasta persecuciones del pensamiento libre, pasando por el provecho sacado a nuestro temor a «la ira de Dios», (además de aberrantes manipulaciones maniqueas del pensamiento iletrado), han sido registrados en su haber de pasiones y pareceres fundamentalistas. Bajo este estado de cosas, a mi criterio, el ateísmo entonces ha sido uno de sus más inofensivos antagonistas.

En infinidad de casos ha figurado como consorte del poder, y en su forma de mayor involución se ha transfigurado en teocracia, garantizándose de una u otra manera, su presencia influyente en el estamento político e ideológico del conglomerado mundial. En sus diversas facetas (debidas a múltiples y disímiles

fragmentaciones), su permanencia en espacio y tiempo se debe al temor.

Básicamente, el hombre es religioso por temor a la muerte. Este temor a lo desconocido lo lleva a buscar en la religión las respuestas que su entendimiento no le permite alcanzar. Busca en la religión lo que sabe que el ser humano imperfecto y finito, no podrá explicarle. Busca en lo esotérico las respuestas a las preguntas que su temor le plantea. No querer morir, por instinto natural de conservación de la vida, es requisito imprescindible en sus seguidores, hasta el punto de que aun queriendo ir al Cielo prometido, se resisten ante la inminente seguridad de morir cuando llegue el día correspondiente.

En su forma más pura —es legítimo precisarlo—, usted ha emancipado el enaltecedor gesto de la caridad, el amor al prójimo y la solidaridad entre los hombres. De sus entrañas ha devenido una gran variedad de formas positivas de vida y convivencia, de fraternidad, de valores éticos y morales, de rectitud y probidad. Esto, venerada señora, no se somete a cuestionamiento alguno.

Siendo que constituye usted un factor dominante para la mayoría de la población mundial, debemos puntualizar que está dividida en múltiples pedazos —más de cuatro mil y contando—, de manera que difícilmente algún pueblo de la Tierra es ajeno a su presencia en él. Entre estos miles de pedazos resalta el cristianismo, nacido alrededor del año 30 d. C., y que

reúne en su seno a más de dos mil millones de fieles distribuidos en los cinco continentes, pero principalmente en América Latina y Europa. El cristianismo, nacido del judaísmo luego de un proceso de más de un siglo, y teniendo a la Biblia como su libro rector, a su vez está fragmentado en la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa, la Iglesia protestante, la anglicana, la restauracionista y la pentecostal.

El cristianismo se constituye entonces en la fe más practicada a nivel mundial, seguida por el islamismo, surgido en el siglo VII y regido por el Corán como su libro sagrado. Los musulmanes están aglomerados en países del medio oriente, norte de África, Bangladesh e Indonesia, teniendo aproximadamente mil millones de fieles menos que el cristianismo. Y así, de acuerdo al número de adeptos, se prolonga la lista de sus partes diseminadas a lo largo del tiempo y la geografía terrestre.

De allí que se pueda decir que tiene usted varias caras, varias facetas y varios apelativos, contando en cada caso con su divinidad, su modalidad, sus preceptos, sus leyes y sus estamentos, pero siempre con la aberrante aspiración de imponerse como verdad absoluta. Lo único común en todas las partes que la integran, (salvo creer cada una de ellas que es el camino correcto), es el éxito obtenido debido a que para el humano es más fácil creer, que pensar...

Usted, como un todo y en cada uno de sus pedazos, se hace eco de lo que llaman fe, que no es más que tener «la certeza de lo que se espera, la convicción

de lo que no se ve». Simples frases vacías, conceptos abstractos, que se llenan solo con la esperanza que cada quien decide cifrar en ellas.

En la amplísima literatura de auto ayuda y desarrollo personal, le dicen optimismo al deseo vehemente de alcanzar un fin determinado, que satisfaga la necesidad de paz y sosiego, basándose en el positivismo como fuente de atracción de energía positiva. Eso que llaman fe, eso que llaman optimismo y eso que llaman positivismo, repercuten por igual en la psiquis humana, arrojando la sensación de regocijo y el nivel de satisfacción que permanentemente buscamos.

En su transitar por la historia, con frecuencia se ha nutrido no solo del temor a la muerte de todo ser humano, sino también de su debilidad cognitiva. Esto es sumamente provechoso para quien desee controlar masas, ya que facilita obstruir la facultad de pensar, elegir y creer por sí mismo, algunas veces derivando esta maniobra en la conversión a eunucos intelectuales, de los seguidores enfilados en su aspersión doctrinaria. Usted coacciona a sus feligreses (reforzando la conducta negativa de desprecio a la lectura y la indagación), para que no desvíen su mirada hacia una opinión contraria a la interpretación de pasajes del «libro sagrado» respectivo, manipulando su emocionalidad al hacerles creer que todo lo que no se apruebe como máxima expresión de la salvación, es obra del demonio. En esa práctica maniquea, señora religión, su influencia sobresale impecablemente.

En el caso de su mayor fracción, el cristianismo, textos escritos por la tradición oral de tres o cuatro generaciones posteriores a la ocurrencia de los hechos narrados, han sustentado sus postulados. En una sociedad de creyentes, es más fácil ir con el curso de la corriente, pues nadie se detendrá a exigirle explicación del porqué piensa igual que la mayoría. Ir contra la corriente, por el contrario, obligaría al debate y la interpretación, a la dialéctica, y generalmente el humano es poco proclive a enfrentar este tipo de situaciones. Quino, a través de Mafalda, popularizó:

Vivir sin leer es sumamente peligroso, porque te obliga a creer en lo que te dicen.

Y Walter Lippmann escribió: *Cuando todos piensan igual, es porque ninguno está pensando.*

Algunos autores de renombre, como Marx por ejemplo (quien vivió en el siglo XIX, cuando la ciencia médica recurría al alcaloide morfina, como derivado opiáceo más conocido para aliviar el dolor y producir narcotismo), se han referido a usted como «el opio del pueblo», alegando que hace a sus adláteres seres poco pensantes, como sedados, esperando estáticos el destino de su nación, que no es más ni menos que su propio destino. Acólitos y adeptos generalmente fanáticos, inmersos en una subcultura que moldea más su pensamiento que su acción. Gente que acepta sin reparos su condición social, porque «así lo quiso Dios» y «Dios es quien quita y pone gobiernos». De allí nace el conformismo, el cruel, detestable y malva-

do conformismo.

El conformismo es el carcelero de la libertad, y el enemigo del crecimiento.

John F. Kennedy.

Al margen de esto, algunas de sus fracciones inculcan solapadamente a sus seguidores, la visión de la riqueza como una bendición de Dios. Olvidan convenientemente a Francisco de Asís, anteponiendo el bienestar económico como imposición del mundo moderno, por cuanto ya no es tan fácil vivir de la tierra sin monedas que permitan amasar fortuna. De esta manera aumenta el diezmo asumido como requerimiento Divino, con la premisa de «sembrar» para luego recoger las mieses en la proporcionalidad del «sacrificio». Es decir, convencen de que Dios dará abundancia, a quien diezme con abundancia.

Vivir, leer e indagar me han convencido de que Dios está en la bondad, en el compartir, en la solidaridad, en no hacer daño a nadie y hacer el bien a cuantos podamos. En cada uno de estos casos nos conectamos en vivo, en directo, frente a frente con Dios, sin intermediarios que se lucren con la fe de ovejas que diezman para alcanzar su salvación. Llegamos a Dios a través de lo que hacemos, y no a través de lo que tenemos. Dios mira lo que damos, y no lo que ostentamos. Recordemos que *la verdadera caridad consiste en compartir lo que tenemos, no en dar lo que nos sobra.*

Es de espíritus pobres pensar que mientras mayor sea nuestro diezmo, mayor será nuestra recompensa.

Dios evalúa corazones, no templos, ni monedas, ni boato.

Si dices que algún fenómeno es gracias a Dios, simplemente por no conocer de dónde proviene, esto quiere decir que Dios es una serie de ignorancia científica, que se va haciendo cada vez más pequeña a medida que la ciencia progresa, razona Neil de-Grasse Tyson, connotado astrofísico, investigador y divulgador científico norteamericano. Explayándose en su teoría, agrega: *Si tú no entiendes algo, y la comunidad de físicos tampoco lo entiende, ¿significa que Dios lo hizo? ¿Así es como quieres jugar a este juego? Porque si es así, hay una gran lista de cosas que los físicos no comprendían en su momento, y ahora sí sabemos. Si es así como quieres invocar tu evidencia de un dios, Dios no es más que un pequeño cajón de ignorancia en la comunidad científica, que se hace cada vez más y más pequeño con el paso del tiempo. Así que prepárate porque esto va a pasar, y no vas a saber lidiar con tu problema.*

Y la psicóloga Margaret Singer, investigadora del comportamiento social, sostiene:

Los cultos tratan de generar la impresión de que el mundo exterior es equivocado y hostil. Para potenciar estos dichos, recurren frecuentemente a bombardeos con amor. Este método trata de demostrar la máxima atención y afecto ante nuevos seguidores, corroborando una reacción psicológica muy común, que es la tendencia de ser recíprocos ante comportamientos amables y generosos.

Así ha transcurrido su existencia, señora, blandiendo su agonismo, liderando congregaciones humanas

dispuestas a conseguir a costa de meticulosa observación de reglas, de bondad y buen proceder, la «salvación» de su alma conforme al pensamiento cósmico de la post muerte. He allí su principal fuente de reclutamiento, de captación, de seguimiento. Es el temor a la muerte, a través del «fin del mundo» y/o el «retorno del Mesías» —la parusía—, lo que le ha generado mayor atractivo a sus redes de pesca. Es por eso, probablemente, que el mundo se ha «acabado» varias veces hasta el día de hoy. Fernando Frías, profesor chileno de Historia de la Ciencia y autor del libro «*El ser humano*: *historia*, *religión y ciencia*», ha recopilado algunas fechas anunciadas como el día del fin de la humanidad**:**

Los años son tan diferentes como las razones, y en muchas ocasiones han mezclado ámbitos tan variados como las matemáticas y la religión, o la historia con la astronomía.

643 a.C. *Durante el Imperio Romano juraban que algún día de ese año el mundo se acabaría. Hay pocos detalles sobre las razones, pero poco o nada cambió.*

70 d.C. *Los años durante los que se tomó Jerusalén, también era para muchos judíos y cristianos el fin del mundo.*

90 d.C. *La fecha que puso el Papa San Clemente al Apocalipsis.*

500. *El teólogo cristiano San Hipólito de Roma decía que ese año se produciría la segunda venida de Cristo, basándose en las dimensiones del Arca de Noé.*

800. *En Europa se pensaba que esa fecha marcaría 6000 años de vida en la Tierra, y el fin de la misma. Según sus cál-*

culos, el comienzo se había producido en el 5200 a.C., por lo que debería haber ocurrido entonces.

1033. *Algunas corrientes del cristianismo asumían que la vida en la Tierra terminaría 1000 años después de la muerte de Jesús. Quizá en 2033 se diga algo similar.*

1186. *La llamada «Carta de Toledo» animaba a todos los europeos a esconderse en cuevas y montañas. Aquel año también habría ocurrido una importante alineación planetaria. Pero nada cambió para los mortales.*

1524. *Estuvo «cerca». Un astrólogo alemán había dicho que el 20 de febrero de ese año el mundo se terminaría. Aunque no fue así, el susto se lo llevaron en varias ciudades alemanas, en las que el cielo se oscureció… y llovió.*

1533. *El matemático Michael Stiefel hizo sus cálculos. Un análisis numérico de la Biblia le dijo que el Apocalipsis llegaría el 19 de octubre.*

1874. *Ese fue el año en que por primera vez, los Testigos de Jehová de EEUU anunciaron el fin de nuestra existencia. Luego le cogieron el gusto.*

1892-1911. *El astrónomo Piazzi Smyth prefirió ser algo menos preciso. Según sus cálculos en función de la pirámide egipcia de Giza, la segunda aparición de Cristo se debía producir entre esas fechas.*

1910. *El cometa Halley hizo una de las suyas: El 18 y el 19 de mayo pasó cerca de la Tierra y dejó una atmósfera rara. Muchos creyeron que era un gas venenoso que terminaría con la especie humana.*

1914. *Los Testigos de Jehová anuncian una segunda fecha.*

1975. *Tercer anuncio de los Testigos. Esta fue la última vez que anunciaron una fecha para el final de la existencia.*

1997. *La secta «Puerta del Cielo» hace un suicidio colectivo el día 26 de marzo. Las 38 personas creían que un OVNI vinculado con el cometa Hale-Bopp les rescataría. La teoría se quedó en tragedia.*

1999. *El momento de Nostradamus. Varios investigadores afirmaron que el 9 de septiembre de ese año (9/9/99) el mundo se acabaría.*

2000. *El (no) efecto 2000. Los cambios de milenio suelen ir acompañados de un poco de temor y paranoia generalizada. Aquella vez, EEUU y Europa tomaron la voz cantante. Sin embargo, todos los aparatos electrónicos entendieron que después del 1999, va el 2000.*

2003. *Nancy Lieder afirmaba que los habitantes de la estrella Zeta Reticuli, le habían dicho que en mayo el planeta Nibiru impactaría contra la Tierra. Al no pasar nada, cambió la fecha para el 21 de diciembre de 2012.*

2011. *El cometa Elenin debería haber chocado contra la Tierra el 23 de noviembre de ese año. Pero antes de llegar se desintegró, como explicó su descubridor antes de que llegara el día.*

2011. *El periodista radiofónico Harold Camping, afirmaba que el 21 de mayo de ese año los terremotos y otros fenómenos destruirían la Tierra. No pasó nada y cambió la fecha al 21 de octubre. Tampoco ocurrió.*

2012. *Calendario maya. Interpretaron que el calendario maya se terminaría el 21 de diciembre y con él toda la existencia. Otros dicen que era una fecha aproximada, y que el fin del calendario solo implica que la cuenta vuelve a empezar. Un fin, sí, pero también un principio.*

Mirando hacia 2030. *Isaac Newton dijo que el final de la vida llegaría 1260 años después de la fundación del Imperio Romano. Vamos, que si sobrevivimos al 21 de diciembre, ya podemos apuntar en la agenda la próxima fecha clave.*

La Biblia cristiana, desde hace alrededor de mil setecientos años, (casi dos milenios), anuncia el fin del mundo y la parusía como estandartes de la necesidad humana de la conversión. En esta premisa anclan su prédica evangelizadora, condenando sin clemencia alguna la apostasía producto del descubrimiento de nuevas corrientes del pensamiento, que enriquecen la cultura de quien lee, investiga, indaga y compara, antes de tomar la decisión personal e ilustrada de cambiar para seguir otra idea.

Mientras más se hacen asequibles al ser humano los frutos del conocimiento, más se distribuye el declive de las creencias religiosas.

Sigmund Freud

Las religiones han logrado que sea imposible disentir de ellas de un modo crítico, sin ser ofensivo. Juegan la carta de los sentimientos heridos a cada oportunidad.

Daniel Dennett

La religión sirve para impedir el conocimiento, promover el miedo y la dependencia.

Bertrand Russell

Y volviendo al tema del fin del mundo, el organismo aeroespacial norteamericano ha establecido como probable, una fecha basada en cálculo matemático

y observaciones astrofísicas. Dice la NASA, que el mundo tal como lo conocemos se acabará sin que podamos hacer algo, pero no será pronto. Los científicos astrónomos han establecido desde hace tiempo que habrá una gigantesca colisión con una galaxia que se acerca, aun cuando albergaban la esperanza de que cierto movimiento lateral de la vecina galaxia de Andrómeda, haría que pasara rozando la Vía Láctea o que ni siquiera la tocara.

Pero nuevas imágenes y datos aportados por el telescopio espacial Hubble, concluyen que el impacto será frontal dentro de unos... cuatro mil millones de años. Con estas cifras a la mano, señora religión, le sugiero que no siga «amenazando» a los incautos con un «fin de mundo» que se acerca.

A pesar de todo lo anterior, sabemos que seguirá ocupando un lugar preponderante en la emocionalidad de una humanidad que rinde culto a su temor a la muerte, y a la esperanza de una próxima existencia edénica. Si hay una inteligencia superior que nos creó como especie (teoría que pudiéramos compartir), la postura del sincretismo es la llamada a convertirse en la expresión más inteligente del credo colectivo, que compagine y concatene la religiosidad con la ciencia, a nuestro humilde entender.

Por nuestra parte, tal como hasta ahora, a pesar de no coincidir en muchos aspectos con usted, le prometo respetar su espacio y seguir aceptando sus postulados, para poder extraer de sus discípulos las muchas

cosas positivas, que siempre ha aportado a través de la historia. El principio básico de convivencia así lo impone, y la tolerancia ha de imperar en la cotidianidad de nuestro tránsito terrestre, teniendo siempre la seguridad de que mi creencia no es lo que me hace mejor persona, sino mis acciones, mi proceder, mi tolerancia y mi aceptación del pensamiento ajeno.

Al final, querida señora, usted y yo sabemos que lo real es tangible, más allá de la intangibilidad de lo que se cree. Creer involucra mucho menos esfuerzo y dedicación que el pensar.

Le reitero mi aceptación y respeto, recordándole al mismo tiempo la frase inmortalizada por Friedrich Nietzsche*:*

El hombre, en su orgullo, creó a Dios a su imagen y semejanza.

Sin más, me despido cordialmente,
su seguro servidor.

P.D.- Dios es bondadoso. Si soy bueno y libre, me llevará con Él. ¡Lo sé!

A MIS PEDAZOS

Amados pedazos**:**

De los cuatro pedazos de mi vida, uno está perdido en la miseria del orgullo, dos gravitan alrededor de la circunstancia adversa, como luceros extraviados, y uno, el más ruin de todos, se ha quedado conmigo. Este último, quizás el más erróneo, y también el más errante, encarna una lucha a muerte con la suerte del destino, llamándola mala a cada instante. Esta parte configurada en lo que queda de mi soma, es la más solícita expresión de la soledad abrumadora y el castigo merecido.

Navegando a la deriva, mi espíritu simula una transfiguración que pasa por representar olas verticales, regidas por un plenilunio marchito por los años luz de la distancia. Oteo mi rededor. Miro más allá de lontananza, por encima de la amargura, y en la cúspide del tiempo perdido entre los milenarios caminos del ayer que culmina, me encuentro con el vacío dejado por esas otras partes de mí. Con la que apenas conservo, insisto, hago añicos la esperanza, y el retorno de mis retoños al corazón que custodia lo más sublime del amor paterno, se aleja con paso presuroso y destemplado.

Las cuatro partes de un todo que otrora conformó *in situ* mi marcada vida, hoy repelen su propio centro de equilibrio, gravitando entre su génesis y el presente. Las lágrimas ocultas humedecen el dolor sentido, y

las marcas del alma esconden las cicatrices tras las huellas del tiempo transcurrido.

Quiero ser uno otra vez. Nuevamente quiero ser contenedor de mis propios pedazos. Quiero devolverle su lugar a las estrellas en la infinitud de la noche, y recobrar la menguada luz de mi horizonte. Hay tres amores perdidos, tres retoños, tres olvidos, con mis tres llantos, mis tres semillas, y mis tres dolores paridos.

Ya es tarde ya, pero nunca es demasiado tarde. Es imposible ya, pero en este planeta nada es imposible. Quizás pueda, o tal vez no, recobrar mi esencia. Aún bajo la manga, conservo el as del intento. Pudiera intentar muchas cosas, o algunas cosas, o todas las cosas. En todo caso, no me queda algo que perder. Ya lo perdí todo, con excepción de este pedazo maltrecho de mi parte, corazón y llanto incluidos. Este despiadado dolor prendado en cada célula, en cada poro, en cada intersticio de mi ser, lo quiero solo conmigo, con profunda resignación, con solitaria ironía. Cuando se es padre —y se conoce y experimenta el amor a un hijo— se desea que todos los pedazos, por muy dispersos que estos se encuentren, concurran entre sí con la más hermosa armonía, aun cuando la fragmentación de la pasión, los empuje hacia un abismo. He ahí nuestro enemigo… he ahí el gran dilema.

Si nos amamos, ¿por qué actuamos ignorando el dolor del otro, y peor aún, ignorando nuestro propio dolor? ¿No es acaso el perdón una virtud Divina he-

redada por nuestro albedrío? ¿No es cierto que sea de almas nobles juntar pedazos de vida, sellando sus junturas con el sutil fluido de la comprensión sin resentimiento?

Algún día el gran destino —valiéndose de nuestro buen tino— nos obsequiará un hermoso racimo de luceros, que iluminará la senda que hemos de seguir hasta alcanzar el preciado tesoro de ser un solo cuerpo, una sola vida, un solo refugio de amor.

En ese mágico instante, que abatirá marchitas penas, nos uniremos nuevamente mis tres pedazos y yo. Sé que debo esperar...

P.D.- Mi vida es un rompecabezas, con algunas muy importantes piezas faltantes.

AL RENCOR

Arbitrario e inicuo señor**:**

Hace muchas lágrimas ya, su siniestra figura ensombrece con penurias mis querencias más íntimas. Muy a pesar del sentido de mis intenciones, mis yerros le han obsequiado las más disímiles razones para que se instale en mí, y hasta ha rozado con su esencia en múltiples oportunidades, el pensamiento y proceder de los seres que más amo.

Usted, como buen oportunista, ha sorteado de manera sostenida las barreras que mi amor profesado le ha impuesto, para que su esencia no afectara jamás a mi progenie. Con su gigantesco poder de desquicio, ha tornado el otoño de mi edad en un cúmulo de sinsabores, que atentan permanentemente contra mi paz interior, mi relativa felicidad, y mi negativa a derramar llanto por causas aparentemente ya perdidas.

Usted es definido como un sentimiento de enfado profundo y persistente, muy arraigado, que desequilibra la mente y termina por enfermar el cuerpo, debido variablemente a insulto, abuso, engaño, ofensa, maltrato y un largo etcétera. Su principal manera de expresarse es en forma de rabia sentida y pensada, generalmente no expresada, y caracterizada por el no deseo de hablar de, o con la persona que motiva el sentirlo. Quien lo sufre activa su sistema nervioso de la misma forma que si se enfrentara a un peligro y tuviera que luchar o huir, lo que lo motiva a ma-

nifestarlo en su comunicación no verbal básicamente. Aunque es mucho más leve que el odio, es algo que de alguna manera nos ahoga, nos envenena. El odio desea la destrucción del otro, usted solo aspira la expiación de la afrenta, el «desquite» a través de un evento que ponga al otro en el lugar que tuvo el rencoroso, cuando se sintió humillado o agredido.

Usted es un resentimiento que persiste en el tiempo, por lo que cada vez que se presente algo que lleve al rencoroso a pensar en la situación que motivó su enojo, lo sentirá y actuará en consecuencia. El odio y la ira se pueden sentir durante un tiempo, pero existe la probabilidad de que amainen con el transcurrir de los días, pero usted tiene el pasado como un elemento clave del resentimiento, ya que siempre está basado en hechos que ya sucedieron, y que causaron una desilusión y un dolor que no pueden borrarse.

Pues bien, con mucha vergüenza debo confesar que lo padezco. Confieso que mi debilidad, agazapada para disimular su presencia (tras una aparente firmeza de carácter y definición de saberes que creí tener), me hizo blanco de su avieso influjo, y he llegado a ser hasta hoy uno más de sus innumerables poseídos. En la actualidad, me encuentro como quien sostiene un trozo de metal ardiente, con la esperanza de poder arrojarlo en algún momento a aquellos que siente que lo han ofendido. Pero —muy a mi pesar—, no son los demás los que acabarán quemados, el único lacerado por esa ración de rabia, odio y malestar, por ese

fuego sujetado durante tanto tiempo, seré yo mismo.

Yo, rencoroso, estoy sin duda alguna más allá de lo que pueda parecer, ante un tipo de sentimiento recurrente experimentado por quien ha sido herido, abandonado o traicionado por su entorno familiar primordialmente en su relación afectiva. Es una sensación que habita en mí permanentemente en la interacción con mis hijos, por decepcionantes episodios del pasado, y que pudiera ser comprensible si no fuera tan peligrosa para mi salud psicológica. Adicionalmente, debo mencionar el deseo de venganza que me embarga. Aunque no en el sentido estricto de la palabra, por cuanto no registra este deseo ningún componente de violencia ni desgracia, ya que consiste en desear que le ocurra a ellos de algún modo lo mismo que a mí me ocurrió, con el mismo sufrimiento y en las mismas condiciones y circunstancias.

Perdonar me resulta muy complicado, aunque sé que el perdón me permitiría cerrar una etapa de mi vida, para recuperar así el equilibrio emocional que ahora me falta. Por lo contrario, lejos de optar perdonar, alimento cotidianamente mi propio sufrimiento, trayendo en mis recuerdos la ofensa y el daño emocional sufrido. De esa manera, retroalimento constantemente e intensifico el resentimiento por el episodio no superado, abriendo aún más la herida emocional que me abate. Esto, a pesar de saber como sé, que el acto del perdón conlleva la regulación de un gran número de estructuras neuronales y favorece la cal-

ma, reduce el estrés y pone en actividad áreas como la corteza pre frontal, relacionada esta última con la resolución de problemas, entre otras cosas.

Aun apelando a mi fe religiosa, el perdonar es una acción que no logro concretar. No termino de conformar una visión más racional, que haga rendir a mi torpe orgullo ante la inteligente decisión de perdonar para ser libre, y así zafarme de esa penitencia que aturde y estropea mi existencia. Por el contrario, apelo al pensamiento dicotómico, maniqueo, bordeando los extremos de bueno y malo, ayuda o traición, de conmigo o contra mí; en un enfoque que delata una clara distorsión cognitiva, logrando con este encuadre ampliar las enormes y amargas distancias con mis hijos, sin que por ello consiga siquiera sentirme mejor conmigo mismo. Me muestro siempre a la defensiva cuando ellos han tratado de acercarse, y torno sus palabras en ofensivas, a través de una interpretación que me conforta en mi afán de víctima maltratada verbalmente.

Hoy vivo con esta incapacidad para atender mis necesidades emocionales y psicológicas, en el muy pobre y escaso compartir con mis tres hijos varones, extensivo en los últimos tiempos a mi única hija. Los episodios de desagradable trato solo profundizan cada vez más el daño ocasionado —por lo que asumo es mi derecho a experimentar sensaciones negativas hacia quien me lastimó—, manteniendo de forma permanente el recuerdo doloroso en lugar de procurar el diálogo para limar las asperezas habidas, y aminorar

la amargura que invade ya gran parte de mi forma de vida. Declaro, rancio señor, que usted me domina, me posee, me maneja a su antojo, y con mucha vergüenza debo reconocer que no he tenido la entereza debida para buscar una vía de escape, a través del perdón y el diálogo, sin el bueno para nada orgullo.

Y he allí su principal aliado**:** el tonto orgullo, que en este caso no sirve más que para impedir que disfrute nuevamente, de la estupenda amistad que alguna vez mantuve con mis descendientes. Seguramente, sin el estúpido y ridículo orgullo de por medio, pudiera darle forma a mi necesidad de relacionarme cordialmente, liberándome de las emociones negativas que me agobian. Creo que dándole un enfoque diferente al análisis, y teniendo la disposición que el amor infunde sin la retaliación propia del maléfico orgullo, podré avanzar en la consecución de herramientas para gerenciar mi rabia desde el perdón y la tolerancia, pasando por la aceptación de que cada cabeza es un mundo, y nadie está obligado a ver las cosas desde mi exclusiva óptica.

En todo caso, despreciable señor, tras mi reconocimiento y aceptación de que lo llevo conmigo en lo más profundo de mi psiquis, estoy dispuesto a combatirlo habiendo cumplido con el primer paso necesario**:** aceptar que tengo un problema. Lo segundo es trabajar en desechar el mal uso de mi orgullo, para procurar luego el perdón, que es lo que realmente me liberará de usted y su negativa influencia. Mis hijos

valen el esfuerzo, es cierto, pero yo mismo antes que nada, valgo el esfuerzo. Mi paz vale todo lo que haga por conseguirla, y esa paz es una cama tendida y muy bien vestida, para que repose en ella la felicidad que merece cada ser humano. Desde mi fe insistiré para que lo que predico con mi verbo, se compagine ciertamente con mis acciones. Hacer confluir lo que digo con lo que hago, es la mejor demostración de que merezco pregonar esa fe que me sustenta en espíritu y alma.

Por lo pronto, le reitero el desagrado que me produce el tenerlo conmigo permanentemente, y le aseguro que haré todo lo necesario para no dejarlo robar la cordialidad familiar que usted ha logrado secuestrar. Sin más por los momentos, me despido. Desagradablemente suyo,

Un padre poseído.

A UNA SOLITARIA PALABRA TUYA

Solo…, no soy más que la mitad de mí. Solo…, una andanada de soledades arropa mi áspera piel curtida por el infortunio.

Cuando estoy solo, la desesperanza acompaña mis penurias compartidas con la nada. Cuando estoy solo…, persigo mis pasos y los traspiés de mi pasado hasta alcanzar el precipicio, sin lograr visualizar mi propia sombra.

Al estar solo, mi carne semeja una inerte imagen proyectada en el espejo**:** simple, plana, fría, inmóvil. Al estar solo, el amor se convierte en un cóndor andino trepado en la rocosa inexactitud de una montaña inalcanzable, en una mariposa mutilada que vaga en la bastedad del infinito, en un lobo herido que merodea en las estepas oscuras del olvido, sin la esperanza de cicatrizar sus heridas.

Estar solo es como medio vivir, como respirar a medias, como mirar a un objeto fijo en la inmensidad de un bosque de rosas, y no poder apreciar el contexto. Estar solo es no sentir, no llorar, no reír, no compartir momentos aciagos o sublimes.

La soledad es mala compañera. No le importa para nada nuestras emociones, en su empedernido afán de asomarse desde el otro lado del alma humana. La soledad es como un todo vacío, deambula entre los sentimientos y la barbarie, con el único propósito de

mostrarse ufana ante la humildad de una alegría pasajera. La soledad es como una multitud ciega y sorda que ha perdido el sentido del tacto, dispuesta únicamente a oler su propia pestilencia. No experimenta ningún sabor y acude a la locura para hablar consigo misma. La soledad es tormenta de nieve en el desierto; arrastra grano a grano las finas arenas de la inmensidad, y las reduce a un montón de desaciertos y penas inconclusas.

La soledad no es solo falta de compañía. Puedes estar rodeado de cientos de amigos a quienes hablar de tus tristezas y alegrías, conversarle de tus éxitos y tus fracasos, tus penas y tus glorias, tus vicisitudes, necesidades, logros, ideales y proyectos; pero si no tienes con quién compartirlos, tu existencia estará vacía como la gota de lluvia que, aunque forma parte de una tempestad, se precipita aislada entre las muchas. Solo al caer y unirse a las demás formando un torrente de agua cristalina entre todas, complementa su naturaleza y su razón de vida.

La soledad es hija ilegítima de la indolencia; es sórdida, silente, hueca y sin respuestas. Su único sonido es el silencio. La soledad también es la hermanastra de la incomprensión, la yerna de la desgracia, y en oportunidades, la madre putativa del suicidio. Su padre político es el desespero y su tía materna, la ansiedad.

La soledad no forma parte de la creación Divina. Es una herencia de la ineptitud del hombre a la que nos hacemos acreedores, gracias a nuestro permanente

empeño en ser egoístas, tercos, injustos y pecadores. Es el bagaje de miseria espiritual del infeliz que se alejó del amor y la tolerancia. Es como un despojo escatológico del sentimiento. El último sorbo de un vino no cosechado. El Teniente General del incomprensible, y a veces, el Teniente General del incomprendido.

La soledad, mi soledad, no es honesta. En oportunidades, me hace reír para aparentar que no me estoy consumiendo poco a poco. Me hace decir que estoy bien, para no desenmascarar el hecho que voy muriendo a cada instante y paso a paso. Hace que mi mirada sea altiva, aunque con frecuencia me encandile con la luz de mi propio horizonte. No suele revelarse ante los demás, para evitar que otro solitario me haga compañía.

Es su forma de asegurarse su permanencia en el tiempo.

La soledad es un ángel caído cuyas alas penetran en el corazón del solitario, desangrándolo gota a gota mientras su capacidad de amar agoniza.

La soledad es llegar a casa, pero no al hogar. Es no tener quién quite el sudor de tu frente, es no tener a quién rozar con tus labios en una mejilla ávida de caricias, es no tener con quién compartir el oxígeno de tu vida, ni la savia de tus deseos.

Esta soledad y su concubina la melancolía, son el sepulcro de mi felicidad. Juzgarla y condenarla no la devolverá a su tumba, pero una sola palabra tuya, mujer amada… una sola palabra tuya…, bastará para matarla.

AL DELITO

Oscuro señor:

El hastío provocado por la infinita inseguridad y la podredumbre social, son las motivaciones principales para escribirle estas líneas. No conozco sus orígenes ni aspiro constituirme en un erudito advenido, para pretender luego juzgarle en su existencia y sobre todo, su esencia. No persigo siquiera que se convierta en uno de esos conocidos con los que he compartido un intercambio de algo, y más nunca he visto ni sabido más de él (o de eso).

Tan solo me motiva a escribirle estas líneas, el no desear desempeñar el rol de ente pasivo, ante la indolencia mostrada por los que deberían ejercer control sobre usted. Sin odio, sin rabia, pero con resentimiento en niveles de demasía, aspiro hacerle saber mi opinión y consideraciones con respecto a su desempeño. Quiero establecer distancia entre usted y mis valores, mis principios, mi formación hogareña, y sobre todo, deseo estatuir mi negativa a tener algún tipo de amistad o cercanía con su entidad.

Quizás lo anterior le importe muy poco, y hasta podría moverlo a burla. Pero para mí significa mucho, porque —entre otras cosas— quiero tener a buen resguardo la memoria de mi padre. Él me enseñó a no tratarle, a no acogerle, a no tolerarle, a no mezclarme ni en la más ínfima forma, con su calaña servil al demonio. Le detesto lo suficiente como para no

permitir su asquerosa presencia en mi entorno. Antes, ahora, ni después, podrá posarse en mi ámbito, por cuanto tengo una sólida formación de hogar.

Desde que supe de usted, he aprendido que es capaz de infiltrarse en los más recónditos lugares, adoptando las más disímiles formas. Es audaz, y elementalmente osado. Es indolente, pendenciero y desalmado. Falaz, malhechor e impertinente, desde que el diablo lo desheredó como castigo por su desobediencia, y lo dejó al garete. Desde entonces, es un empecinado, obstinado y vulgar disoluto en este mundo humano imperfecto. Y a quienes arropa con su oscuro manto, los arrastra al pecaminoso caos de la apatía y el enfermizo egoísmo, denigrante y procaz por demás.

Y he aquí, justamente en esto último, mi altísima preocupación. En las últimas décadas, ha arrastrado a sus fauces a cuanto mortal con debilidad de criterio y pobre formación ha encontrado. Y esto, poco estimado «amigo», ha incluido a uniformados de todo tipo y clase, que valiéndose de prerrogativas como representantes de la ley, han masacrado literalmente el estandarte de honor, pulcritud y mística de los cuerpos oficiales. No hay lugar a excusa alguna cuando se trata de la falsía y la felonía, de seres que son investidos de autoridad para resguardar a la ciudadanía de un país, precisamente de las tropelías que ellos se dedican a perpetrar amparados en su uniforme.

Usted tomó posesión de su trajinar cotidiano, y los ha convertido en asquerosas criaturas que se arrastran en

la inmundicia del aprovechamiento y la corrupción, en un concierto bien estructurado para delinquir. Como si un pollo nos asara para comernos en su almuerzo, o si un amigable perro debiera cuidarse de ser mordido por un humano. Una aberración como esta, una inversión de valores tal, no debe ser admisible en un mundo dominado por seres pensantes, supuestamente dotados de inteligencia y racionalidad.

La otra parte infestada desde mucho tiempo atrás por su germen invasor, señor delito, es la pervertida política. Esta ramera desnortada sin autoestima alguna, se ha encargado de exaltar la amoralidad y la transgresión que usted propugna y propaga, arrasando con cualquier vestigio de decencia que haya sobrevivido a la vorágine de sus alevosas apetencias. Esta desviación conductual al tiempo que sostiene su estatus de poder, va socavando las bases morales de la sociedad y propiciando con desidia y desvergüenza, las condiciones para que usted se instale. La falta de castigo derivada de esta apatía le brinda a usted un inmejorable caldo de cultivo, para ir instalándose en forma exponencial en la mente de sus muchos poseídos.

Como todas las calamidades de este mundo, usted tiene varias facetas y disímiles formas de actuar. Se deja conocer con innumerables epítetos en sus múltiples variedades, tipos y subtipos, de manera que su radio de interacción lo hace prácticamente omnipresente en todo el ámbito horario y terrenal. Se le conoce como crimen, infracción, falta, yerro so-

cial, quebrantamiento legal, terrorismo, y se le puede llamar también perfidia, deslealtad, falsía, doblez moral, transgresión, perpetración, asesinato, homicidio, violación, secuestro, malversación, conculcación, corrupción, y un todavía muy extenso etcétera. Hay clases y subclases, específicos y universales, contra natura y cotidianos, y otro muy largo etcétera. En fin, es usted, señor delito, polifacético, versátil, mutable y hasta moldeable de acuerdo a cada circunstancia.

A quienes usted posee (los delincuentes), padecen de una conducta despreocupadamente antisocial y en muchos casos, agresiva. Abarcan un amplio rango de actos aislados o actividades rutinarias que infringen leyes y normas, afectando a propiedades ajenas y personas. Por lo general, son individuos a quienes no les atemoriza el posible castigo, y paralelamente nada los induce a abandonar su negativa conducta. Hay un comportamiento y procesos mentales en continuo desarrollo, que intervienen en la ideación y perpetración de actos fuera de la ley. El entorno hogareño, familiar, social y político es determinante para que alguien lo adopte como conducta, señor delito, y allí es donde entran en juego los sátrapas políticos con su secuela delictual.

El lóbulo frontal de nuestro cerebro aloja funcionalmente la conducta, la estrategia, la memoria de trabajo y la capacidad de planificación. Su hipertrofia es indicativo de alta agresividad, y al mismo tiempo de un aumento en la capacidad para desarrollar es-

trategias, con muy poca inclinación hacia la empatía. Pero a pesar de que variados estudios han determinado la presencia de esta particularidad en asesinos, no necesariamente es vinculante. Esto pudiera describir incluso a un asesino en serie, pero se debe aclarar que hay delincuentes que no entran en estos parámetros y consideraciones.

Lo que sí es cierto, asaz demostrado por la investigación académico-científica, es

que el entorno donde se desarrolló su niñez y adolescencia, es el principal elemento proyectivo en la conducta de un adulto, inmerso en el pantano de su miserabilidad, señor delito. La ausencia de la figura paterna, también ha sido un denominador común a tomar en cuenta en algunos casos.

Usted se aprovecha de situaciones como las descritas —y muchas otras similares— para tomar posesión de estos debilitados de carácter y criterio, que acuden prestos a disfrutar de la comodidad que insustancialmente les brinda. La excesiva permisividad en el hogar y la ausencia de controles, se anota en las principales causales de adultos delincuentes a nivel mundial.

En su forma más reñida con la lógica y la cordura, se hace llamar rimbombantemente erostratismo, que no es más que la inusual manía de cometer actos delictivos para conseguir renombre. Muchas otras psicopatologías lo alojan en su seno, de acuerdo a la intensidad de acción y alcance maléfico, pero sería cuesta arriba tratar de abarcarlas todas en tan pocos párrafos.

En todo caso, despreciable señor, usted es un lastre que crece y se nutre cada vez que alguien confunde la búsqueda natural del bienestar familiar, con el facilismo del logro material a través de actos reñidos con su propia consciencia racional. La consecución de confort por medio de la improbidad, es algo que lejos de estorbarle al delincuente (en una escala de valores pobremente fundamentada en convencionalismos que ahora no le importa traicionar), se convierte en una exquisita fuente de placer a la mano. La idea de castigo no le atemoriza en el acometimiento de una reacción descontrolada, que suele ser consciente, inconsciente o simbólica, frente a un estímulo que generalmente tiene una motivación ante determinadas circunstancias.

El mecanismo natural de control de impulsos —exclusivo de la especie humana— en esta ocasión no funciona, permitiendo en estos individuos una descarga impulsiva que le impide el acto de la reflexión (al no pasar por la corteza cerebral), denotando indudablemente algún tipo de trastorno mental. Es sano aclarar, que esto último aplica para asesinos o grandes facinerosos; en el caso de la corrupción y el abuso de poder, estos parámetros se reducen a posibles trastornos de personalidad. Y en términos más coloquiales, a la adicción al dinero fácil a través de la errática explotación de una concesión de autoridad, cedida al personaje uniformado que delinque.

En fin, aborrecible señor, la ausencia de valores, principios, fundamentos morales y buena formación ciu-

dadana por carencia de honorable formación hogareña, es su principal caldo de cultivo.

Usted es un oportunista que se arroga la misión de recoger a la escoria humana para sumergirla en su regazo, sin importarle más que su propio crecimiento en las estadísticas del planeta. Su despreciable misión en la sociedad mundial lo hace no grato en mi entorno, y en el de muchos otros que están dispuestos a enfrentarlo con las armas del recato y la buena conducta. Nunca, bajo ningún concepto, se justificará su accionar en el quehacer mundial, y siempre habrá muros de dignidad levantados al paso, para contrarrestar su maligno transitar por espacios que a disgusto compartimos en el globo terráqueo.

Atentamente,
un fervoroso adversario.

P.D.- Seguro estoy de su retaliación; pero los buenos, somos más.

CARTATA EN DOLOR MAYOR

En algún lugar de mi soledad,
bajo el Aries de mil novecientos triste

Si alguna vez valor y empeño necesitaron de todas mis fuerzas para comenzar algo, es justamente en este momento, cuando entre bolígrafo y papel se derraman incontenibles todas mis flaquezas y temores. Creo semejar ahora mismo al rocío que humedece las hojas en un gigantesco árbol —cuyo apetecible fruto es inalcanzable—, o al pistilo de alguna desabotonada rosa meciéndose al ritmo de una desorientada ventisca.

Ninguna decisión había requerido tanto de mi resolución a hacer las cosas, como estas líneas que trasvasan mis querencias contenidas en el dolor que hoy soporto, sobre mis hombros y mi maltrecho espíritu.

El tener que tolerar esta situación aturde mis sentidos y degrada mis emociones. Siento con pesar que ya no soy el mismo de ayer ni el que quería ser mañana. Soy un ser diferente, extraviado, que anda en busca de nada. A estas alturas de mi vida soy como una gota de agua en el océano, un insignificante grano de arena en el gran Sáhara. Me siento como una brizna en la tormenta, solo cuando alcanzo a saber que he logrado ser algo.

En mis días de cordura, camino tropezando con la gente sin saber diferenciar entre el respeto al desconocido, y el ambiente último pesaroso del apartamento. Las llaves que abren la puerta que cerré hace

millones de tristezas se mantienen en mi bolsillo, esperando que una llamada tuya me devuelva al calor de familia que nunca debí abandonar. Las manos de mi madre se esfuerzan en pro de mis contentos, pero mi ropero y mi hambre saciada —tal cual me acostumbraste— no lucen tu toque de mujer abnegada.

A veces desprevenidos, se conjugan en mi memoria los abrazos tapizados de ternura con la gloria de poseerte en entrega, y el sabor de los manjares que preparabas diligente para apaciguar mi apetito, al llegar de mis continuos viajes a la utopía del campo fértil. No recuerdo ya cuántos regaños hace que no te veo, ni compartimos la habitación que guarda nuestros especiales momentos en el estuche de tus anhelos cumplidos.

Cuando retorna a mí la infame locura, acudo presto al llamado de tu recuerdo. Evoco los olores de tus besos y el sabor de tus caricias pretéritas. Tus pequeñas manos en actitud rasante se encajan en mi memoria, y desprenden a empellones una lágrima recurrente anunciante de un profuso llanto. Miro al pasado y borrosas veo las imágenes de tus partos, esos hermosos milagros donde trajiste a luz pedazos de mi vida.

La lujuria se asoma desde el balcón del infortunio, mientras la desdicha sonríe tras bastidores. ¡Ninguna piel ajena exacerba tanto mis sensaciones! El escenario se plena con tu presencia incólume, y mis hormonas parecen truenos devastadores presagiando catástrofes de soledad y pena. Las mañanas anuncian tormentas de dudas para cada próxima hora, y el infeliz orgullo

agoniza entre mis piernas. Mi machismo no ha servido más que para asignarle nombre a mi género.

Las horas apresuran a los minutos para que estos apuren su paso, y permitir así que ellas se agoten. Están ciertas que al pasar se termina implacable el tiempo, para que llegue con premura el final de la existencia. En mi equipaje de emociones la alegría está en el fondo de la maleta, tratando de descubrir porqué mi sonrisa se peleó con mis sentimientos, y ahora se niega rotundamente a dejarse ver desnuda.

Los trazos de mi carácter, imitan de manera burda tiras desolladas de un cadáver inconcluso. Mi corazón late lentamente para no ahogar el amor que le falta dar. No quiere desperdiciar su capacidad amatoria, y a estas alturas, con desesperanza descubre que le queda todo su potencial. A la vez, soy parte de un amor muy grande, que pacientemente espera que recorras el sendero para llegar a él.

Me quedé con un pequeño pedazo de ese amor, y lo llamo amor propio. El resto quedó contigo, para que dispongas de esa porción a tu antojo y elección. Es lo mejor que puedo ofrecerte en este amargo trance…

Cada veintiséis de mes estrujo la sensatez y regurgito la calamidad de una nueva fecha, lejos de tu aroma matutino a café recién colado. Extraño enormemente el diario *Dios te bendiga* a nuestros retoños. Se me retuerce el alma al saberme lejano en el amor a su padre. Tu indiferencia me ayuda a descubrir en la añoranza, el vaho aprehensivo de la brisa mañane-

ra cuando me sorprende en mis desvelos avejentes. Aprendo entonces que el amor no tiene razones; es un sentimiento, y los sentimientos no saben distinguir diferencias.

En este millonésimo avo despertar sin ti, me es imposible precisar cuántas veces has estado en mis sueños, mimándome y complaciéndome con tus atenciones, tu espeso café con leche y las exquisiteces que preparabas para mí. Tampoco podría precisar cuántas noches me he dormido con una sonrisa dibujada en los labios, mientras desfila por mi mente el recuerdo de ardientes anocheceres.

Mientras deambulo por mis trasnochos, suelo ser espectador exclusivo de las películas exhibidas por mi infausto pasado. Añoro tu cuerpo secándose luego del placentero baño diario. Escucho el fantasmal sonido de la ducha acariciando tu silueta. Siento el aire acondicionado esforzándose por enfriar mi abrasante piel, mientras tú te regodeas contándome las familiaridades que me he perdido, por culpa de mis estériles ausencias. Tu voz suena a música hogareña y huele a leños de fogón matutino. En esos momentos, en esas remembranzas, es cuando más estorba el miserable motivo de mi autoexilio.

Añoro cuando tu cuerpo emanaba aromas indescriptibles, tal como una tormenta de oscura nubosidad lanza centellas y relámpagos, a quien padece el temor de su anunciada llegada. Recuerdo a nuestra pequeña Priscila, preguntándome escudada en la tierna ino-

cencia de su edad, por qué me había acostado sobre ti, aquella noche que compartimos con nuestros hijos y la raída colchoneta que usaban como excusa para quedarse dormidos en nuestra habitación. No logro precisar qué respondí en aquel momento, pero lo cierto es que aprendí ese día, que la intimidad comenzaba a tener justificadas limitantes.

Recuerdos, mi amor; bellas añoranzas, amor mío, que me sugieren ahora en esta especie de ostracismo, que alguna vez tuve un hogar… que alguna vez fui parte de un hermoso y tradicional hogar.

Dicen por allí que las palabras son el sonido del pensamiento, y mis pensares ruidosos orbitan en una cósmica esperanza que se traduce en angustiosa espera, del momento cimero de nuestro reencuentro. Sin embargo, en la fiesta de cumpleaños que casualmente nos acercó aquella tarde en casa de un común amigo, tus ojos me revelaron mi amarga presencia en ti, en momentos que necesito estar dulcemente todo en tu cuerpo. Los vestigios pétreos de mi empeño en dominar la luz de tus saberes, pesaron más que tu plácida resignación ante mis desplantes. Nunca fue más evidente el error cometido.

Pero a pesar de esto, sigo creyendo que el destino solo me la está poniendo difícil, para que sepa valorarte en la justa dimensión que te mereces, cuando nuevamente pueda tenerte entre mis ganas. Por ahora, solo sé que en esta guerra contra la desdicha he perdido varias batallas, y en las derrotas habidas he

aprendido que a veces dos minutos de silencio, obran más y mejor que dos mil desatinadas palabras.

Las escasas oportunidades que han permitido a nuestras evasivas miradas, avergonzadas y reticentes, encontrarse entre sí, han servido para que se desgarren mis vísceras con honda tristeza y oscuro dolor, al percibirte indiferente y despreocupada, ante las circunstancias que niegan a nuestros alientos el acercamiento. Eso me quiebra, me duele… me devasta.

Cada día ruego al dios a quien entrego mi creencia y mi fe incondicional, que me permita pasar la página de este nefasto episodio, para poder demostrarte que siempre has sido la hembra de mi vida, la mujer de mis respiros, la savia que alimenta mi espíritu dolorido. Pero para eso, es menester que tu corazón se ablande y sepa perdonar de verdad los desvaríos y las sinrazones de mis pendencias. Es necesario que sepa amalgamar el caudal de entrega de pareja que escondo vanamente tras el rostro de esta fingida, perversa, e inútil indolencia. Quizás no sea digno de que me des entrada nuevamente a tus querencias, pero una sola entrega tuya, bastará para curarme de esta nefasta enfermedad de mi orgullo.

En los recurrentes ensueños de mis pocas horas dormido, te veo gloriosa acercándote a mis debilidades. Con triunfante paso, nos tomamos de la mano y nuestros ojos sonríen, al tiempo que los labios entremezclan el sabor de celebrantes lágrimas. El tiempo perdido se devuelve cabizbajo, aceptando su derrota.

Una melodía celestial recorre nuestro espacio, y las arrugas de la infelicidad se desdibujan en nuestros rostros. Los corazones palpitan al ritmo de tiernos besos, y el roce de nuestra piel ve deslizar el sudor del triunfo compartido.

Tras esto, nos veo en una envidiable manifestación de íntimo subconsciente, arrasando las viejas peleas con apoteósica victoria. Los dos contra el mundo y contra la adversidad de esta endemoniada separación, sorteando los sinsabores del destino, en una vejez compartida en fusión de cuerpos, almas, espíritus, familia y futuro.

En este mi castigo, en esta espera inmisericorde, los segundos transcurridos parecen trozos de universo que pasan desolando cuanto llega a interponerse en su camino. Se me acaba la vida, y junto a la esperanza, deberán exequiarla quienes aún cuentan con algún recuerdo de mi pasar fortuito, por entre el oxígeno de mis escasas virtudes y el veneno de mis muchos defectos. Esta soledad semeja una ramera en tránsito hacia su extinción: con el tiempo y los años cumplidos, se acomoda resignada en su guarida, y termina conformándose con su suerte.

Por eso, más que darme tu perdón (imploro a Dios que lo hagas), lo que necesito es que me devuelvas la vida.

¡Te prometo nunca más malgastarla!

P.D.- No hagas caso de mi orgullo, no merece tal importancia.

A UN AMOR

Amada mía:

Hoy redescubrí cuánto te amo…

Me asomé a mi vida; busqué mis pedazos y uno a uno fueron desfilando ante mí. Escudriñé presuroso en la intimidad de una soledad que no me pertenece, y allí pude encontrar las marcas del alma, la mía, la insípida, la incolora…la indolora.

De entre lápidas y amarguras surgió valiente el castigo, y cual conciencia lacerante en procura de la fibra más intensa de mis pecados y devenires, dejó caer tras mi mirada las recalcitrantes excusas de la parca, y las mustias páginas de infinitud de recuerdos se posaron ante mis ojos como Ángel perdido.

Me dueles…

Me dueles no solo porque al dolerme me dueles, sino porque me dueles como duele una parte de un todo incompleto, cercenado para pagar con dolor sus desatinos.

Me dueles porque al amar, el ser humano busca entregar esa parte de sí mismo que acude presta a dar todo por quien se ama.

Te amo además, porque la razón más simple de nuestro universo es amar lo que se quiere amar, lo que nos pertenece en amor y en espíritu. Amar más allá de merecerlo es como querer alcanzar la luna en una noche oscura. Amar más allá de merecerlo, es pedirle al orgullo que se arrepienta y se rinda, aunque sepamos que mostrarse humilde no es una de sus características.

Sin embargo, todos nos creemos con derecho y merecedores de amar a quien amamos, porque el amor, además que consideraciones y merecimientos, es el más hermoso y humano sentimiento.

Te amo…

Por una cosa, o por otra… te amo. Quizás porque eres un pedazo de mí que se ha desprendido antes de tiempo, o porque eres un algo que orbita en torno a mis anhelos.

Te amo como ama la tierna pájara a su indefenso pollluelo

Te amo como ama el mar a la brisa que lo despierta cada amanecer

Te amo como ama el trópico al sol que lo nutre y le da vida

Te amo como ama la piel sensible a una caricia derramada sobre ella

Te amo como ama el tiempo a un largo día lleno de esperanza y alegrías

Te amo más allá, pero mucho más allá, del regazo de mi torpe orgullo

Te amo más allá de tu inmenso orgullo

Más allá de mis errores, más allá de mis desaciertos, porque el amor de sien en sien, siempre se entremezcla con la sensación del placer infinito.

Sé que te amo… pero no sé por qué, más te amo. No sé si te amo más por mi necesidad de sentirme humano, o por esos momentos que, estando tan distan-

ciados, te siento rozando mi piel con el carmín de tu aliento, o el fragor de tus abrazos, o la ardiente humedad de tus lágrimas enjugadas con los recuerdos de la eterna alegría dibujada en tu juvenil cara de niña.

No alcanzo saber si te amo más por tu sonriente mirada desenfadada diciéndome con tus pestañas que me amas, o por saber que mi humilde aporte sirvió de algo para recompensar a la humanidad con tu presencia.

No sé si te amo por los abrazos, los te quiero y los besos que te debo, o te amo porque aún albergo la esperanza de dártelos, pagártelos, pues aquí te los tengo. No sé si te amo porque mi erróneo orgullo me proporcionó la debilidad suficiente para perderte, o te amo porque alguna vez fui lo suficientemente fuerte para traerte y extasiarme libando la dulzura de tu ser a mi lado. (La nostalgia, en ocasiones cada vez más recurrentes, me azota la espalda apoyada por una soledad que me agobia, aunque no me pertenece).

No sé si te amo porque he descubierto a destiempo que la vida es aquello que transcurre y pasa mientras se agotan nuestras oportunidades, o porque pretendo esconder tras una desencajada sonrisa el dolor de no tenerte, intentando creerme sin éxito alguno, que ya no me quedan errores por cometer. (De hecho, soy una fuente inagotable de ellos).

No sé si te amo más por ese vínculo inalienable que supiste crear en tu entorno, o porque eres como una orquídea que extasiada acude a su debut primaveral, cada vez, en cada tiempo.

En veces, tu recuerdo acude a mi memoria con la fresca sonrisa que impregnaste en mis dichas, y se encaja en los desvelos que hacen tortuosos y remotos los amaneceres sin ti. Nada tengo, nada valgo, nada existe en mí, cuando esa sensación invade mis noches.

Cuento cuentas para saciar mi necesidad de soñar, sin conseguir que el avatar de mi existencia se conjugue con mi necesidad de saberte fuerte, altiva y sonriente para mí.

Mi necesidad de amarte, no se concilia con mi necesidad de ser amado. Eres el ser más maravilloso que por mi vida haya pasado; eres el estupendo e inigualable ser que ocupa mis sesiones de llanto en la antipática faz de una soledad que me acompaña, pero que sin embargo -insisto- no me pertenece. Eres la luz que ilumina mi haber transitado, porque al igual que los más hermosos luceros que alegran la morada de Jesús en el Infinito, emanas tu propio brillo en un halo de armonía.

Eres la razón para sentir que he hecho algo por este mundo, en esta vida. En esta suerte de ferrocarril de la rutina, el último vagón pasea prisioneros de sus pasiones, y se niega a dejar ver hacia adelante a quienes pagan por sus desenfrenos y decepciones. Creo que ocupo ese vagón.

Pero tus triunfos, tus logros, tus alegrías… también serán míos en mi derecho irrenunciable como dador de tan preciosa vida, aunque llegue de último adonde estés con ellos, o —peor aún— llegue cuando ya te hayas marchado.

Es la vida, es el amor, es el orgullo insolente y despiadado…, es mi culpa,

¡Mi imperdonable culpa!

P.D. La verdad, no sé por qué te amo más… ¡Solo sé, que más te amo!

A LA TAUROMAQUIA

Infame y alevosa tradición**:**

Ahora es cuando mi ánimo responde al deseo de escribirle, y decirle lo que pienso de usted. Sospecho que, al igual que todo lo creado por inspirados mortales, nació con el toque de agrado y festividad solapado en un envoltorio de papel abrasivo, para devastar las aristas de la maldad. Sospecho también, que en su orgullo, desea que todo mortal comparta la supuesta belleza de su cometido, y acompañe lo que en su génesis debió ser su misión de vida.

Podría estar seguro de que la intención original de quienes le crearon, incluía la sana diversión y el solaz esparcimiento para los que accedieran a sus encantos de hermosura, valentía y refinado gusto por el entretenimiento inofensivo. Otorgándole el beneficio de la duda, asumo que entre sus progenitores originarios nunca privó alguna forma retorcida del entendimiento, respecto a la potencia cognoscitiva racional del alma humana.

Pero la avaricia y el descaro se fusionaron consigo, y le convirtieron en espectáculo. Sí, un espectáculo denigrante, sin sentido, sin conciencia de naturaleza creadora, sin oportunidad de sopesar la diferencia entre inteligencia y depravación, tortura y diversión, talento y mediocridad, pero espectáculo al fin y al cabo.

Es fuente de diversión aberrante y enfermiza. Se fue de bacanal con su prima la indolencia y termi-

naron en la cama, y de esa relación incestuosa nació un festejo «bravo». Se tutea con la tortura porque es su hermana gemela, genéticamente pareadas en un útero infecto por el abuso del alquitrán de la felonía. Ambas, lucen sus galas ante seres pensantes debilitados en su esencia moral, humana y trascendental. Su parto prematuro, la mal llamada fiesta brava, no es más que una pandilla de eunucos intelectuales que colman tanto la arena como las gradas, mientras un empresario amo y señor del harén de la iniquidad y la ignominia, cuenta las monedas. En la tribuna de honor, se acomoda oronda la indiferencia junto a su sobrina la desidia y su mejor amiga la hipocresía, y lamentablemente a veces esta tribuna cuenta con «representantes de Dios» a quienes la ventisca hace ondear la sotana, mientras rezan un Avemaría en honor a la Virgen «homenajeada».

Viste de «luces» a la crueldad, pretendiendo dar un toque de distinción a la perversidad sanguinaria, endémica de pueblos con algunos rasgos culturales subdesarrollados. Practicada aún en pleno siglo XXI en España, algunas regiones de Francia y ciertos países de Hispanoamérica, consiste en matar una res macho clavándole un estoque entre los omóplatos, luego de zaherir repetidamente al toro con banderillas clavadas en el lomo, con el fin de enfurecerlo debido al dolor que siente al moverse. Previo a esto, se le desgarra su carne repetidas veces con una garrocha punzante hasta el sangrado profuso, para aumentar

los niveles de adrenalina y su respuesta defensiva. En estas condiciones absolutamente dispares, sale a la lidia el inmisericorde sicario que con soberbia máxima y ufanándose de su superioridad, termina abatiendo al animal al penetrarlo con una estocada que le parte el corazón, luego de muchos minutos de angustia, burla, dolor y desesperación agónica.

Este procedimiento socialmente incoherente, inaceptable, errático, evidentemente ocasiona un dolor a todas luces innecesario para fines de atracción circense. El sufrimiento causado al animal supera todo grado de atrocidad y perversión depredadora, solo superable si se quiere, por la canalla brutalidad propiciada en las peleas de gallos, o las de perros. La diferencia entre usted y estas últimas deformidades del comportamiento humano, es que usted faculta a un pérfido «torero» que cual vil sicario tarifado, se encarga de matar alevosamente a una criatura creada por el mismo dios, que con frecuencia invoca para que lo proteja. En los otros casos mencionados el enfrentamiento se da entre iguales, aunque no por esto dejan de ser profundamente crueles y deleznables. El denominador común en ambas atrocidades, es el protagonismo de humanos incitadores.

Usted desnuda las más oscuras aberraciones del ser humano, las más intrincadas desviaciones del intelecto reflexivo. Es algo así como el punto de referencia de lo anti humano, de lo perversamente satánico, de lo criminalmente inimaginable. Una especie de psico-

sis —afortunadamente focalizada— como expresión extrema de pensamientos y comportamientos, que podría estar presente en diferente gradación en los taurófilos que recrean su sadismo en cada faena.

Quizás le parezca exagerada mi apreciación, pero entendiendo mi imperfección como ser humano común y corriente, esta es la manera en que concibo su desleal práctica. Tratando de ser consecuente con mi espíritu pro vida, no podría estar de acuerdo con ninguna forma de maltrato ni acto de barbarie que atente contra la naturaleza de los seres vivos, sean estos del reino animal (incluido el hombre) o del reino vegetal. Mi idea de fondo no es convertirme en su enemigo declarado, pero aspiro con la humildad que intento profesar, llegar al punto de la rectificación en caso de que en nuestra meditación lo consideremos necesario. Incomodarla no es el objetivo perseguido, mejor aún, no es el resultado esperado. Lo que sí me mueve a deseo, es que su ejecutoria pudiese trasladarse a un mundo donde la indolencia y la ausencia de sentimientos y emociones humanas no existan; un mundo distinto donde el dolor, el sufrimiento y la tortura no sean parte de la existencia.

En todo caso, ansío más allá de cualquier consideración personal, que en este mundo de fe, de creencias y divinidades, de temor a la muerte, a lo desconocido, a lo inexplicado y a lo inexplicable, nos tornemos en seres humanos pensantes, racionales, equilibrados, justos y emocionalmente compatibles en lo que ha-

cemos con lo que profesamos.

Esto último, hacer coincidir lo que decimos con lo que hacemos, sin que medie ningún sesgo por conveniencia ni rasgo de hipócrita rendición al dinero, es lo más difícil de lograr. Es nuestro reto, nuestro humilde propósito, hacer lo que esté a nuestro alcance hasta el logro de un mundo mejor, sin injusticias ni bárbaros asesinos sanguinarios, movidos solo por el salvaje placer de matar.

Atentamente,

su seguro adversario.

P.D.- Por si las dudas, no he sido un semental en ninguna de mis reencarnaciones.

A UN SENTIDO AMOR

Querido amor**:**

Pocas veces nos damos la oportunidad de establecer en pareja los alcances de amar enamorados. Hasta pudiéramos decir que muchos seres jamás en su vida llegan a tocar —o siquiera pensar— este tema. Para algunos (probablemente la mayoría), estas reflexiones ocuparían un tiempo que mejor —y más productivamente— pudiéramos dedicarle a cosas más trascendentes y significativas en nuestra vida. Para otros, seguramente los menos, es como una ventisca desértica que nos impide aclarar muchos conceptos que aliviarían quizás, la constante contienda mantenida entre corazón y cerebro, entre felicidad y tristeza, entre angustia y sosiego.

En todo caso, no es una temática complaciente y asertiva cuando defender nuestras acciones y convicciones es lo que nos ocupa. La subjetividad y la relatividad se posan sonrientes, tal cual ancianas experimentadas, contemplando las novatadas y las a veces insulsas conclusiones propias de la individualidad humana, amén de las dificultades emocionales que tales conflictos nos deparan.

Amar es desear, querer, enamorarnos, recibir el fuego de una mirada complacida y complaciente. Experimentar la hermosa sensación de un beso entregado por unos labios que nos invitan. Tomar una mano que nos acaricia y nos consuela, dejarnos quemar la

piel por un aliento abrasante que nos inspira, atrapar el cariñoso guiño de unos ojos que irradian alegría, sentirnos obsequiados por una sonrisa complacida tiernamente esbozada, sentir que estamos ante el ser más hermoso y sensual del universo, aunque no sea ni se parezca siquiera al ser más hermoso y sensual de este mundo.

Realizarnos en amor es ir al cielo y volver para amarizar extasiados con la infinita satisfacción, de compartir la placentera quietud de sentirnos amados por el ser que amamos.

El horizonte se hace infinito cuando estamos enamorados. La bóveda celeste se hace alcanzable hasta la menos brillante de sus estrellas, cuando con sincera entrega y sin condicionante alguna, amamos. Amar es morir, y morir por amor significa revivir cada día y volver a enamorarnos del mismo ser que ayer amamos, y por el cual hoy consignamos nuestra vida hasta morir por él. Amar es aceptar que nuestra vida ya no nos pertenece en esencia, y que esa persona a quien amamos, es la dueña de nuestro sentir, nuestra entrega y nuestra voluntad de vivir. Amar es el cénit de la humanidad, amar es la expresión más etérea de nuestro espíritu estable, de nuestra alma inmortal.

Amar es sentir esto que tu presencia me hace sentir; respirar aroma de bienestar y sensaciones de placer y regocijo ante el efluvio de tu aliento, queriendo estar dentro de ti para conjugar los latidos del corazón fundido en uno solo; saciar mi sed cuando tu sed sea

saciada, y alimentarnos con la profundidad de nuestras ganas de tenernos mutuamente.

Amar es sintetizar en las entrañas de la esperanza, el reverdecer de una osadía que involucra el penetrar en lo más íntimo de tus querencias, allí donde se catapultan los deseos de lo más tierno, lo más dulce, lo más sublime. Es traspasar el umbral de lo posible, al tiempo que perseguimos lo más efímero de lo imposible; es como hacer caer en cascada un cúmulo de sentimientos que apertrechas en tu boca, candorosa y apetitosa, sensible y extasiada, próxima y lejana, leal y cautivadora.

Amar es tenerte y poseerte, poder disponer de tus caricias y encantos cada vez que mi cuerpo te necesite, para la fusión amorosa que hace renacer mi existencia. Pero amarte a ti, mi bien, es sortear el sinsabor de no poder tocar tus labios para extasiarme con tu aliento cada vez que lo requiera, y conformarme con saber que ocupo un lugar privilegiado en tus pensamientos eróticos. Amarte a ti, es saber que amo al ser más maravilloso que jamás haya conocido, a la mujer más extraordinaria que mi apetito de hombre haya saboreado. (Gratinada, además, con la dulzura de nuestros difíciles encuentros a escondidas).

Amar es paladear el sabor de tu compañía, palpar tu sudor cuando enerva mis poros, alcanzar los gritos de tu silencio lujurioso, y siluetear tu cuerpo con mis manos acopladas a la esperanza de tenerte por siempre.

Amar será llorar por ti cuando ya no me ames, y me quede sintiendo esto que has logrado que sienta por ti. Aun así, amar será reír, ardiendo como lava en el fragoso volcán de tu partida.

Amar será entonces vivir esperando morir por ti, si no puedo vivir contigo hasta el día de mi muerte.

P.D.- Amar es eso que alimenta un despecho…

A LA TOS

Inocultable y ruidosa señora:

Uno de los emprendimientos más difíciles con los que me he topado en estas lides, es cómo comenzar estas líneas que desde hace buen tiempo he querido dedicarle. Y es que mucho más allá de su fisiología – etiología, quisiera referirme a su incidencia social y su relación con el entorno, junto a la asociación fulminante que usted hace con otra actividad fisiológica un tanto impertinente.

Antes de todo, debo confesarle que la motivación principal es el hecho de avergonzarnos de que usted aflore, y se den cuenta que la tenemos con nosotros, pensando que los demás están pendientes del más mínimo movimiento que hacemos. Y la realidad real, es que nadie le para bolas a quien tose o cómo tose, y hay una manera infalible de averiguarlo que más adelante explicaremos.

Por lo pronto, debemos reseñar que los receptores tusígenos se encuentran ubicados en la vía respiratoria baja, a saber: laringe, tráquea y bronquios, así como en nariz, senos paranasales, conducto auditivo, pleura, pericardio, diafragma e inclusive estómago. Clínicamente, se define como una maniobra respiratoria brusca y explosiva, que persigue eliminar cualquier elemento presente en las vías respiratorias.

Consta de tres fases a nivel de garganta, comenzando con la apertura de la glotis con inspiración, con-

tinuando con cierre de la glotis con contracción de los músculos respiratorios, y finalizando con apertura brusca de la glotis con expulsión del aire contenido en los pulmones. Al igual que los bostezos o el parpadeo, usted es considerada un mecanismo reflejo que se puede provocar, o inhibir. Muchas veces, las personas no son conscientes de que tosen.

Puede deberse a la estimulación de la mucosa en los bronquios, la tráquea o la laringe, ya sea por acumulación excesiva de moco en la superficie, resequedad, enfriamiento, o respuesta refleja como reacción a sustancias químicas. Este reflejo provoca un impulso que comienza con la excitación de los receptores, subiendo por el nervio vago al bulbo raquídeo, para posteriormente reflejarse en el diafragma y los músculos intercostales y abdominales.

Todos hemos tosido alguna vez; usted es algo de lo que los animales mamíferos no podemos desprendernos. Aproximadamente el veintitrés por ciento de las personas sanas, no fumadoras, la tiene con o sin expectoración al levantarse por la mañana. Es uno de los tantos mecanismos de defensa de nuestro organismo; un reflejo cuya tarea es preservar el intercambio gaseoso, expulsando de las vías respiratorias cualquier agente dañino.

Su fisiopatología podemos resumirla como un estímulo hacia el centro tusígeno del encéfalo, el cual genera una respuesta abrupta de contracción, dando como resultado una salida brusca de aire. Es un signo

inespecífico de varias patologías respiratorias, y puede ser provocada de forma voluntaria o involuntaria. Esta última siempre es considerada anormal, puesto que usted no desempeña un rol dentro del ciclo fisiológico de la respiración, y debe investigarse su origen. Su reflejo está regulado por el centro tusígeno, zona próxima al centro respiratorio, en el bulbo raquídeo.

El mal manejo de nuestras emociones nos lleva a la tos nerviosa, conocida como tos psicológica o tos emocional.

Lo anterior es común para todos los habitantes del planeta, sin excepción. De usted no escapa nadie, se manifiesta en el rico, el pobre, el alto, el bajo, el negro, el blanco, el gerente, el obrero, el presidente, el subalterno, el general en jefe y el soldado raso, la mujer hermosa y la menos agraciada, el sabio, el iletrado, el intelectual y el analfabeta, el que escribió esto y el que lo lee.

En su vía aferente, un estímulo activa los receptores sensoriales de las zonas tusígenas, y estos a su vez envían una señal al centro de la tos a través de los nervios trigémino, glosofaríngeo, vago y el laríngeo superior. De estos, el principal nervio aferente es el nervio vago.

En su vía eferente, la respuesta ante el estímulo de las zonas tusígenas es enviada mediante los nervios laríngeo inferior, nervio frénico y los nervios raquídeos, ante lo cual hace su a veces muy incómoda aparición. Dicen por allí, respetada señora, que usted y el dinero son dos cosas imposibles de ocultar.

En fin, independientemente de su mecanismo de acción, usted es parte de una enmarañada cultura que nos inclina a avergonzarnos de tenerla. Nos apena toser en un banco o un consultorio médico, porque pensamos que los demás siguen atentamente nuestro reflejo tusígeno, para condenar a nivel social nuestra expectoración. Pero no es así, y la mejor manera de comprobarlo es preguntarnos a nosotros mismos, si nos importó que alguien tosiera o si recordamos a alguien tosiendo.

Lo realmente preocupante, es el temor que nos genera si padecemos de su amiga la incontinencia. Es terrorífico cuando se hace acompañar de contracciones que irrumpen en nuestro abdomen, y expelemos un chorrito que humedece nuestra entrepierna. Pero ese terror se convierte en pánico abrumador y súper mega angustiante, cuando quien la acompaña es su cuñada la diarrea, por cuanto la situación que se pudiera presentar, se asemeja a la fantasmagoría de ver al diablo en estado de ebriedad y comiendo alacranes en su concha.

Una tos recurrente mientras se padece de diarrea, es lo último que cualquier mortal desearía tener en algún momento y circunstancia, en adversidad presente o futura.

En todo caso, le reitero mi ánimo solidario y mi disposición a defenderla, de las atrocidades de la gente que pretende posicionarla en el peor de los escenarios. Conmigo no ha sido cruel aun en las situaciones

más incómodas, y si alguna vez lo fuera, seguro estoy que mi serenidad al tenerla estará a la altura, y simplemente la aceptaré como una evidencia más de que aún respiro. Sea pues, señora, bienvenida como una amiga más, en el mundo social que me circunda.

Atentamente,
un humilde tosedor

P.D.- Cuando esté conmigo su cuñada diarrea, no me visite por favor. ¡Sabré agradecerle!

A UN SOLITARIO

Apreciado amigo:

¡Es cierto! Se necesita estar intensamente enamorado para sobrevivir a la soledad. Porque —entre otras malvadas influencias— la lujuria te toma de la mano y pretende llevarte de puerto en puerto, navegando entre la bruma del mar y la oscuridad de lo infinito. Su cómplice, la desesperanza, te abraza hipócritamente, queriendo acogerte en su seno. Y la oportunidad, haciéndose transportar por la ocasión, desembaraza tu entorno para tentarte en tus sentimientos. La necesidad se sienta cómodamente esperando su momento, para entregarte en los brazos de la turbia y canalla placidez del encuentro fortuito.

No desmayes, sé fuerte y paciente, sensato e inteligente. Los demonios del olvido asechan tus recuerdos, complacientes como son con el inestimable infortunio. No des tu brazo a torcer al fortachón desespero, pues algo trama en tu contra. Elude a la tristeza, pues ella es la enviada desesperada de la desgracia, y la madre putativa de la locura.

No desfallezcas cuando el hacino destino te tienda una emboscada. Levanta la frente con cada puñalada que te propine la incertidumbre, y cada vez que caigas luego de pretender un imposible, alza tu cuerpo endeble y oriéntalo erguido hacia tu norte. Cuídate de los falsos amigos, pues ellos son tus verdaderos rivales. De tus enemigos ni te preocupes, solo haz lo ne-

cesario para no tenerlos. Ellos son inofensivos ante los corazones nobles y las almas limpias. Si mientes con cada «bien, gracias, ¿y tú?» para despistar a la envidia, no asumas esa mentira como tu bandera. No le des posada en la personalidad que irradies. ¡Nunca acudas al médico para que cure una enfermedad que no tienes!...

No des los buenos días esperando ser correspondido. Recuerda siempre, que más que te respondan, lo verdaderamente importante es que te escuchen. Si alguien te favorece, o tiene un gesto amable contigo, da las gracias de una manera que no deje dudas que no es fingido. Reparte sonrisas constantemente en tu derredor, aun a quienes se niegan a sonreír. Recuerda que nadie necesita tanto de una sonrisa, como aquel a quien no le queda una para dar. Respeta las señales de tránsito y las de la vida, a sabiendas que con cada infracción cometida, le quitas el derecho a un semejante en el cumplimiento del deber ser.

Cuando quieras ayudar de verdad a alguien, no le des lo que te sobra, comparte lo que tienes; eso es la verdadera caridad. Cuando necesites un amigo sincero, verdadero, honesto, sensible, fiel, comedido, amable, bonachón, sin vicios ni pecados, no pierdas el tiempo buscando entre los mortales. Solo con pensarlo puedes contar con un tal Jesús el Cristo, Él nunca falla, y hasta entregó su vida por ti.

No andes por doquier ufanándote de tus proezas. Espera que los demás las reconozcan, para que sean

ciertas. La honestidad, por ejemplo, depende del reconocimiento ajeno. Nadie es honesto, si su entorno no lo reconoce como tal. Alguien es honesto, honrado, o buena gente, o amable, en la misma medida que los demás dan testimonio de ello. Igual, nadie es buen padre, o buena madre, si no hay unos hijos orgullosos de su origen y su crianza.

Trata de cumplir a cabalidad con la sagrada misión de formar una familia. Haz lo que esté a tu alcance para amasar la felicidad en tu entorno, y no desmayes en tu cometido. Y si el destino te depara una insólita soledad, entrega tu corazón a un imposible. Ello te ayudará a soportar —con el auxilio de la ilusión— las amarguras de una vida alejada de las principales razones de esa misma vida.

No claudiques, tu vida es propiedad privada de la humanidad, y de los seres que te aman. Mejor aun, de los seres que tú amas…

P.D.- Siempre que tengas oportunidad para hacerlo, planta un árbol. ¡Dar vida te ayudará!

A LA CACA

Escatológica señora:

Más que desear dirigirme a usted en los términos que la educación y las buenas costumbres me imponen, quisiera que nos acercáramos cordialmente hasta hacernos querer por el otro, a pesar de nuestras grandes diferencias. Por ello apelo a mi rebuscada capacidad de sinceridad, para sin rodeos expresar un cúmulo de pensares, anécdotas y criterios que a su respecto he tenido al día de hoy.

Y es que no podría ser de otra manera, ya que usted, estimada amiga, hace vida en común con todos los seres de este planeta. No hay uno solo en toda la historia del reino animal, que haya podido prescindir de su presencia en el organismo. No existe ningún humano que no conviva obligatoriamente con usted en su mondongo desde el mismo momento del nacimiento, y hasta desde que estamos en el vientre materno, la alojamos sin aviso y sin protesto en su residencia intestinal.

Además de sus múltiples facetas, aromas y colores, su popularidad es única cuando se trata de confrontar su cualidad, con las diferentes analogías que cotidianamente hacemos a veces con sorna, a veces con la seriedad requerida en el caso. Desde su aspecto caucásico ocasionalmente en bebés recién nacidos, hasta el tono amarronado pasando por la coloración moreno oscuro en variada gradación y disímil consis-

tencia y textura, es expulsada subrepticiamente cada día desde la cavidad entérica. Esto, en cantidad que supera por mucho el millón de toneladas, por los casi ocho mil millones de seres que poblamos el globo terráqueo.

Con usted cohabitan en el tracto digestivo una innumerable diversidad de micro organismos, cuya presencia garantiza la correcta disposición y ejecución de todas las adecuadas funciones gastrointestinales. Entre estos micro organismos se encuentra la llamada «flora intestinal». Adicionalmente, los tradicionales endoparásitos gusanos (helmintos, vermes) y los protozoos, hacen vida armónica con usted en las tripas, siendo el oxiuro el responsable de que a algunos humanos le «pique» el agujero del trasero de vez en cuando, provocando —según el ideario coloquial— conductas afines al controvertido gusto homosexual.

En la generalidad de los casos, se compone de tres cuartas partes de agua y una cuarta parte de materia sólida. Contiene aproximadamente un treinta por ciento de bacterias muertas, entre un diez a veinte por ciento de grasas, veinte por ciento de residuos inorgánicos, entre un dos y tres por ciento de proteínas y un treinta por ciento de productos no digeridos. Sin embargo, sus características difieren según cada persona, e inclusive según el día en que nos toca despojarnos de usted.

Mayormente es fétida, pestilente, pútrida, asquerosa, pastosa, como licuada en merengada cólica, y sin

embargo hay quienes la fagocitan sin reparo alguno. Otros, abusan tanto de su derecho a ejercer la estupidez, que nos obligan a mandarlos a comerla, y también encontramos cerdos que aunque le trocen la jeta, no dejan de consumirla. Con frecuencia, se va de farra con su prima la orina, de la cual generalmente se hace acompañar cada vez que desaloja las vías intestinales en las que nace, vive y transita.

En su forma sólida, consistente, como imitando a los hitos o mojones demarcadores fronterizos, se aloja en el cerebro de quienes se creen sus propias mentiras y pretenden que los demás también las crean; por eso coloquialmente es sinónimo de embuste. En su forma líquida, nos obliga a faltar al trabajo alegando algo que hemos dado en llamar diarrea, y en su estado gaseoso es muy recurrente a veces de forma muy sutil, y a veces de forma estruendosa y desmedidamente maloliente. Aunque debo aclarar para ser justo, que no todos los pedorros lanzamos bombas lacrimógenas, también hemos quienes desodorizamos de alguna manera, los atosigantes gases que expulsamos luego que usted nos dota de ellos. Entre otros muchos elementos, las caraotas y los frijoles son sus grandes aliados, pues en su proceso creador le agregan (mientras le entregan al organismo huésped sus propiedades), el nauseabundo olor producido en su degradación. Estas ventosidades conocidas como pedos o flatos, adquieren su aroma cuando pequeñas cantidades de nitrógeno, dióxido de carbono

y metano se juntan con el sulfuro de hidrógeno y el amoníaco en el intestino grueso.

Irónicamente, nos avergonzamos de llevarla con nosotros, aun sabiendo que nadie está exento de tal condición homínida. Nos escondemos para expulsarla y nos apena que se enteren del momento en que lo hacemos, aunque pensamos que de alguna manera debe intelectualizar a los humanos, pues como antes dije, cuando alguien abusa de su derecho a hacer pública y notoria su idiotez, lo mandamos a ingerirla. Está dotada, putrefacta señora, de un poder sobrenatural que nos obliga a hacer algo que jamás reconocemos, ni en la más sincera confesión de intimidad que tengamos. Y esto es que nadie, absolutamente nadie, deja de ver (para revisión, por curiosidad o por simple acto reflejo), el papel con el que nos limpiamos el orificio anal luego de expulsarla.

Otra poderosa cualidad sobrenatural que posee, es que su olor cuando es ajena hasta nos hace arquear por la asquerosidad que inevitablemente experimentamos, pero cuando se trata de la propia, nuestro nivel de tolerancia es altamente complaciente, y para nada nos proporciona el desagrado de sentir náuseas y repulsión por su olor o su presencia.

Nos obliga a acuclillarnos o sentarnos para el acto de la defecación, sin que sea posible desafiarla cuando adultos, a hacerlo de pie. Luego de convertirse en los desechos de nuestros hábitos y gustos alimentarios, sus emplastos a veces son muy profusos, y por eso a

los que no sirven para nada y se empeñan en perfeccionar esa categoría, los llamamos «plasta». Cuando nos asustamos repentina e intensamente, se sale sin previo aviso, y cuando vamos a viajar o a presentar un examen suele asomarse fuerte y largamente a las ganas. Esto último responde al hecho de que usted, oscura señora, a veces es discreta, pero en otras es totalmente desvergonzada.

En su acepción más vulgarmente coloquial se le conoce como mierda, a pesar de ser esta una palabra creada exclusivamente para que la pronuncie quien es víctima de un machucón, o se sorprende grandemente por algo repentino. Sin embargo, haciendo gala de despreocupada actitud y una amplia tolerancia, se hace llamar también pupú, popó, excremento, hez, deposición, defecación, porquería, evacuación, materia fecal, ñoña, y su humildad es tal, que se deja analizar en cualquier laboratorio de bioanálisis sin oponer resistencia alguna al estudio coprológico. Adicionalmente, en una extraordinaria muestra de desprendimiento, deja que se le adjudique su nombre a quien siendo omiso, hace méritos suficientes en su inactividad y negligencia. Lo mismo aplica para cualquier objeto o teoría que demostradamente no aporte nada digno de aprecio o simple reconocimiento.

En su recorrido por el —aproximadamente— metro y medio que mide el intestino grueso (el delgado mide entre cinco y siete metros), usted es objeto de una labor de vasta confluencia multifactorial, que procura su

adecuada disposición con la ayuda de los movimientos peristálticos. Pero la peristalsis comienza desde el esófago, y el proceso digestivo del que usted proviene, tiene su origen en la boca con el acto de la masticación, y continúa a través de los casi once metros habidos desde la faringe hasta el ano. A través de todo este laborioso recorrido, y principalmente a partir de la bolsa estomacal, recurren a su proceso complejos acompañamientos enzimáticos, retortijones y gorgoriteo gaseoso intestinal, conocido este último en «los bajos fondos» como borborigmo. Su génesis comprende, la formación del quimo en el estómago por intervención de los jugos gástricos en el bolo alimenticio, hasta que en el duodeno se forma el quilo por acción de la bilis, el jugo pancreático y el intestinal.

Esto demuestra que su vida no es nada fácil, pero al igual que todo lo creado por una indiscutible inteligencia superior, es factor fundamental en el desempeño y desarrollo vital de la especie humana. Es imprescindible, necesaria, obligantemente compañera diaria de quien respira y se alimenta, por lo que en lo más profundo de mis sentimientos considero que usted no es ninguna «plasta», pues no es nada despreciable su misión en este mundo.

En promedio, cada uno de los humanos la producimos en una cantidad cercana a los ciento cincuenta gramos diarios aproximadamente, lo que representa unos cuatro kilos y medio al mes, y cincuenta y cuatro kilos al año. Eso significa que todo individuo que ha-

bite el planeta Tierra, sea alto o bajo, santo o demonio, rico o pobre, se traslade en lujosos yates y aviones o en bicicleta o caminando, sea jefe o subalterno, general o soldado raso, ilustrado o ágrafo, ignorante o sabio, fémina bella o descuidada, magnate u obrero, ufano o humilde, vil u honesto, fundamentalista religioso o ateo, mujer o dama, todos, sin excepción, tenemos mierda adentro que debemos evacuar cada vez que corresponda hacerlo.

Es decir, su amplitud democrática, socialista, liberal, conservadora, neoliberal y muchos etcéteras es tal, que nadie está exento de la obligación de asear su trasero y mirar el papel sanitario luego de que usted sale, ante la necesidad perentoria y obligante de expulsarla. Asimismo en su forma líquida, nadie escapa a la posibilidad de que en un arranque de furia diarreica —y sin ningún resentimiento—, usted decida súbitamente ensuciar la ropa interior y hasta vaya mucho más allá de lo que socialmente nos avergüenza.

De igual manera, en su forma gaseosa no excluye a ningún ser, y en oportunidades (que a veces no compartimos con nadie), la expulsamos con ventosidades que imitan el olor a cadáver descompuesto. Solo los matrimonios en su lecho marital, son capaces de actuar sin recato ante su pareja, y compartir con desgano las penetrantes fragancias del otro, aunque en ocasiones esto ha sido señalado como causal de divorcio.

En fin, señora caca, espero contar pronto con su respuesta a estas líneas, para poder emprender así el co-

mienzo de una linda y ansiada amistad.

Atentamente,
un pedorro divorciado.

P.D.- Nunca le confesé a mi ex lo de mi inclinación a la coprofagia.

A UNA EX

Adorable mujer:

La noche exalta los pasos más tristes de mi vida, en la súplica nocturna de tu cuerpo desnudo. Tu recuerdo suele secuestrar mi pensamiento, y la mente me proporciona la dulce evocación de lo nuestro. Fue bonito sentirte mi propiedad conyugal. Fue placentero el saber que tu respeto forjaba mi orgullo de hombre.

Largos fueron los caminos llenos de huestes diversas y legítima compañía. Hoy, en remota reflexión, me aturde la desventura. La incertidumbre abrasa la fogata de mi actual agonía.

Mientras, siempre pienso que al final del horizonte algo bueno me aguarda. Medito la esperanza que se torna taciturna imitando a mi herido espíritu.

Compilo en el vuelo de una generosa mariposa, oraciones de paz para quienes quiero…, y allí te encuentro a ti.

¡Será que alguna vez te amé!

P.D.- ¡Aspiro renacer, a partir de mis propias cenizas!

DECLARACIÓN DE CORDURA

Yo, ciudadano terrícola, mayor que la edad exhibida por muchos, nativo de mi país y domiciliado en mi casa de habitación, juro**:**

Soy un caminante bípedo con ascendencia antropológica aún por definirse, de carácter apaciblemente explosivo y recio en mis alteraciones consuetudinarias, que con frecuencia derivan en crisis de identidad, o fases bipolares con temple y serenidad. Siendo así, ante la totalidad de los habitantes del planeta Tierra (donde actualmente moro), declaro**:** he sido víctima de la sátira y el desdén de mis congéneres más próximos desde que la razón tiene uso de mí, para beneplácito de quienes con soberbia me han declarado la guerra, mediante asimetrías perfectamente compatibles con 3,1416...

Al mismo tiempo, deseo dirigirme a aquellas personas que osaron profanar la santidad de mi quietud, y alteraron nano cósmicamente la percepción que alguna vez tuve de la interrelación humanoide, que no es más que el acto de acoplamiento transexual al tráfico infernal de las capitales del mundo.

Es de hacer notar que desde hace un tiempo para acá, veo en mi futuro un pasado que no me ofrece ningún rasgo de eventualidad que se compagine con mi desempeño en las cataratas del Niágara. Y siendo el Salto Ángel el más elevado del mundo, mi consideración al respecto es que estoy enamorado de

la misma mujer que en el pasado aniquiló mi porvenir más lejano, trocándolo por el más cercano de los desiertos de Arizona, Atacama y El Sáhara. Probablemente debido a esto, por las noches no puedo conciliar mi estado de vigilia con el apacible sueño de los mortales que duermen durante la pernocta, ya sea en plenilunio o cuarto menguante.

Y he ahí la Luna, el único satélite sin importancia tecnológica, incapaz de transmitir señal alguna desde que el *big bang* apagó la explosión que él mismo produjo. Ando sin mengua ni traspiés, deseando por siempre la mujer ajena que me pertenece aunque su marido sea futbolista profesional, y gane suficiente dinero para mantenerla y darle las tres comidas del día, sea este un día soleado, o lluvioso. Siempre he defendido la tesis de que cuando la dicha llega, siempre es tarde para los desdichados que fallecieron esperándola de un momento a otro.

Mención especial merecen mis amigotes, que siempre que he tenido dinero para brindarles aguardiente, han estado allí, pendientes de mis necesidades más perentorias, y me han tendido la mano sin ningún tipo de guante ni interés, más allá del deseo de saludarme. La mujer que me crio fue como mi madre, solo que al parirme no le quedó más remedio que atormentar mi existencia, con sopas y vegetales que aun llevo atragantados en lo más profundo de mi paladar hendido. A ella le debo muchas cosas, entre otras, el dinero que me prestó para hacer mi primer

viaje de placer extraño. Al hombre que la acompañó desde el día que se casó, le debo el haberme llevado una vez al colegio en su autobús colectivo sin cobrarme el pasaje correspondiente. «Papá», lo llamé alguna vez, pero se enojó porque lo hice en público sin su previo permiso.

Actualmente, después de sobrevivir a muchos tornados y accidentes de tránsito, mi vida se pasea por el corredor de los recuerdos más gratos, como el del día en que me operaron de apendicitis, días antes de conocer a mi esposa, la bellaca mujer que nunca aceptó casarse conmigo. Hoy, me arrepiento de pelearme con mi mejor amigo el día que nos conocimos, en la secundaria donde me aplazaron y tuve que repetir el primer año cinco periodos seguidos; récord, esfuerzo y sacrificio que nunca nadie llegó a reconocerme. Quien sí me reconoció una vez que nos topamos en un almacén de ropa y cambures, fue la señora que me llamaba silbando cuando necesitaba que hiciera un «mandado», en el abasto del señor que nunca se casó con su única hija, producto del concubinato con la mujer de sus sueños.

Así, pues, ha transcurrido mi hermosa juventud desde tiempos inmemoriales, apegado siempre a las normas de educación y buenas costumbres, alterado este hábito solo cuando por imperiosa necesidad, me saco los mocos que con frecuencia inundan mis narinas. A propósito, recuerdo la vez que la perra de la vecina parió siete perritos adorables, y ella los regaló todos

y a mí solo me correspondió uno. Cada garrapata era más grande que el hocico del pobre animalito flaco y barrigón, pero agradecí el gesto hasta que el can infante falleció de una pedrada en su cabeza, mientras rezaba un Padre Nuestro.

Y así, poco a poco, muy despacio, (tan solo veinticuatro lentas horas cada día), ha transcurrido mi infancia en esta vejez que me atormenta a cada paso que doy, aunque a veces tropiezo dos veces con la misma piedra. Por eso ruego al mundo que cuide la naturaleza y evite los incendios forestales cada vez que se suicide una ballena, que hasta donde sabemos, es el mamífero de mayor tamaño en la actualidad. Y a propósito de güisqui añejado, me confieso fan de los valses de Strauss y del cuadro *Guernica* de Picasso.

Hoy en día, me paseo a lo largo de mi existencia en predios de la Vía Láctea de una manera hexagonal, en concomitancia con la insalubridad de cuanto indigente es ignorado en el censo nacional de población. Debido a esta circunstancia me he visto obligado múltiples veces, a invocar el espíritu del conejo que accidentalmente atropellé con mi rústico cuando ingresaba a la finca Andrómeda, muy próxima a Ganímedes, la luna de Júpiter que compitió en el campeonato mundial de natación halterófila. Mención aparte merece mi comadre Asunción, que subió a la cima de la montaña antes de que la llamaran, y por eso hoy día solo sabe cocinar el hígado encebollado que nunca me gustó.

Aunque mi intención es comenzar de nuevo esta declaración, ya debo despedirme para poder finalizar estas líneas dirigidas al amor de mi vida, y a los funcionarios competentes que lograron ganar las últimas elecciones, precisamente el día que embaracé de un mejor país a la esperanza, pero una súbita pre eclampsia acabó con los latidos del corazón de la fetal criatura.

Agradezco a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, prestarme la mayor colaboración posible en caso de requerirla cuando porte la presente, ya que sin su ayuda nunca lograré el éxito obtenido.

Esperando que estas líneas hayan aclarado cualquier duda con respecto a mi salud mental y estabilidad emocional, me despido con la seguridad de que mañana será otro día, y el próximo mes saldrá un radiante sol todas las mañanas despejadas, en pro de la nutrición infantil.

Sin más,

Exa Gerardo Cuerdo Massirrubí

P.D.- De haber sido médico, me hubiese especializado en psiquiatría cardiológica.

CARTATA EN PERDÓN MAYOR

En algún paraje recoleto, invierno
de 2000 soledades sin fin

Amado hijo:

La vida es un transitar a tientas por el mundo, tropezándonos alternamente con alegrías, tristezas, emociones, cosas buenas y malas, bondad, maldad, envidia, triunfos, derrotas, premios y decepciones. De la predisposición racional que podamos tener dependen muchos de estos eventos, y fundamentalmente, del levantarnos luego de caer en los que resulten negativos, para emprender nuevamente el camino hacia nuestra casa mental. Esto último, se fundamenta en los principios, valores, creencias y nuestra fe en algo o alguien.

El amor de vínculo consanguíneo para con nuestra descendencia es imposible, prácticamente imposible, que muera. Debido a esto —y a pesar de los errores— tú sigues siendo mi adorado, precioso, hermoso y maravilloso hijo. Y siendo mi hijo, parte de mi corazón te pertenece. Por eso debo decirte —no por algo que tenga que escribir para que te suene tierno—, que con lo más profundo de mi fuerza interior, te amo. Simple frase, pero que involucra un sentimiento entregado por nuestro Creador para que precisamente no sea eso**:** una simple frase. El decir «te amo» involucra lo más sublime de las entrañas, porque de allí salió la parte que te corresponde de mí.

Esa parte que quizás sin que lo notemos, nos impide por su intolerancia y su desproporcionada amargura, que podamos abrazarnos bajo el mismo techo compartiendo nuestro día a día.

Por mi parte, te confieso que he tenido en mis manos la infinitud del tiempo para pensar. Mis reflexiones han derivado en el claro reconocimiento de mis errores. La inclemente soledad de mi auto destierro me ha hecho clamar por tu compañía y por la de la mujer de mi vida, por mi compañera de sueños, por el hierático vientre donde se gestó tu vida. A estas alturas, nadie tiene la menor idea de mi lucha contra mis tormentos, para apaciguar mi tosco desconsuelo.

En mi infinita cavilación, también he aprendido a vivir consciente de que el mundo no gira en mi rededor, soy yo quien gira en torno al mundo. Por lo tanto, el mundo no es parte de mí, yo soy parte del mundo. Mi egoísmo no debe esclavizar el pensamiento de quienes me rodean, ni condenarlo al silencio por temor al distanciamiento. El ser humano no debe exponer al sometimiento irracional a quienes le rodean, a quienes le quieren. Cualquier distancia emotiva, o discrepancia de criterio, se puede recorrer y/o zanjar sin necesidad del atropello al prójimo.

Igualmente, no existe amor que se pueda profesar, arremetiendo contra los que dices amar. Pero tampoco hay manera de conciliar el amor filial, con la más mínima sombra de odio que exista en el más recóndito lugar de un corazón.

Creo que es tiempo ya de revisarnos. Estoy claro en mi cuota de culpabilidad. ¡Es alta!, ¡altísima!, ¡casi total!... para ser justo. Pero si de algo podemos echar mano los seres humanos creados, indudablemente, por una inteligencia superior, es de la capacidad de rectificación con la que fuimos dotados, para cuando deseáramos enmendar nuestros errores. Quiero enmendar mis errores, pero si en el más remoto espacio infinitesimal de tu corazón existiere la más leve sombra de odio, no habrá fuerza capaz en este mundo que te permita aceptarme por lo que soy y lo que represento para ti.

El arrepentimiento es duro, y estoy arrepentido de muchísimos hechos e innumerables omisiones. Pero si ese arrepentimiento que por sí solo es duro, se hace acompañar por la soledad del alma, pueden rodearte millones de personas, y siempre se convertirá en arrepentimiento doblemente duro. Con la soledad a cuestas, perdí mi esperanza en un trueque que hice con ella para —por los momentos—, no perder la vida.

Me arrepiento de mis errores, y humildemente pido perdón. Pero no un perdón retórico, no un perdón epistolar. Pedir perdón significa que PIDO PERDÓN a quienes he causado pena y dolor por mi errático proceder. Pido perdón por mi torpeza paternal y mi desmaño conyugal, por mis desatinos, mis faltas, mis equívocos.

Años luz de soledad en infinita compañía de la nada, me han ayudado a entender muchas cosas. En oca-

siones, los seres humanos podemos tener intenciones enteramente nobles y plausibles, pero en el proceder las destruimos. Es decir, a veces la forma arruina la configuración del fondo. Siempre quise lo mejor para todos, y en ese afán, equivoqué el camino adecuado y el comportamiento debido. Entre mi inmensamente grande amor, y mis actuaciones para concretar lo perfecto, se filtraron implacables mis grandes errores. Pero nadie podrá decir jamás que mis intenciones fueron innobles. Siempre quise lo mejor para ustedes, sin darme cuenta que lo mejor eran ustedes mismos.

Mis oraciones diarias nos incluyen a ti, a tu madre y a mí. Oro y oraré siempre por tu salud, tu bienestar, tu paz, tu felicidad. Ustedes son mi fuente de vida y la inspiración de mi discurrir escritural, para drenar los pedazos de mi solitaria y tormentosa angustia. Te quiero mucho, ¡pero mucho más!, de lo que este papel pueda atestiguar. ¿O es que acaso es dado a los humanos dejar de amar a un pedazo de sus entrañas, receptor —además— de su genética? Mi mayor temor tiene que ver precisamente con eso. Temo que hayas heredado mi carácter, mi intolerancia, mi egoísmo y mi deseo de imponer a toda costa mi verdad en todo momento. Si fuera así, afortunadamente con tu intelectiva, podrías frenar a tiempo la debacle.

Quizás tengas la razón cuando me increpas que, por un desviado orgullo, siempre espero que los demás se dobleguen, siendo ellos quienes den su brazo a torcer. ¡Mi craso error! Pero, te imaginas que aunque

sea por un momento, ¿tú te comportaras igual? Estás dotado de una extraordinaria capacidad de discernimiento para diferenciar entre el buen y el mal proceder, y debemos dar gracias infinitas por ello. También yo tuve padre, y la falta de entendimiento de él, no pudo excusarme nunca de ser un mal vástago. En oportunidades, quizás al ínfimo costo de mi vano orgullo, doblegué mi ímpetu juvenil para asumir el rol que corresponde a un hijo que entiende la debilidad cultural, síquica, procedimental y académica de un papá equivocado. Entiendo que no todos seamos iguales, pero a pesar de esto, ¿crees que es lineamiento del universo que se castigue a un mal papá, dándole hijos que actúen como él? ¿Contemplará Dios esa conducta como lógica y justa? Queda esto para nuestra reflexión.

Nunca, absoluta y totalmente nunca, alguien podrá decir que pronuncié una sola palabra negativa de ti o de tu madre. ¡NUNCA! Mis comentarios han traslucido siempre el profundo orgullo que siento por ustedes, a pesar de las inestimables diferencias entre los tres. Por el contrario, le hago saber a la gente lo gran persona que son.

Cuando te encuentres por los caminos de la vida a una hermosa flor, con sus pétalos recién extendidos luciendo lo mejor de sí, o un lindo hogar con una familia plena de dicha, en total paz y muy feliz, con sus necesidades básicas cubiertas hasta un poco más de ellas, entonces sabrás lo que deseo para ti. Cuando rías, sueñes,

cantes y te diviertas, descubrirás más explícitamente esos deseos para contigo. Y cuando Dios disponga que todos tus anhelos se cumplan, y te lo haga saber a través de Ángeles al servicio de tu paz y tranquilidad, se habrá cumplido mis ruegos a Él.

Te amo lo suficiente como para que la distancia geográfica y sentimental que nos separa, nunca apague la llama encendida en un corazón que hoy derrama lágrimas por ti. El «te amo más que a mi vida» ahora tiene sentido para mí. Mis sentimientos y parabienes están contigo. Sigue tu lucha en busca de tu verdad, mientras la armonía reine en tu mente y en tu corazón. Por ningún motivo permitas temperamentalmente parecerte a mí. No permitas que el gen de mi temperamento haga estragos en tu vida, y avanza con pasos de vencedor hacia el promisorio futuro que te auguro. Recuerda lo que una vez recité para ti:

La fatalidad y la ventura son parte estructural del destino, y no viceversa. La dicha que entra en un corazón terreno, es directamente proporcional a la que sale. El rencor es un diablo herido sin fuerzas ya para combatir al destino; solo que, bien instalado y apertrechado en las almas perdidas, devasta con crueldad los sentimientos y le da un portazo en la cara a la felicidad.

Para finalizar esta declaración de amor —con la súplica de perdón implícita en ella—, no me queda más que implorarte que me dejes pagar todos los abrazos y los *te amo* que te adeudo, hasta más allá del universo… hasta más allá del infinito.

Recuerda mi bien,
que pase lo que pase,
tú siempre serás mi hijo…
y yo siempre seré tu padre.

P.D.- En la creatividad, la imaginación vuela con alas propias.

A QUIEN QUIERA SABERLO

Hoy la vi. A lo lejos, pude ver cómo las manos que abrazan su cuerpo, ya no son las mías. Pude conocer a medias ese canalla sentimiento que llaman celos, y pude escuchar por primera vez a mi corazón gimiendo de tristeza.

Me duele. Me duele encarnizadamente que ya no sea mía. Me duele no poseerla desde su alma, hasta cada poro de su piel coraza. Me fatiga el esperar una llamada suya. El «hasta aquí» pronunciado tiempo ha por los labios de sus gestos, sigue devastando mis fuerzas y derribando mis deseos.

La señal que busco, cada día se desdibuja más de mi esperanza. La distancia comienza a marcarle pauta al olvido, y a este parece no importarle en lo absoluto. Se me gastan los ojos de tanto mirarle, en espera de una mirada suya. Mi corazón palpita al ritmo del desespero mientras su sonrisa flota en el ambiente irresoluto. Antes de ella, el amor, y con ella, el profundo amor. Después del amor, la soledad y el dolor. Y después del dolor, el olvido…

Se me gastó el amor de tanto amarle, y por tenerla cada momento en mi mente, de tanto pensarle se me ha gastado la ilusión. Y porque el recuerdo de sus besos horada lentamente la pasión de mis entrañas, se me van gastando las ganas, de tanto desearle.

El tiempo es un buen amigo que, en oportunidades, puede mostrarse en nuestra contra. Hoy… implaca-

ble y verdugo, mañana, condescendiente y apacible. Y viceversa. Y al contrario. Y a veces neutro; ni para bien, ni para mal. Circunstancial, pero nunca desapercibido. La más de las veces, obra en contra de nuestros impulsos. Pero a veces, a favor. El tiempo fluye y encanta. Es un viajero perenne que no descansa de su influencia en nuestro sino, en nuestra piel, en nuestra vida. Siempre está presente en el tránsito humanoide, y nunca nos abandona. Siempre y nunca son sus extremos, y su cuerpo intermedio es el «veremos». La duda, el solio donde reposa la esperanza.

Se me gastó el tiempo, de tanto esperarle…

Hoy la vi. A lo lejos, pude ver cómo sonreía, distraída, con otro hombre. No quisiera pensar que mi lugar es ocupado hoy por ese hombre. Altivo y prepotente, la luce como un trofeo… su trofeo. Ella, altanera y otra vez distraída, parece corresponderle. Se me desgarra el alma, y pedazo a pedazo mi corazón se desintegra. No creo ser capaz de soportar el punzante dolor de esta humillación, de este infortunio, de esta calamidad.

Ignoro ahora mismo si puedo ejecutar mi plan de reconquista. Pero si alguna señal me indicara que puedo seducir nuevamente su piel, no sabría cómo hacerlo, pues no existe tal plan. No sé cómo podré sanar las heridas infligidas a su alma, y ni siquiera sé si las heridas abiertas podrán alguna vez cicatrizar en su pecho. Cierto estoy, como único remedio, que la amo mucho más allá que a mi propia vida, y mantener esta vida sin ella comienza a perder sentido.

No me imagino siquiera compartir a quien por tanto tiempo fue solamente mía, únicamente mía, nada más que mía. No quiero saberla amaneciendo en otros brazos. No quiero imaginarla susurrando ternura a otros oídos, al amanecer de una nueva fecha sin mí. Me envilece pensar que otro ocupa mi lado de la cama, al tiempo que me mata lentamente esta imperiosa necesidad de hacerla mía —con todo lo que pesa el caudal de mi amor— penetrando lentamente en sus entrañas.

Hoy la vi. A lo lejos, pude ver cómo de su rostro desaparecido de angustia, saltaba vivaz una espontánea sonrisa. Pude espiarla alegre, contenta, sin resquemores. La envidia se estrenó en mis sentimientos, y ahora conozco el rostro ruin de semejante aflicción. Envidio a ese otro que alegra sus momentos, ese que hace desprender de sus labios, lo que yo con mis desplantes por mucho tiempo le negué.

Envidio la mano que acaricia su mano, que acaricia sus cabellos, que reconforta sus pesares. Ese debí ser yo —me digo para mis adentros— mientras mi despecho fortalece su presencia. Lamento profundamente —y para siempre— que haya sido de esta manera como descubrí cuánto la amo, cuánto la necesito, cuánto la deseo, hasta más allá del desespero.

Hoy la vi. Supe entonces que no podré vivir mucho tiempo más sin ella. No podré acostumbrar mi cuerpo a prescindir de su cuerpo. Supe que su mirada era más profunda que el mar más profundo, y más am-

plia, que el universo infinito. Supe entonces que esto que llevo dentro, encadena mi alma y encarcela mi espíritu. Supe que mi vida sin ella no es vida, y que la locura es el borde superior del amor que siento.

Lamento hasta la saciedad no haber pronunciado la palabra oportuna, no haberle dicho cuánto la amo, cuánto la quiero. Me sobra hoy la sutileza que ayer faltó en mis palabras, en mi tacto, en mi cama, en mi mirada. Hoy se convertirá en ayer mañana, y entonces será tarde para enmendar mis desatinos.

Hoy la vi. A lo lejos, pude verla acompasando sus pasos con otro. Él ocupa el lugar que yo dejé libre, cuando decidí desobedecer a mi pecho.

¡La amo! Definitiva e irremediablemente…, la amo.

Hoy la vi. A lo lejos, pude ver cómo un pedazo de mi vida se escapa entre mis dedos. No sé si es tarde ya, pero quiero a esa mujer a mi lado en mi presente, y en mi vejez, ¡hasta el final de nuestros días!

Hoy la vi, y una lágrima se lanzó rauda a recorrer mi mejilla. Una daga alcanzó lacerante mi corazón pleno de amor por ella.

Hoy la vi, y me aterró descubrir... que ya es demasiado tarde…

PARA ALGUIEN LEJANO

A veces la distancia nos hace extrañas jugadas. Se muestra chica, engañándonos incautamente, cuando en realidad es inmensamente amplia. La distancia aleja inmisericordemente los sentimientos.

Sin siquiera excusarse —para consolarnos con la vanidad que nos proporcionaría la sumisión ajena— nos arrastra hasta la sinrazón del desamor y la pereza de la añoranza.

La distancia, por muy pequeña que esta sea, no conoce fronteras. Va más allá —o más acá— de cualquier límite conocido.

La distancia, aun siendo corta, se convierte fácilmente en lejanía si dos almas están más allá del alcance de unos labios sedientos.

La distancia entre dos corazones que se aman, se convierte en infortunio si no hay una única piel que los arrope.

La distancia —aun la más corta— va y viene de acuerdo a la obediencia debida a los desatinos del infausto orgullo.

Usa disímiles máscaras para mostrarse en cada una de sus facetas**:**

*El distanciamiento familiar, con su antifaz de pálida oscurana, que puede ser sustituido con solo reencontrarte con tu propia estirpe.

*El distanciamiento social. El que se muestra apocalíptico y temeroso ante nuestros semejantes, antes de que abramos nuestra vida al compartir amistoso.

*El distanciamiento espiritual, teológico. Cuando nos alejamos del mágico placer existencial que nos proporciona la fe.

Pero, donde el distanciamiento se muestra ufano y triunfador, descortés e insensible, terco y altivo, es cuando nos alejamos del complemento de nuestra alma, de la otra mitad de nuestro corazón, nuestro sentir, nuestra querencia. Cuando nos alejamos del amor verdadero, ese que sale de nuestras entrañas y que solemos entregar sin reserva alguna, sin ambigüedad, sin restricciones.

La malvada distancia se encripta para camuflarse con la soledad, y viceversa. Ambas se complementan en la oscuridad de la desmemoria. El sufrimiento es su parto más solemne, y el dolor junto al llanto oculto son su tarjeta de presentación más compasiva.

A veces, cuando la emoción de la cordura se rinde altanera ante el fragor del desencuentro, la distancia luce indolente su gala de culpable. La locura es una meretriz acusada de rondar los corazones partidos y las almas desoladas. Y el escurridizo tiempo en algunas oportunidades se muestra amigo, y en otras, azota lacerante los amores extraviados.

La ambidextra lejanía confunde disimulada la mirada profunda del decepcionado, libando gota a gota el sudor de su desespero. Un alma solitaria es la negación de la propia condición humana.

A su manera —tal como un riachuelo— la lejanía nos reduce antes de arrastrarnos al abismo en la cascada

del llanto derramado. Los sollozos nadan en la nada, y el arrepentimiento fluye al final del arcoíris.

Todo lo que hoy me abate, me hace sentir distante. Y sentirme distante, es no saber que al cabo de mi mirada hay un mundo auto negado, que podría alcanzar con solo dar un paso adelante.

Sentirme distante es no poder atrapar entre mis dedos la mirada infinita de tus ojos, bañada por el azul celeste de un cielo atrapado en las alas de un ave inmortal.

Sentirme distante es confundir una hermosa estrella titilante y tímida en el universo abovedado, con el irradiante brillo de una pícara sonrisa tuya para decirme un *sí… te deseo*.

Sentirme distante es sentirte distante, y estás distante cuando estás lejos, aunque no estés lejos. Porque, estás lejos, si una sola palabra tuya no viaja acompañada del dulce aroma de tu aliento. Estás lejos, si las veces que nos acercamos lo hacemos a la distancia suficiente, como para poder esquivar ardientes besos entrecruzados.

Estás tan lejos como fuera de mi alcance. Lejos del alcance de mis manos ansiosas. Lejos del alcance de un *te quiero* susurrado. Lejos del alcance de mi corto y tímido alcance.

Estás tan lejos, que no alcanzo a rozar tus pensamientos.

Estoy tan lejos, que no alcanzas a percibir el efluvio de mis deseos…

P.D.- Deseo fervorosamente, estar a un apasionado beso de distancia...

DESDE LEJOS

Querida hija:

La dificultad para comenzar estas líneas ha resultado superior a la realidad de saber que un año más de vida, se convierte en tu primer cumpleaños fuera del alcance de mis ganas de abrazarte, para entre felicitaciones y besos, desear y pedir que ocurra lo mejor en tu existencia.

Siento que hace ya meses luz, que no estás al alcance del aroma de mi amor de padre, ni al alcance de mis ansias de regocijarme en tus aciertos y acodarme en nuestros desatinos. Siento que el destino me arrancó de repente parte de la prolongación de mi vida, e introdujo mis anhelos en un sobre cerrado sin destinatario. Hay un mar de infinitas distancias entre tu fértil piel acariciada ahora por una gélida brisa de esperanza, y mi sudor saturado de sinsabores y frustraciones.

Sin embargo, amada hija, desde que te marchaste en busca de horizontes, que al menos no proyectaran en la intimidad de la amargura el desastre de país que atrás dejaste, el consuelo genérico de los padres que aquí nos quedamos, es que en la medida del esfuerzo y dedicación a labrarse un futuro promisorio allende, se irá cumpliendo el porvenir que siempre quisimos para ustedes en el suelo sagrado de esta patria herida. ¡Oh, patria de mi vida! ¡Oh, corazón de tierra pródiga, que hoy te azota la más perversa corrupción infernal de tu gloriosa historia! ¡Oh patriotas guerreros que ofrendaron su vida antaño, para legarnos la libertad más preciada!

Parece ya una eternidad el tiempo transcurrido desde que tuviste que marcharte. Tal vez ha pasado toda una vida ya desde mi última bendición presencial, y quizás por eso sigo rebuscando en el baúl de mi memoria alguna silueta de nuestros esporádicos encuentros. Trato de conciliar, aunque sin evidencia porcentual de éxito, tus sueños y mis sueños, tus expectativas y las mías, tus anhelos y mis anhelos, logrando solo que mi memoria dolorida añore con mayor fervor la preñez de nuestra esperanza fallida. ¡Nunca hay ocaso para el que despierto sueña un mundo mejor!

Sin embargo, a pesar de que la tristeza en muchas oportunidades se ha convertido en líquido lacrimal y ha empapado los pañuelos de la distancia, en lo más profundo de mi alma agradezco a Dios Todopoderoso, el haberte dado la oportunidad de forjar un futuro lleno de ilusiones y auténtica esperanza. Sé que te sobra capacidad y talento natural para lograr metas que a mí se me hubiese hecho imposible ayudarte a alcanzar, y seguro estoy de que en la ruta hacia el éxito personal y profesional, las satisfacciones fluirán en tus pasos acompasados por la rutina de la sensatez hecha logro y triunfo ejemplar. ¡Si de algo puedo estar seguro, es de tu competencia para que así sea!

Con frecuencia te pienso mientras un asomo de añoranza se deja sentir en mis perennes recuerdos, y en mis sueños siempre has tenido un par de alas que permiten el más hermoso de los vuelos, al ras de la alegría abonada por la felicidad que te cobija. Tu sonrisa

celebra la vida, y en cortejo festivo, marchas hacia la cúspide del amor familiar más lindo jamás percibido. A tu lado, como esfinges de amor cultivado: tus hijos, tu familia, tus amigos. ¡Así te apareces en mis sueños!

Seguro estoy, por demás, que el bienestar será el norte alcanzado con el ejemplo de honestidad y justeza en tu proceder cotidiano, y que quienes te rodeen sentirán siempre los efluvios de tu generosidad, en el trato afectuoso y cuidadosamente espontáneo, auténtico y genuino. Eres una hermosa joya hecha carne y espíritu, hecha imaginación y talento, intelecto, dedicación y arduo trabajo. ¡Brindo por una vida llena de satisfacciones!

Por lo pronto, quiero que sepas que me siento enormemente orgulloso de ti, de tu vida, de tu proceder, y hasta de tu ortografía. (Alguien dijo por allí, que quien presta sumo cuidado a la correcta forma de hablar y escribir, también actuará así en todos los aspectos de su vida).

¡Feliz cumpleaños mi amor! ¡Que Dios te bendiga! ¡Te amo!

Tu papá.

P.D.- Te siento cerca, a pesar de la insalvable distancia.

Contenido

ACLARATORIA 5
A MANERA DE EXORDIO 6
A MI AMADA 13
A LA LECTURA 16
A MI COMPAÑERO 21
A LA HONESTIDAD 24
A CONTRAPARTE 29
A LA ESTUPIDEZ 32
A SU MARIDO 39
A LA DIÁSPORA 42
A LA MUERTE 47
A LA MUJER DE MI VIDA 55
A LA POLÍTICA 61
A MI MADRE 69
A LA RELIGIÓN 73
A MIS PEDAZOS 86
AL RENCOR 89
A UNA SOLITARIA PALABRA TUYA 95
AL DELITO 98
CARTATA EN DOLOR MAYOR 105
A UN AMOR 112
A LA TAUROMAQUIA 117
A UN SENTIDO AMOR 122
A LA TOS 126
A UN SOLITARIO 131
A LA CACA 134
A UNA EX 142

DECLARACIÓN DE CORDURA 143
CARTATA EN PERDÓN MAYOR 148
A QUIEN QUIERA SABERLO 155
PARA ALGUIEN LEJANO 159
DESDE LEJOS 162

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 14 días del mes de julio de 2023, en el marco de la 5ta Feria Independiente del Libro de Maracaibo; el mismo del nacimiento del poeta Carlos Ildemar Pérez.